



EL COLEGIO DE MEXICO, A.C.

**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE
DESARROLLO URBANO**

**“FACTORES ASOCIADOS A LA PARTICIPACIÓN LABORAL DE LAS
MUJERES POBRES Y NO POBRES EN MÉXICO”**

Tesis presentada por

JÉSSICA NATALIA NÁJERA AGUIRRE

Para optar por el grado de

MAESTRO EN DEMOGRAFÍA

Director de tesis:

DRA. BRÍGIDA GARCÍA GUZMÁN



MÉXICO, D.F.



JULIO DE 2004

Agradezco a mi asesora Dra. Brígida García y a mi lectora Dra. Silvia Giorguli su tiempo, paciencia y excelentes comentarios para la realización de esta investigación.

A mis papás y hermanas por haberme regalado parte del tiempo familiar para mi trabajo, a mi sobrina Jocelyn que sin juegos no hubiera tenido espacios de relajación, y finalmente, a mis amigos –que han sido mi familia- por todo el apoyo y el cariño especialmente al trio maravilla y a Zeus.

RESUMEN

Usando los microdatos (mujeres mayores de 12 años) de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica de 1997 y una medición formal de la pobreza, se sometieron a prueba diversas explicaciones que se encontraron en la bibliografía acerca de los factores que estarían determinando la propensión de una mujer de insertarse en el mercado laboral. El interés gira alrededor de la diferenciación entre los factores asociados a la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres según condición de pobreza. Se hizo uso tanto del conocimiento cuantitativo como cualitativo para la explicación de dichos factores asociados y además se utilizó la delimitación de la pobreza hecha por el Comité Técnico de Medición de Pobreza de la SEDESOL, con la finalidad de ir creando estudios que tengan como base un mismo punto de partida –una misma línea de pobreza. Primero se presenta el nivel de pobreza en México en el año 1997 y se obtiene por lo tanto las características sociodemográficas de las mujeres pobres y no pobres. Posteriormente con la ayuda de un solo modelo logístico, basado en la prueba de estabilidad estructural hecha con la técnica de la variable dicotómica, se muestra tanto el peso de cada factor asociado a la participación laboral de una mujer pobre como de una mujer no pobre, y además si las diferencias entre ambos grupos de factores –según condición de pobreza- son estadísticamente significativos. Los factores individuales como familiares son los que tienen más peso sobre la propensión a laborar extradomésticamente, pero son diferenciales entre las mujeres que viven en condiciones de pobreza y las que no. Algunas variables como la educación muestra una relación inversa entre dichos grupos sociales, mientras que hay variables como la relación de parentesco-estado civil, donde sin importar la condición de pobreza, son las mujeres jefas de hogar no casadas la característica que más peso tiene sobre la inserción al mercado laboral. El tipo de localidad donde residen las mujeres pobres mostró ser un hallazgo importante debido a que se mostró que la intensidad de la pobreza, el deterioro de las actividades agropecuarias y el incremento de los trabajos no rurales son elementos importantes de los resultados encontrados. Según la política social, la pobreza es un fenómeno multifacético que debe atacarse simultáneamente desde todos los ángulos, económico, social y cultural, así las estrategias de mejoramiento de las condiciones de vida que no tomen en cuenta dicho grupo de relaciones no reflejarán grandes logros. El cuidado de los hijos, la escolaridad, la creación de empleos flexibles y el trabajo doméstico son factores necesarios de tener en cuenta ante una decisión de política social y laboral.

ÍNDICE

Introducción	5
Marco teórico-referencial para el estudio del trabajo extradoméstico	
femenino y la pobreza	10
<i>Pobreza</i>	10
<i>Trabajo extradoméstico femenino</i>	18
Mujeres, pobreza y trabajo extradoméstico	28
<i>Delimitación de la pobreza</i>	28
<i>Características sociodemográficas de las mujeres según condición de pobreza</i>	33
Factores asociados a la inserción en el trabajo extradoméstico femenino según condición de pobreza	51
<i>Modelo Base</i>	53
<i>Interpretación de los factores asociados al trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres</i>	59
Discusión y consideraciones finales	71
Apéndice	85
Bibliografía	91

INTRODUCCIÓN

La historia económica y laboral de México ha presentado vaivenes importantes que han influido en la situación económica de las familias mexicanas. En los primeros años de la década de los ochenta se agotó la etapa del desarrollo económico basado en la estrategia de sustitución de importaciones. A partir de entonces, México no ha logrado recuperar el ritmo de crecimiento que experimentó en las dos décadas anteriores –sesenta y setenta. En el período 1982-1986 el país enfrentó una de las mayores crisis económicas, expresado en un crecimiento muy reducido del producto interno bruto (PIB), devaluación de la moneda y altos niveles de inflación; para enfrentarla se aplicaron medidas de ajuste y estabilización, sin grandes resultados. En 1986 se cambia el modelo económico vigente por un modelo de desarrollo orientado hacia el exterior, iniciándose así una aparente recuperación económica. A finales de 1994 y principios de 1995 se presentó otra profunda recesión, caracterizada por un crecimiento negativo del PIB y una alta inflación, postergando así las posibilidades de un crecimiento económico sostenido en el corto y mediano plazo.

A pesar de que el año 1997 se puede considerar como un año de aparente estabilidad económica, las crisis económicas han trastocado los espacios de la vida cotidiana de los hogares, provocando cambios en los mecanismos de apoyo dentro y fuera de la familia. Las unidades domésticas han tenido que ajustar sus estrategias familiares de vida para hacer frente a fenómenos tales como el desempleo, la caída de los salarios y del ingreso familiar. Aunado a esto, el número de personas que se encuentran en condición de pobreza se ha incrementado.

El proceso de reproducción de las unidades domésticas y de la fuerza de trabajo, es decir, la manutención de los trabajadores y de sus familias, depende de varios factores: 1) la disponibilidad de empleo y de los niveles de remuneración reales, 2) el conjunto de actividades que realizan en el ámbito doméstico, y 3) la prestación de servicios de educación, salud, seguridad social y de subsidios a productos básicos por parte del Estado (De Barbieri y De Oliveira, 1989). La mayor parte del ingreso monetario de los hogares pobres (el 70%) se origina en el mercado de trabajo. La interacción entre pobreza y mercado de trabajo puede ser visualizada en factores tales como el tamaño familiar, la edad de los integrantes, su situación laboral, el nivel de ingreso percibido por lo ocupados y la etapa del ciclo de desarrollo por el que atraviesa la familia. En general el tamaño de una familia pobre es alto, lo que determina por un

lado, que estos hogares presenten índices de dependencia más elevados, debiendo distribuirse los ingresos del trabajo entre más miembros; así también el promedio de ocupados por hogar como el nivel de remuneración por ocupado es menor entre este tipo de hogares. Así es que en general los pobres mantienen una posición vulnerable en el mercado de trabajo (Lagos y Arriagada, 1997).

Las estrategias desplegadas por los hogares de bajos ingresos para intentar sortear los efectos de las crisis se pueden agrupar en tres grandes categorías: estrategias destinadas a la generación de recursos, las estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes, y las estrategias que inciden en la estructura, composición y organización de la familia (Tuirán, 1993). En este trabajo nos ocuparemos del primer grupo de estrategias, las destinadas a la generación de recursos. Con el objetivo de proteger el nivel de ingreso del hogar o al menos de contener su descenso, los hogares tratan de intensificar y/o diversificar la participación de sus miembros en la actividad económica, mediante diferentes mecanismos laborales y domésticos. Las unidades domésticas pueden recurrir no sólo a los varones adultos (cuando están disponibles), sino también a mujeres de distintas edades o a personas situadas en las edades extremas (ancianos, jóvenes y niños). Estos integrantes pueden desempeñar simultáneamente dos o más ocupaciones, combinar trabajo asalariado con actividades por cuenta propia, o simplemente prolongar su jornada laboral. También es común que se recurra a la migración –nacional o internacional- con la finalidad de encontrar trabajo y generar ingresos.

La perspectiva de género, desde los estudios del mercado laboral, contribuye a destacar el papel de las mujeres en las estrategias familiares para la obtención de recursos monetarios y no monetarios. Las contribuciones de las mujeres a la producción económica y a la reproducción social se basan tanto en su trabajo doméstico como en el extradoméstico. El trabajo femenino extradoméstico comprende a las actividades remuneradas o no remuneradas que contribuyen a producir bienes y servicios para intercambiarse en el mercado. En contraste, el trabajo doméstico es aquél encaminado a producir bienes y servicios para el consumo privado de los integrantes de los hogares (García y Oliveira, 1998). El trabajo femenino extradoméstico asume diversas modalidades: trabajo asalariado, trabajo realizado por cuenta propia y trabajo familiar no remunerado. Las ocupaciones por cuenta propia y familiares no remuneradas son particularmente relevantes porque permiten a las mujeres combinar el trabajo extradoméstico con el doméstico, aun cuando esto represente una doble jornada de trabajo. En la estructura de la fuerza de trabajo

femenina mexicana tienen un peso importante las actividades terciarias y no asalariadas, la mayor parte de las cuales ofrecen condiciones precarias de trabajo -baja o nula retribución, tiempo parcial de empleo, trabajos esporádicos- (García y Oliveira, 1998).

Lo cierto es que en México en los años noventa estas actividades precarias y de tiempo parcial se han hecho más necesarias a medida que han empeorado las condiciones de vida de la población (Pedrero, 1995; García, 1994; Pacheco, 1994; García, Blanco y Pacheco, 1999). Una de las razones que dan cuenta de la presencia femenina en las actividades no asalariadas y en el trabajo a domicilio, es la generación de ingresos principales –en el caso de las jefas de hogar- o complementarios. La aceptación de bajos ingresos y jornadas parciales es a veces la única alternativa que tienen las mujeres que necesitan compatibilizar el trabajo extradoméstico, las labores del hogar y el cuidado de los hijos.

En general, se sabe acerca de las características y los factores asociados al trabajo extradoméstico de las mujeres, pero no se sabe de las características específicas de las mujeres pobres en el mercado laboral. Diversos estudios han mostrado que a través del tiempo, la participación laboral de las mujeres se ha incrementado, y que éste incremento se sostiene independientemente del estado civil, la edad y la presencia de hijos en el hogar (García y Oliveira, 1994b). Esto indica que las mujeres mexicanas no están abandonando el mercado de trabajo después de unirse o tener sus primeros hijos, como lo hacían en años anteriores. Más bien, las unidas conyugalmente y con hijos han recurrido a diferentes estrategias para desempeñar actividades laborales además de sus responsabilidades domésticas. Este proceso ha sido estimulado en parte por la mayor necesidad económica, donde el resultado ha sido la incorporación de integrantes adicionales de los hogares al mercado de trabajo (Cortés, 1995; García y Oliveira, 1994a). Para el caso de las mujeres pobres, se esperaría que esta inserción laboral, fuera una actividad necesaria y permanente debido a la precariedad económica, y que los factores asociados a dicha inserción sean diferentes a los de la población femenina no pobre.

¿Por qué estudiar a las mujeres pobres? La principal preocupación de la inserción al trabajo extradoméstico de las mujeres pobres se presenta esencialmente en el ámbito social, ya que sino existen opciones alternativas para el cuidado de los hijos -de carácter institucional o familiar- se reduce la atención que debe prestárseles, lo que implica consecuencias negativas para la salud y el desarrollo de los menores. “Los hogares pobres gestan condiciones de riesgo para una posible transmisión de desventajas entre generaciones, inclinándolos hacia la pobreza”. La permanencia

de los niños y las niñas en el sistema escolar, que dependen a su vez del nivel socioeconómico del hogar, es determinante en esta transmisión de la pobreza. “Hay hogares con importante participación laboral femenina generadora de ingresos, que presentan una muy alta proporción de niñas que ya dejaron la escuela. El trabajo infantil puede constituirse en un momento dado como una fortaleza del hogar, en particular cuando se usa para generar ingresos; pero en el futuro, se convierte en una debilidad, ya que niños y niñas con bajos niveles de escolaridad serán trabajadores mal remunerados que den origen a nuevos hogares vulnerables y reproduzcan las condiciones de pobreza en la nueva generación” (Rubalcava y Muñiz, 1996: 22). Para el caso del trabajo adolescente, verse Giorguli (2003).

Se considera que es necesario diferenciar entre dos tipos de mujeres que se insertan al mercado laboral, las mujeres que son pobres y las que no lo son. La idea central es que los factores asociados a la inserción en el mercado laboral son distintos para cada grupo social, porque sus características sociodemográficas y sus condiciones de vida familiar son distintas. Una característica que nos parece primordial analizar, es la relación de parentesco que tiene cada mujer encuestada con el jefe de hogar, ya que la mujer puede estar jugando un papel de jefa de hogar, esposa, hija u otro parentesco, que significará por si solo un inhibidor o un motivador del trabajo extradoméstico.

En el caso de las mujeres esposas, la urgencia de obtener ingresos suplementarios para mantener el hogar, puede ser el primer factor determinante de la inserción laboral, aunque esto signifique una sobrecarga laboral, ya que se debe combinar con frecuencia el tiempo dedicado al trabajo doméstico y la participación en labores remuneradas. En cambio las mujeres jefas de hogar, que no tienen más alternativa que trabajar, ya sea porque sus cónyuges no hacen aportaciones económicas regulares para la manutención de sus familias, porque son migrantes o simplemente porque se desligaron del hogar, tienen una alta probabilidad de insertarse con más urgencia al mercado laboral. Otro aspecto aunado a la jefatura de hogar que es importante señalar es que en los últimos años se ha presentado un incremento en las separaciones y los divorcios, lo que ha significado un mayor número de hogares comandados por mujeres y por lo tanto la necesidad de enfrentar la carga de la generación de ingresos (Gómez de León y Parker, 2000).

Con estos datos se justifica la importancia del estudio de la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres, visto como una estrategia familiar de vida que intenta mantener o mejorar las condiciones de vida prevalecientes. Encontrar los factores

asociados (económicos, sociales y demográficos) a la participación en el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres en México en un año de aparente estabilidad económica (1997), es la principal tarea de esta investigación. Se presupone que la condición de pobreza, por sí sola, es un factor determinante para acceder al mercado laboral. Los objetivos que rigen este trabajo son: determinar las mujeres que se encuentran en condición de pobreza, identificar las características sociodemográficas de las mujeres pobres y no pobres, y finalmente conocer el peso y la dirección que tienen cada uno de los factores (individuales, familiares y contextuales) asociados a la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres, por medio de un modelo estadístico. Finalmente se presentan las discusiones y consideraciones finales.

MARCO TEÓRICO-REFERENCIAL PARA EL ESTUDIO DEL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO FEMENINO Y LA POBREZA

POBREZA

La pobreza se refiere a la imposibilidad de algunos grupos de la población para satisfacer necesidades básicas de subsistencia. La pobreza es una realidad inaceptable para cualquier sociedad, porque vulnera la base de la vida humana y representa la pérdida del potencial de existir y actuar de las personas. Económicamente, la pobreza está asociada a la carencia de recursos que corta las libertades más elementales de los individuos (por ejemplo, estudiar en el caso de los niños), por lo que se requiere considerarla como un asunto de atención prioritaria en cualquier sociedad.

En México incluso las cifras más conservadoras revelan la persistencia del problema en magnitudes preocupantes, donde según algunas estimaciones más de la mitad de la población total vive en condiciones de pobreza (Cortés et al, 2002; SEDESOL, 2002; Hernández, 2003; Boltvinik, 2003). Ello reclama reexaminar si la población más necesitada ha sido tomada en cuenta apropiadamente en el planteamiento de las políticas económicas y sociales instrumentadas hasta ahora. Por otra parte, si bien el análisis académico de la pobreza es añejo, es sólo hasta hace pocos lustros que el tema ha comenzado a ser parte de la agenda de las políticas gubernamentales, de la atención de los medios de comunicación masiva y de las preocupaciones de la opinión pública.

El aumento en el número absoluto de pobres registrado en las últimas décadas ha ocurrido en una magnitud que no se explica por el cambio demográfico -como lo es el caso de la disminución de la fecundidad- porque muchas de las características sociodemográficas han persistido, sino como una consecuencia de las crisis económicas. Los hogares pobres presentan características diferenciales respecto a los no pobres, y una de las principales características es su alta fecundidad. Los grupos de pobres tienen una estructura poblacional más joven –que se expresa en un ritmo de crecimiento natural superior, lo que conduce a índices más altos de dependencia económica en el seno de la familia (Boltvinik, 1996).

Conceptualmente no existe un significado único del término *pobreza*, aunque un elemento común en las definiciones es la identificación de un nivel de vida básico que no puede ser

alcanzado por ciertas personas, lo que les representa una adversidad socialmente inaceptable. Para esta investigación se entenderá como pobreza la privación de elementos necesarios para la vida humana dentro de una sociedad, y de medios o recursos para modificar dicha situación.

De esta forma, la pobreza puede definirse en un sentido *absoluto* como la privación de necesidades básicas (alimentación, vivienda, salud, transporte, educación) y en uno *relativo* como la carencia de los medios considerados como apropiados en la sociedad mexicana para alcanzar dichas necesidades.

En la práctica, se han desarrollado tres formas de medición de la pobreza:

1. *Medidas monetarias*, basadas exclusivamente en el ingreso o gasto de las personas. Estas incluyen además del ingreso o gasto monetario reportado por los hogares, el ingreso o el gasto en especie imputado y valuado monetariamente, tal como los regalos, las transferencias, el autoconsumo en especie y el alquiler estimado por el uso de vivienda propia.

2. *Medidas no monetarias*, que consideran rezagos en indicadores de bienestar que se definen en espacios *unidimensionales* no monetarios, tales como el acceso a agua potable, electricidad o drenaje, nivel de escolaridad o mortalidad infantil, inseguridad, etcétera. Estos indicadores pueden ser simples o multidimensionales, como por ejemplo el Índice de Desarrollo Humano.

3. *Medidas mixtas*: los métodos combinados intentan integrar la información de carencias de bienes y servicios con la falta de los ingresos. Además de las dificultades propias de cada método, la combinación de medidas unidimensionales y multidimensionales requiere enfrentar la ponderación de cada dimensión, ya sea con valores monetarios o de otro tipo.

En América Latina, las medidas del primer y segundo tipo se han identificado, respectivamente, como los métodos de *Línea de Pobreza (LP)* y *Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI)*; en ambos es necesaria la especificación de una línea de pobreza en cualquier espacio, sea monetario o no. Para fines de esta investigación se optará por medir la pobreza por medio del método de línea de pobreza; una de las razones es la disponibilidad de los ingresos monetarios percibidos por los individuos y los hogares en la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID-1997), necesarios para poder valorar a la población como pobre y no pobre; y en segundo lugar, es interés de esta investigación ir creando estudios de pobreza que puedan ser homogéneos con otras delimitaciones de la pobreza, como lo es el caso de la determinación de los niveles de pobreza hecha por el Comité Técnico de Medición de la Pobreza de la Secretaría de Desarrollo Social. Esto con la finalidad de ir teniendo estudios de la población pobre más

especializados, como en este caso será pobreza y mercado laboral, bajo una misma delimitación de pobreza.

La pobreza en México

En México, al igual que en otros países, no existe un consenso sobre la forma de medición de la pobreza o el tipo de satisfactores mínimos que deben considerarse para identificar a los pobres del resto de la población. Pero en el año 2002 el gobierno mexicano estableció una forma de medición oficial de la pobreza realizada por el Comité Técnico de Medición de la Pobreza (CTMP) de la SEDESOL. Se optó por clasificar a la población en tres puntos de referencia: 1) pobreza alimentaria, 2) pobreza de capacidades y 3) pobreza de patrimonio¹ (SEDESOL, 2002). De acuerdo con esta delimitación ¿qué se sabe de los niveles de pobreza en México? La mayoría de las series de evolución de la pobreza disponibles están basadas en el método de línea de pobreza (LP), método de necesidades insatisfechas (NBI) y métodos combinados, como el Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP).

Según los datos de la gráfica 1, México presentó un período de disminución de la pobreza de 1968 a 1981, tendencia que se revierte al alza y que se mantiene de manera casi continua hasta 1996. En el año 1997 se presenta el inicio de una disminución en los niveles de pobreza, aunque después volvería a incrementarse. Según los cálculos del CTMP, MMIP y de INEGI-CEPAL la pobreza es mayor en el año 2000 que en 1992, es decir, la pobreza aumentó en el decenio de los noventa a pesar del crecimiento que experimentó la economía después de 1996, lo que significó que el aumento de la pobreza durante la crisis de 1994 no logró revertirse. El CTMP señala que la proporción de población pobre –según la LP3 por patrimonio- entre los años 1996 y 1998, oscila en promedio alrededor de 66% de la población total (SEDESOL, 2000).

La mayor parte de los pobres que se sumaron en los años ochenta, se localizaron en las ciudades, lo que provocó un aumento sustancial de la proporción de pobres urbanos. Pero es bien sabido que la pobreza rural ha sido siempre mayor y más intensa que la pobreza urbana. Esta tendencia puede ser explicada por la migración rural-urbana, es decir, se hablaría de una urbanización de la

¹ Pobreza de patrimonio es la situación de pobreza más completa, en la que la población no cuenta con un ingreso suficiente como para satisfacer sus necesidades de alimentación, educación y salud, y además de algunos conceptos necesarios para vida cotidiana, como los realizados la conservación de la vivienda, energía eléctrica y combustibles, comunicaciones, transporte fuera del lugar en que se radica, cuidado y aseo personal, esparcimiento y turismo.

pobreza, cuyo principal indicador se encuentra en el deterioro de la calidad de la vida de las ciudades, presentado a partir de 1990.

Cuadro 1

Proporción de la población pobre en México de acuerdo con el CTMP		
	Porcentaje del total	
Definición de pobreza	1996	1998
Línea 3, personas	69.6	63.9

Fuente: INEGI (2002), cálculos con base en la ENIGH (1996-1998).

Gráfica 1

EVOLUCION DE LA POBREZA EN MEXICO según tres versiones de la LP, 1968-2001 (Porcentaje de personas pobres)



Fuente: Boltvinik, Junio de 2003, Comercio Exterior, creado con datos de CEPAL, Banco Mundial, Hernandez Lae.

Cuadro 2

TOTAL DE POBRES en México de acuerdo con el INEGI-CEPAL, MMIP y CTMP, según el método de Línea de Pobreza, 1996-2000 (Millones)

	1996	1998	2000
Población total	92.59	95.27	97.65
INEGI-CEPAL	83.42	79.74	76.85
MMIP	75.81	76.54	73.56
LP Patrimonio	64.46	60.60	52.51
LP Capacidades	41.94	38.76	31.11
LP Alimentaria	34.33	32.28	23.69

Fuente: INEGI CEPAL, El Comité Técnico de Medición de la Pobreza de SEDESOL, publicado en Julio Boltvinik, Junio de 2003, Comercio Exterior

Hogares en crisis

¿Qué pasaba a nivel micro, en los hogares? Las crisis trastocan los espacios de la vida cotidiana de los hogares², provocando cambios en los mecanismos de solidaridad dentro y fuera de la familia y alterando las relaciones sociales en el ámbito comunitario. La manutención de los trabajadores y de sus familias depende de varios factores: disponibilidad de empleo, niveles de remuneración reales, el conjunto de actividades que se realizan en el ámbito doméstico y la prestación de servicios de salud, educación, seguridad social y de subsidios a productos básicos (De Barbieri y De Oliveira, 1989). Los recortes al gasto público destinado a la prestación de servicios sociales, la eliminación de los subsidios, la reducción de los niveles salariales, el cambio significativo en las relaciones de precios entre los diversos bienes y servicios componentes de la canasta básica de consumo popular han contribuido a transferir hacia las

² Hogar, familia y unidad doméstica son utilizadas indistintamente.

familias la responsabilidad de manutención de la fuerza de trabajo que antes estaban a cargo del Estado; una de las consecuencias de ello ha sido una sobrecarga de trabajo para los diferentes miembros del hogar, entre otras reacciones ante las crisis.

Características de los hogares pobres

Las cifras promedio muestran que el tamaño de los hogares pobres, el número de personas por perceptor de ingresos y el número de miembros inactivos que depende de un activo, son sustancialmente mayores que en los hogares no pobres. Por su parte, los hogares que además del núcleo familiar incluyen otros parientes (hogares extensos) tienen una presencia más acentuada entre los pobres. Los hogares pobres no sólo son de mayor tamaño que los no pobres sino que, además, tienden a mostrar una mayor presencia de niños menores de 12 años (prácticamente del doble) o sea, son hogares que dependen de un número menor de personas adultas para generar los medios para el sustento cotidiano. Al comparar los hogares pobres con los no pobres se observa que en los primeros la proporción de niños que asisten a la escuela es menor y que una mayor proporción de los adolescentes (entre 13 y 15 años de edad) trabaja (SEDESOL, 2002).

El tema de la jefatura del hogar muestra que la proporción de hogares encabezados por mujeres es mayor en los hogares no pobres que entre los pobres. Este resultado pareciera contradecir el hecho de que las mujeres ganan menos a igual trabajo y calificación que los hombres. Sin embargo, el vínculo entre los ingresos según género y el total de recursos con que cuenta un hogar no es directo. Por ejemplo, una mujer puede encabezar el hogar, pero los perceptores del hogar pueden ser hombres y aportar mayores ingresos; asimismo, las mujeres pueden ganar menos, pero esos hogares usan más intensivamente sus recursos humanos que los encabezados por hombres, de modo que el ingreso total del hogar tiende a ser mayor; una tercera explicación puede ser que los ingresos generados por las mujeres, a diferencia del que aportan los hombres, pasan íntegramente a formar el ingreso del hogar. Otro argumento es que las mujeres jefas de hogar con menores ingresos tienden a integrarse a otros hogares debido precisamente a su vulnerabilidad (Gómez de León y Parker, 2000). Los jefes de hogares pobres exhiben menores niveles de escolaridad que los no pobres. Los niveles de escolaridad de los primeros tienden a concentrarse en los escaños más bajos de la jerarquía educativa (en las categorías sin instrucción

y primaria incompleta se encuentra más de 50 por ciento), mientras que en los segundos los años de escolaridad formal van entre 9 y 15 años.

En cuanto a la incidencia de la pobreza según la edad de los jefes de los hogares, el panorama es claro: la pobreza tiende a estar más generalizada entre los hogares con jefes jóvenes (entre 21 y 40 años) y menos entre los de 41 a 60 años de edad.

Las viviendas con piso de tierra, que no cuentan con energía eléctrica, que no tienen agua entubada y que no disponen de baño se presentan en mayor proporción en los hogares pobres que entre los no pobres. Por otro lado, los ingresos y gastos mensuales totales son sustancialmente más elevados en los hogares no pobres que en los pobres, ésta situación es reflejo de la intensidad de las carencias.

De acuerdo con datos obtenidos de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) delimitados por la Línea de Pobreza 3 del CTMP, para el periodo entre 1996 y 1998, los hogares pobres tenían en promedio 5 integrantes por hogar; un índice de dependencia económica de 2.4 y demográfica de 1.0³; 1.7 niños menores de 12 años en promedio; 14.7% eran hogares encabezados por mujeres; 17.8% eran jefas analfabetas; 31.7% de los jefes de hogar contaban con primaria incompleta; 72.5% eran hogares nucleares y 24.9% eran extensos; tenían un ingreso mensual per cápita de \$ 682.5⁴. A diferencia de lo encontrado entre los pobres, los no pobres presentan las siguientes características: 3.5 personas en el hogar; un índice de dependencia económica de 1.5 y demográfica de 0.5; 0.7 niños menores de 12 años en promedio; 19.6% eran hogares encabezados por mujer; 5.4% eran jefas analfabetas; 16.7% de los jefes de hogar contaban con primaria incompleta; 69.5% eran hogares nucleares y 17.5% eran extensos; y finalmente, tenían un ingreso mensual per cápita de \$ 2,703.0 (SEDESOL, 2002).

Estrategias familiares de vida destinadas a la generación de recursos

En la literatura sociodemográfica latinoamericana se ha argumentado con insistencia que las unidades domésticas tienden a ajustar sus estrategias de vida para hacer frente a fenómenos tales como el desempleo, la caída de los salarios y la disminución del ingreso familiar, donde un

³ Índice de dependencia económica es el promedio de personas que no trabajan por cada trabajador; Índice de dependencia demográfica es el promedio de personas en edad económicamente inactiva por persona en edad económicamente activa.

⁴ Pesos de agosto de 2002.

componente esencial es la participación económica de los hombres y mujeres integrantes de las familias. Muchas de estas estrategias para los pobres no son nuevas porque las han adoptado a lo largo de su vida.

Estrategias de supervivencia familiar, es un concepto que se formuló para América Latina para el estudio del comportamiento de sectores urbanos de bajos ingresos (Duque y Pastrana, 1973). Dicho concepto se definió como el hecho de que “las unidades familiares pertenecientes a determinado estrato social, en base a las condiciones de vida que se derivan de dicha pertenencia, desarrollan, deliberadamente o no, determinados comportamientos encaminados a asegurar la reproducción material y biológica del grupo” (PISPAL, 1978). Entre los supuestos más importantes vinculados originalmente a este término se encuentran: 1) El hogar o la familia actúa como una sola unidad, 2) La capacidad racional del grupo doméstico, y 3) La existencia de un número de “opciones” suficientes entre las que el grupo doméstico puede elegir obtener o mantener un nivel de vida determinado. Debido a estos supuestos es que dicho término ha causado muchas críticas⁵, pero también se deben de reconocer sus ventajas⁶.

Con el tiempo el concepto evolucionó y se le denominó estrategias familiares de vida (Torrado, 1981: 207), con la finalidad de integrar diferentes grupos sociales y contextos que también aplican estrategias de vida. Para efecto de esta investigación se utilizará como marco referencial el concepto de estrategias familiares de vida, concepto entendido como el estudio de la relación entre fenómenos de nivel macrosocial (estructuras) y microsociales (comportamientos) a través de la instancia mediadora de las clases sociales (la pobreza), es decir, son prácticas sociales que realizan los miembros de un hogar, a pesar de las restricciones de los condicionantes macrosociales, para la generación de ingresos, en condiciones de pobreza y no pobreza.

Las estrategias desplegadas por los hogares de bajos ingresos para intentar sortear los efectos de las crisis se pueden agrupar en tres grandes categorías: estrategias destinadas a la generación de

⁵ Las principales críticas fueron: El término “estrategia” connota la idea de que las unidades familiares se enfrentan a opciones de vida entre las cuales puede elegir libremente, fenómeno que no siempre se presenta; el término supervivencia se refiere exclusivamente a comportamientos relacionados con la subsistencia mínima (básica-fisiológica), quedando restringida a su aplicación en los grupos más desfavorecidos; el problema del alcance de las redes sociales que establecen las unidades familiares como parte de las estrategias de vida; el problema de precisar hasta qué punto este concepto implica la conciencia de fines, metas, medios, plazos y resultados entre los agentes involucrados (racionalidad), excluyendo relaciones de conflicto.

⁶ Entre las ventajas del uso de este concepto se encuentran: la ubicuidad teórica, concepto que puede ser utilizado para una sociedad global; la organicidad teórica, concepto que asume un conjunto variado de comportamientos: económicos, sociales y demográficos, bajo un principio unificador; fertilidad teórico-metodológica, donde la unidad de estudio ya no es sólo el individuo sino ahora es la familia, asumiendo al mismo tiempo la temporalidad correspondiente al ciclo de vida familiar (Torrado, 1981).

recursos, las estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes, y las estrategias que inciden en la estructura, composición y organización de la familia (Tuirán, 1993). Las estrategias familiares de vida abarcan una amplia gama de actividades como: intensificación o diversificación del trabajo, cambios en el patrón de bienes y servicios consumidos, migraciones, reactivaciones de redes de apoyo familiares y no familiares, y transformaciones demográficas como el tamaño y la composición de las unidades domésticas.

Sin duda, una de las principales estrategias utilizadas es la generación de ingresos extras para proteger o incrementar el nivel de ingresos del hogar, con la finalidad de poder satisfacer las demandas de consumo. Esto se puede lograr intensificando y/o diversificando la participación de los miembros del hogar en la actividad económica. Se puede recurrir a varones adultos (cuando los hay), a mujeres de distintas edades o a personas situadas en edades extremas (ancianos, jóvenes y niños). Asimismo, estos nuevos integrantes o los ya establecidos pueden desempeñar simultáneamente dos o más ocupaciones, combinar trabajo y estudio, o simplemente prolongar su jornada laboral.

En México, los fenómenos que se han presentado son: una mayor utilización del trabajo masculino de adolescentes, menores de edad y adultos mayores (65 años y más); y por otro lado, un incremento paulatino de trabajo femenino extradoméstico. Es importante destacar que desde la perspectiva del mercado de trabajo, hay que tener en cuenta que la participación de hombres y mujeres en la actividad económica se ve condicionada, facilitada y hasta obstaculizada tanto por los demás miembros del hogar, como por las condiciones económicas y laborales del país. Si los ingresos reales del jefe de hogar –tradicionalmente proveedor único y de sexo masculino-, han venido disminuyendo, la incorporación de un mayor número de miembros del hogar a las actividades remuneradas ha contribuido a contrarrestar total o parcialmente la disminución de los ingresos del hogar (Tuirán, 1993).

Generalmente se espera que a mayor pobreza mayor participación laboral, pero las limitaciones impuestas tanto por la estructura del mercado laboral como por la estructura sociodemográfica de las familias, no siempre permiten que los hogares más pobres sean los que tengan más perceptores de ingreso (García y Pacheco, 1997). Por otro lado, en otros estudios se ha corroborado que ha sido la mayor participación económica familiar la que ha llevado a modificar las condiciones de pobreza (García y Oliveira, 1994b; Cortés y Cuellar, 1990), pero dicho resultado dependerá del tipo de empleo y nivel de remuneración, entre otros aspectos.

En esta investigación se considera que la mayoría de los individuos organiza –de manera conciente o no- la manutención cotidiana en sus hogares, y la participación laboral femenina es una de las estrategias que se adoptan para la generación de ingresos familiares. El trabajo extradoméstico se entenderá como uno de los elementos que contribuye o permite la supervivencia diaria y la reposición de la fuerza de trabajo. Las características sociodemográficas de los hogares pobres (alto número de miembros, mayor número de hijos menores de 12 años, bajo nivel de escolaridad, altos índices de dependencia económica y demográfica) donde se encuentran mujeres pobres ¿serán factores determinantes en la decisión de estas mujeres para integrarse al mercado laboral? ¿facilitarán o retraerán el trabajo extradoméstico dentro de estos hogares pobres? Y para el caso de las mujeres que no viven en condiciones de pobreza ¿dichas características sociodemográficas cambiarán su sentido de influencia o su peso sobre la inserción al mercado laboral?

TRABAJO EXTRADOMÉSTICO FEMENINO

Las estrategias domésticas para reunir recursos varían según las condiciones del mercado de trabajo. En período de pleno empleo, combinados con salarios relativamente deprimidos, existe la posibilidad de incrementar la oferta de trabajadores para maximizar el ingreso monetario de la unidad doméstica. Pero por otro lado, la oferta de trabajo femenino está condicionada por las “necesidades”, es decir, por el grado en que el ingreso generado por el trabajo y los recursos no-monetarios con los que cuenta la unidad doméstica son suficientes o no para satisfacer las necesidades de sus miembros.

Las estadísticas de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano indican que la participación económica femenina en México se ha incrementado con el paso del tiempo, pasando de 21% en 1979 a 31% en 1991 y 33% en 1993 (García, Blanco y Pacheco, 1999). En un segundo período las Estadísticas de Trabajo Doméstico y Extradoméstico señalan una participación laboral de 34.5% en 1995, 34.8% en 1996, 36.8% en 1997 y 36.9% en 1998 (INEGI, 2001). En diversos estudios, la creciente participación femenina en el mercado de trabajo mexicano entre los años ochenta y noventa, ha sido interpretada parcialmente como una respuesta al deterioro en las condiciones de vida, especialmente en los tiempos de crisis. Las recesiones económicas han

llevado a la movilización de una oferta potencial de mano de obra constituida principalmente por mujeres unidas con hijos, las cuales salen al mercado en busca de un trabajo u optan por crear su propio empleo; paralelamente también se ha incrementado la participación laboral de las mujeres sin escolaridad o con primaria incompleta (Orlandina y García, 1990).

En los momentos de crisis aguda (años ochenta principalmente) han sido las mujeres mayores de 25 años, las de menor escolaridad, las casadas y aquellas con hijos las que más han incrementado su participación económica. Desde esta perspectiva, se confirma que las mujeres habrían ampliado su participación en el mercado de trabajo para contribuir a la satisfacción de las necesidades básicas de sus hogares (Cortés, 1988; Pacheco, 1988; Oliveira, 1989; Pedrero, 1990; García y Oliveira, 1991).

Las mujeres que trabajan han tenido que combinar, en la mayoría de los casos, el trabajo doméstico con el extradoméstico. Para esta investigación, se definirá el trabajo doméstico como las labores encaminadas a producir bienes y servicios para el consumo privado de los integrantes de los hogares; mientras que el trabajo extradoméstico es aquel que comprende a las actividades remuneradas o no remuneradas que contribuyen a producir bienes y servicios para intercambiarse en el mercado.

Década de los ochenta y noventa

Desde los años cincuenta en asociación estrecha con la modernización, urbanización y aumento en los niveles de escolaridad en el país, la participación económica de las mujeres se ha venido incrementando. En México, la participación femenina se eleva de 21.5% en 1979 a 31.5 en 1991 y 34.5 en 1995. No obstante, ha sido demostrado en varios trabajos que la aceleración en la participación económica de las mujeres que tiene lugar en los años ochenta se origina en gran medida como una estrategia familiar de vida. Un dato que sin duda apunta en este sentido es que las ocupaciones no asalariadas que proporcionan los más bajos ingresos fueron las que mostraron un incremento más acelerado entre las ocupaciones femeninas en esos años (García y Oliveira, 1994b). En esta década, cuando la etapa de crecimiento económico sostenido llegaba a su fin, el país enfrentó una crisis que significó la implantación de un nuevo modelo de desarrollo centrado en el intercambio comercial con el exterior. Este nuevo modelo trajo consigo crisis económicas recurrentes sin crecimiento y sin desarrollo sostenido, por el contrario provocó un crecimiento de

los niveles de pobreza y una polarización en la distribución del ingreso –especialmente en los años en que los salarios descendieron bruscamente y las devaluaciones fueron más fuertes (Boltvinik, 1995; De la Garza, 1996; Cortés, 1997).

En este contexto de deterioro, se incrementó la oferta de mano de obra de mujeres de mayor edad y unidas conyugalmente, que trataban de amortiguar la caída en los ingresos reales, es decir, aquellas mujeres pertenecientes a hogares de bajos y medianos ingresos (Tuirán, 1993).

Trabajos a nivel micro y macro han señalado que efectivamente en los hogares se ha presentado la estrategia de intensificar y diversificar el trabajo extradoméstico (Hernández Laos, 2003; Tuirán, 1993; Cortés, 1995); y a la par, se han desarrollado otros trabajos que han profundizado en las desventajas de la aplicación de ciertas estrategias familiares de vida, como el abandono de la escuela en el caso de los jóvenes y la sobrecarga laboral en el caso de las mujeres adultas (Oliveira, 1999; García y Oliveira, 1992, 1994a; García y Pacheco, 2000).

En la década de los noventa, las principales razones que pueden explicar el aumento de la participación en el mercado de trabajo de las esposas son: la ampliación de las oportunidades de empleo para algunas mujeres con mayor escolaridad, el descenso de la fecundidad y, de manera especial, la respuesta de muchas esposas para enfrentar el descenso en los niveles de vida (García y Pacheco, 2000). Por otro lado, es muy probable que las mayores exigencias de credenciales en el mercado de trabajo, así como la apertura creciente de instituciones de educación media y superior hayan contribuido de manera paulatina a trasladar las demandas de apoyo monetario en el caso de las familias, de los hombros de los hijos (as) hacia los de las esposas y otras parientes adultas.

Factores asociados o condicionantes del trabajo extradoméstico femenino

La participación laboral de los integrantes de las familias puede estar asociada a numerosos factores en el nivel individual, familiar y del contexto socioeconómico más ampliado. Las oportunidades laborales se abren o se cierran y las necesidades se definen y redefinen a lo largo del tiempo. Es importante tener en cuenta que la participación laboral femenina y por tanto sus condicionantes asociados están en función del ciclo de vida familiar en que está inmersa cada mujer. La identidad social de la mujer está ligada a su posición dentro de la familia; así las

transformaciones a lo largo del ciclo extradoméstico de la familia están ligadas a su vez con las transiciones en el ciclo de vida de la mujer.

Los estudios sobre fuerza de trabajo femenina han mostrado repetidas veces, en diversos contextos sociales, que la participación diferencial de las mujeres en el mercado de trabajo está en función del estado civil, el número y edad de los hijos. Estas regularidades responden por lo general a que la participación femenina en la fuerza de trabajo está subordinada al tradicional papel de las mujeres como amas de casa.

La responsabilidad doméstica de la mujer está ligada también a otras condiciones, tales como la composición de la unidad doméstica y la correspondiente disponibilidad de otras personas para realizar las tareas requeridas –a través de servicio doméstico remunerado, de la existencia de otras mujeres adolescentes o adultas. Es decir, existen variaciones importantes en la composición y en la división del trabajo intradoméstico que ayudan a explicar la relación entre la carga de trabajo doméstico de la mujer y su disponibilidad para la participación en el trabajo extradoméstico.

Entre los factores tradicionalmente asociados al trabajo extradoméstico se encuentran la edad, el nivel de escolaridad, el estado civil y el número de hijos (García y Oliveira, 1998). Por ejemplo, en la década de los setenta, el nivel más elevado de participación laboral se encontraba entre las edades 20-24 años; dos décadas después, las edades laborales eran 25-39 años y la mayor participación laboral estaba entre las mujeres que vivían en localidades de 100 mil y más habitantes, las cuales ofrecen mayores oportunidades de trabajo extradoméstico. Por otro lado, a mediados de la década de los noventa, la participación laboral se mantenía independientemente del estado civil y de la presencia de los hijos (García y Oliveira, 1994b y ENE, 1995), lo que podría relacionarse con épocas de crisis.

En otros estudios se ha encontrado que las mujeres con mayor escolaridad son las que mayormente laboran, debido a los requisitos cada vez más formales que impone el mercado de trabajo. Sin embargo en los años noventa, la participación de las mujeres sin escolaridad también se incrementó. En 1995, la población femenina sin escolaridad o con primaria incompleta realizaba trabajo extradoméstico en igual o mayor medida que la población con educación primaria completa (García y Oliveira, 1994b y ENE, 1995).

Con respecto al estado civil, las mujeres casadas y unidas conyugalmente siguen aumentando su presencia en los mercados de trabajo; no obstante, su participación es todavía más reducida que

la de las mujeres solteras y alguna vez unidas. Respecto a la variable número de hijos, se sabe que se ha acortado la brecha existente entre mujeres con y sin hijos en los mercados de trabajo (García y Oliveira, 1994 y 1994b).

¿Qué se sabe de los determinantes del trabajo extradoméstico de las jefas de hogar, esposas e hijas? En general al hablar de las características individuales, se ha encontrado que la edad es el factor más importante para explicar la participación laboral de las esposas, especialmente a partir de los 30 años; respecto a la educación, obtener un nivel de preparatoria o más incrementa la probabilidad de participación laboral de las esposas y de las hijas; el estado civil influye en mayor medida en las hijas, el ser soltera incrementa la participación laboral; la presencia de hijos (as) pequeños inhibe la participación laboral de las esposas (García y Pacheco, 2000), excepto en ocasiones de dificultad económica como las mencionadas arriba.

Al ubicar a las mujeres en su contexto familiar, tradicionalmente se considera que las jefas de hogar son las principales responsables de la manutención y se espera que sean económicamente activas; sin embargo, es importante aclarar que la valoración jefa de hogar al ser una posición declarada, es posible que estas mujeres sean mujeres adultas mayores de 50 años que ya no estén inmersas en el mercado laboral y que sean otros miembros del hogar los que laboren en lugar de ella, es decir, no necesariamente son jefas económicas. En el caso de las esposas e hijas y otras parientes, tradicionalmente consideradas como mano de obra “secundaria”, se espera que su actividad principal esté principalmente en el ámbito doméstico o en la escuela; pero es bien sabido que las esposas han sido las que han incrementado de forma más acentuada su participación económica por lo que se podría cuestionar su papel de solo dedicarse a las actividades domésticas. Diversos trabajos⁷ han documentado que en México, la participación laboral de las esposas e hijas se ha modificado con rapidez debido a las dificultades económicas crecientes, la diversificación de las escasas oportunidades ocupacionales y también a las transformaciones en la escolaridad, la fecundidad y los patrones culturales, lo que ha llevado a que estas mujeres en determinadas circunstancias, busquen incorporarse al mercado laboral de manera creciente.

En lo que respecta a las hijas, el efecto escolaridad ha sido uno de los más importantes determinantes, porque por un lado, a pesar de las necesidades económicas la asistencia escolar de

⁷ García, Muñoz y Oliveira, 1982; Tuirán, 1993; García y Oliveira, 1994a y 1994b; Barrón, Rendón y Pedrero, 1994; Oliveira et al, 1996; García y Pacheco, 1999; García, Blanco y Pacheco, 1999.

las hijas mayores de 18 años se ha incrementado sensiblemente, posiblemente como resultado de no percibir con claridad opciones de participación en el mercado de laboral y tener asegurado cierto sostén económico (García y Pacheco, 2000). Pero en el lado contrario, este efecto escolaridad puede no ser identificado de la misma manera para las hijas que viven en condición de pobreza debido a la falta de una seguridad económica en el hogar. Para esta investigación, será más posible que las hijas pobres no asistan a la escuela o que combinen la asistencia escolar con alguna ocupación de tiempo parcial, o solo se encuentren en el mercado laboral.

Respecto al ingreso, en el caso de las mujeres jefas de hogar, que son jefas económicas se ha encontrado que estos hogares son más vulnerables a la pobreza porque son las madres las responsables exclusivas de la manutención económica y además del cuidado de los hijos (Salles y Tuirán, 1996; Acosta, 1997). Las jefas de hogares pobres ganaban en promedio uno o menos de un salario mínimo en la Ciudad de México en 1995 (García y Pacheco, 1997). Por otro lado, las esposas no pobres están peor situadas que los esposos en términos de ingreso, pero mejor situadas con respecto a prestaciones, lo cual puede reflejar estrategias de complementariedad (seguridad social especialmente).

El principal problema que se puede observar sobre la base de esta información es que se crea un círculo vicioso: en los sectores más pobres de la sociedad predominan las condiciones adversas con respecto al mercado laboral, y debido a las características de sus jefes de hogar (baja escolaridad, bajos ingresos percibidos), los miembros del hogar siguen siendo pobres, aún a pesar del mayor uso de la mano de obra familiar (Oliveira, 1999). Rubalcava (1998) muestra que un mayor número de perceptores no siempre se asocia con un más alto nivel de bienestar para las familias. Se puede afirmar que éstos serán hogares en que se gestan condiciones de riesgo para una posible transmisión de desventajas entre generaciones, inclinándolos hacia la pobreza.

Lo cierto es que a largo plazo la estrategia familiar de vida puesta en marcha, de manera implícita o explícita, en armonía o en conflicto, implica el aumento de la carga de trabajo de las mujeres al tener simultáneamente a su cargo, en la mayoría de los casos, responsabilidades domésticas, el cuidado de los hijos y el trabajo extradoméstico. Esto no significa que el trabajo extradoméstico deba ser inhibido, sino por el contrario que tendría que encontrarse redes sociales de apoyo para que el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos no sean una carga extra de trabajo para las mujeres que se encuentran o quieren insertarse en el mercado laboral. En condiciones de no pobreza podría ser más factible el pago a personas externas para que

realizaran dichas actividades, pero en condiciones de pobreza seguramente la carga de trabajo seguirá siendo alta.

Visión cualitativa acerca del trabajo extradoméstico femenino

Finalmente, todos los planteamientos anteriores se han hecho a partir de investigaciones basadas en datos recolectados en censos, encuestas de hogares, encuestas de empleo y de fecundidad. Estas bases de datos permiten delinear las tendencias básicas en el mercado de trabajo y puntualizar qué factores socioeconómicos se encuentran asociados a ellas. Es relevante también mencionar los resultados de trabajos que profundizan en el significado del trabajo extradoméstico para las mujeres pobres. García y Oliveira (1992) realizaron un trabajo cualitativo, basado en entrevistas a profundidad, llamado “El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos”, en el que se encuentran algunas ideas básicas que se utilizarán como referencia en este trabajo. Estas autoras diferencian cuatro tipos de situaciones con la idea de rescatar la diversidad encontrada en la participación de las mujeres en el trabajo extradoméstico:

- a) El trabajo es considerado como útil y satisfactorio. En el seno de estos hogares existe necesidad económica pero el interés por el trabajo en el caso de la mujer rebasa esta dimensión; mantienen un interés por laborar a lo largo de sus vidas, aún cuando los hijos son pequeños sin embargo trabajan sin descuidar a los hijos, recurriendo a las redes sociales, servicio de guardería o a la ayuda de los hijos mayores; el trabajo doméstico es por lo general compartido; son mujeres que pertenecen a familias pequeñas (menores de tres hijos).
- b) El trabajo es percibido como actividad secundaria. El trabajo es realizado para complementar las carencias no cubiertas por el ingreso del cónyuge. Dadas las precarias condiciones de vida de los sectores populares, el cuidado de los hijos es considerado como algo permanente y el trabajo extradoméstico como algo transitorio; prevalecen los trabajos temporales y por horas, donde puedan llevar a los hijos consigo; son mujeres con escaso nivel de escolaridad (menor o igual a secundaria) y que tienen familias pequeñas; la idea es que las mujeres deben de trabajar sólo cuando lo que gana el marido no alcanza.

- c) El trabajo es evaluado como necesario para el bienestar y la educación de los hijos. Esta visión considera el trabajo de la mujer como fundamental, sin él no se lograría un mínimo de bienestar y una buena educación para los hijos; es visto como una necesidad. Las mujeres están dispuestas a trabajar arduamente para educar a los hijos, y brindarles apoyo moral y económico. La edad de los hijos es importante, si son pequeños prefieren no trabajar, pero una vez que han crecido y van a la escuela, las madres buscan una actividad remunerada; el nivel de escolaridad de las mujeres es bajo (igual o menor a primaria completa); son mujeres que pertenecen a familias numerosas (más de cuatro hijos en promedio) y en las cuales el ingreso de sus compañeros no alcanza para solventar todos los gastos; la mujer además de trabajar para ganar dinero es la principal responsable de la labor doméstica.
- d) El trabajo como actividad indispensable para la supervivencia familiar. El trabajo femenino es el que permite la supervivencia familiar; las mujeres son jefas económicas de sus hogares. Los compañeros tienen trabajos inestables o no asumen la responsabilidad del hogar. Las mujeres no tienen otra alternativa que trabajar; se presentan problemas tales como la pobreza extrema, el desempleo y el alcoholismo. Estas mujeres casi siempre quieren seguir trabajando para educar a los hijos; se trata de mujeres con baja escolaridad (igual o menor a la primaria). Su experiencia laboral es inestable, con interrupciones al tener hijos chicos y no contar con quién los cuide, pero cuando los hijos son mayores éstos se hacen cargo del cuidado de los más chicos; por lo general no tienen familiares que las ayuden. En suma, las mujeres jefas económicas aportan en forma fundamental recursos monetarios y no monetarios para la manutención de sus hogares, y suelen vivir en ambientes familiares extremadamente agresivos (alcoholismo, celos, desvaloración). El trabajo no es un beneficio pero se defiende el derecho a realizarlo como el único medio para dar una mejor vida a los hijos.

En general se observa que en unos casos se trabaja en función de un proyecto familiar que involucra reducir las carencias económicas y elevar la educación y el bienestar de los hijos; en otros casos, la situación socioeconómica se percibe menos apremiante y se prefiere reducir al mínimo el compromiso con el trabajo porque de esa manera se cumple mejor con las exigencias de la maternidad; finalmente, en un tercer grupo, no existe alternativa sino la de trabajar para la sobrevivencia familiar. “Si bien las necesidades económicas son importantes y han sido

acentuadas por las crisis económicas, también desempeñan un papel central los proyectos de vida individuales o familiares. Estos últimos tienen una temporalidad de más largo plazo y pueden llevar a una presencia más constante de las mujeres en el mercado de trabajo” (García y Oliveira, 1992: 226).

Esta clasificación de las razones por las cuales las mujeres se insertan al mercado laboral se puede comparar con otra clasificación hecha por Gerson (1985) en la cual encuentra 4 patrones generales que las mujeres asumen a través de sus cursos de vida: 1) modelo tradicional (la domesticidad), 2) el modelo de cambio de la domesticidad a la esfera pública, 3) el modelo orientado hacia la no-domesticidad, y 4) el modelo de cambio de la no-domesticidad a la domesticidad. Esta contextualización cualitativa ayudará sin duda al entendimiento de los factores asociados al trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres.

El trabajo extradoméstico femenino en los sectores pobres se desarrolla claramente en un ambiente de precariedad donde los mínimos de bienestar en alimentación, vestido, vivienda y salud se encuentran lejos de estar asegurados. Estudiar los factores asociados a la inserción al mercado laboral de las mujeres pobres implica que se tenga que elegir un periodo de aparente estabilidad económica para no caer en una estrategia familiar de vida que responda a factores más coyunturales. Por otro lado, a lo largo de la última década se han hecho estudios de los factores asociados a la inserción en el mercado laboral de las mujeres, para mujeres a nivel nacional, para mujeres de determinados estados de la república o para determinadas regiones; pero no se han hecho estudios más particulares sobre las mujeres pobres y no pobres. La última Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) se llevo a cabo en el año 1997 y al contar con una representación nacional, contener datos demográficos y económicos variados y finalmente, al haber sido levantada en un año considerado de aparente estabilidad económica –y en ocasiones de repunte económico-, resulta ser el mejor marco temporal y base de datos disponible para realizar esta investigación.

Los principales cuestionamientos que resultan de este conocimiento teórico-empírico son: ¿Cuáles son las características de las mujeres que viven en condiciones de pobreza y no pobreza? ¿Qué diferencias resultan significativas? ¿Hay diferencias no esperadas entre las mujeres pobres y no pobres en cuanto a sus características individuales, familiares y contextuales?

Existen características que tradicionalmente se le han imputado a las mujeres en condición de pobreza, pero es importante cerciorarse de que sean ciertas para las mujeres que serán estudiadas

en este trabajo, entre las más importantes se encuentran: según la etapa en el ciclo de vida en que se encuentre la mujer, las características socioeconómicas variarán; las jefas de hogar pobres, en edades avanzadas, trabajaran extradomésticamente menos que las no pobres, porque posiblemente sean jefas por declaración a la hora de la encuesta y no jefas económicas; las jefas de hogar pobres y no pobres serán mayoritariamente de edades adultas y serán de estado civil alguna vez unidas. Mientras que las hijas por su parte se espera que sean en su mayoría solteras, aunque se espera encontrar una proporción de hijas casadas o alguna vez unida que viven en condiciones de pobreza; el tipo de hogar preponderante será el nuclear para ambos casos (mujeres pobres y no pobres); pero se considera que el hogar ampliado tendrá un mayor peso en las mujeres pobres que en las no pobres, porque este tipo de hogares puede ser una estrategia familiar de vida entre los pobres para compartir ingresos y gastos del hogar; los niveles de escolaridad serán diferentes entre las jefas de hogar y esposas en relación con las hijas, primero por las diferencias entre dos generaciones, y por el aumento en los niveles de escolaridad que han venido incrementándose en todos los sectores sociales. Para las esposas y jefas de hogar los niveles de escolaridad serán los más bajos o serán mujeres sin escolaridad, especialmente en el caso de las mujeres pobres; las hijas pobres asistirán en menor proporción a la escuela en el año de la encuesta porque seguramente una proporción se dedicará a las tareas domésticas y otras al trabajo extradoméstico; si la pobreza en la última década se ha incrementado en las zonas urbanas y metropolitanas, se espera encontrar esta característica entre las mujeres pobres; además se considera que la pobreza rural será mayor que la pobreza urbana.

Por otra parte, las segundas hipótesis son consideradas para el estudio de los factores asociados a la participación laboral de las mujeres pobres y no pobres, que en primera instancia se espera encontrar que dichos factores serán diferenciales en el siguiente sentido: la participación laboral extradoméstica de las mujeres pobres, esposas y jefas de hogar, no estará determinada en gran medida por el nivel de escolaridad, la edad y la presencia de hijos menores de 12 años en el hogar; las hijas pobres tenderán a participar en el mercado laboral más que las hijas no pobres, porque la necesidad económica del hogar provocará su mayor inserción, lo que a su vez se traducirá en una menor escolaridad; el vivir en zonas urbanas y metropolitanas será un motivador del trabajo extradoméstico de las mujeres pobre; en hogares donde el índice de dependencia económica y demográfica son más altos, la probabilidad de que las mujeres adultas trabajen extradomésticamente será más alta, sean pobres o no pobres.

MUJERES, POBREZA y TRABAJO EXTRADOMÉSTICO

Los datos revisados en el marco teórico-referencial llevan a concluir que los principales factores asociados a la participación laboral de las mujeres son: la edad, el estado civil, la educación, la posición que tengan dentro de la familia (esposas, hijas o jefas de hogar), el lugar de residencia (rural, urbano o metropolitano), la presencia de hijos menores de 12 años, el tipo y el número de residentes del hogar. Se anexó la condición migratoria de la mujer, como variable individual explicativa, porque una de las interrogantes es si la migración es capaz de alterar las asimetrías en la valorización del trabajo extradoméstico⁸. Además de ellos, se considera que la condición de pobreza es un determinante de la inserción al mercado laboral, ya que las mujeres que viven en hogares pobres podrían, por un lado, tener una mayor propensión a laborar extradomésticamente debido a la necesidad de incrementar o sostener los ingresos con los que viven, aunque por otro lado, debido a las propias características inherentes a la condición de pobreza (alta fecundidad, menor escolaridad, patrones de conducta tradicionales, etc.) provocarían una desventaja en la probabilidad de inserción al mercado de trabajo. Corresponde ahora establecer los indicadores con los cuales se aproximará a estos conceptos, además de analizar la relación que tiene cada uno de ellos con la participación en el trabajo extradoméstico de las mujeres. Es necesario además presentar información básica para documentar la asociación bidimensional de los indicadores seleccionados con la condición de pobreza de las mujeres en edad productiva. El primer paso es la determinación de la población femenina como pobre y no pobre.

DELIMITACIÓN DE LA POBREZA

En el presente estudio, la medición de la pobreza se hará en base a los lineamientos establecidos por el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (CTMP) de SEDESOL, quienes utilizan el Método de Línea de Pobreza. Para las mediciones de los diferentes niveles de pobreza establecidos por el CTMP, se compara el ingreso neto total per cápita contra el valor de las líneas de pobreza propuestas, para calificar a un hogar o individuo dentro de la pobreza o fuera de ésta. El Comité determinó tres niveles de pobreza:

⁸ Para un análisis más detallado de la relación condición femenina y migración, ver Ariza (2000).

- **Pobreza alimentaria (LP1).** Califica como pobres a todos aquellos hogares o individuos que no tienen ingreso suficiente para adquirir la canasta alimentaria.
- **Pobreza de capacidades (LP2).** Esta segunda medida de pobreza da cuenta del hecho de que el ser humano para potenciar sus capacidades personales necesita satisfacer otras necesidades básicas además de las alimenticias, tales gastos son los referentes a cuidados de la salud y educación básica.
- **Pobreza de patrimonio (LP3).** El tercer concepto de pobreza agrega no sólo a la canasta alimentaria y a las necesidades de salud y educación básica, sino también aquellas que permiten al ser humano vivir de manera digna. Estas necesidades adicionales son: vestido y calzado, vivienda, servicio de conservación, energía eléctrica y combustible, estimación del alquiler de la vivienda, y transporte público.

Para esta investigación se utilizará el tercer concepto de línea de pobreza, es decir, la línea de pobreza de patrimonio (LP3), porque se considera que la población pobre es toda aquella que no cuenta con los requerimientos básicos (alimenticios, de vivienda, transporte, vivienda, calzado, etc.) que se necesitan para potencializar las capacidades de cada individuo.

La LP3 se determina, en primera instancia, en base al valor monetario de la canasta básica de alimentos, determinada por Coplamar ó INEGI-CEPAL. Dada la diferencia en requerimientos nutricionales a nivel rural y urbano, las canastas alimentarias son desagregadas por tipo de localidad. INEGI-CEPAL en 1992 determinaron el valor monetario de la canasta básica, y este fue el valor utilizado por el CTMP para el cálculo del rubro alimentación de la LP3.

Para la construcción de los demás requerimientos (salud, educación, vivienda, transporte, etc.) el CTMP utilizó un factor de expansión derivado de un procedimiento indirecto que consiste en utilizar el coeficiente de Engel⁹. De esta manera, se obtiene el coeficiente que agrega a la canasta alimentaria todas las necesidades básicas adicionales (patrimonio).

En este sentido, el CTMP determinó que el valor de la LP3 para los individuos en zonas rurales es de \$28.1 y para zonas urbanas de \$41.8 diarios por persona (a precios del año 2002), que mensualmente significa \$ 946.49 a nivel rural y \$ 1,367.35 a nivel urbano. Debido a que el ingreso del que se dispone en la encuesta utilizada para esta investigación -Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID), 1997- es solo el ingreso monetario, se hizo una

⁹ La explicación de estos cálculos se encuentra en el documento “Nota Técnica para la medición de la pobreza con base en los resultados de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares”, SEDESOL, 2002.

imputación del ingreso no monetario, del valor de 24%, resultado de un promedio simple de la proporción del ingreso no monetario reportado por la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) de los años 1996 y 1998. La LP3 fue deflactada para el mes de octubre del año 1997, fecha del levantamiento de la ENADID, por medio del Índice Nacional de Precios al Consumidor (INPC). La LP3 por individuo a precios de 1997 quedó establecida en \$21.92 diarios para el área rural y \$31.66 para el área urbana¹⁰ diarios por individuo (el proceso para deflactar la LP3 se presenta en el Apéndice 1).

La ENADID-1997 es una encuesta de representación nacional que tiene una muestra de 325, 942 individuos, de los cuales 165, 431 son mujeres. Así como sería incorrecto utilizar en los cálculos estadísticos los casos muestrales sin darles la ponderación adecuada, también lo sería utilizar la muestra expandida. Por lo anterior, se recurrió a un procedimiento comúnmente utilizado de reescalar los datos muestrales utilizando una fracción de los ponderadores. La ENADID cuenta con un conjunto de datos como las características socioeconómicas y demográficas de los individuos y de los hogares. Se seleccionaron a las mujeres de 12 años y más ya que es la edad en la que se considera a la población económicamente activa. La muestra utilizada en este trabajo esta compuesta por 120, 794 mujeres en edad productiva.

Finalmente, estas mujeres en edad productiva fueron valuadas en base a su ingreso total del hogar (la suma del ingreso monetario¹¹ y el no monetario), en comparación con el valor de la LP3 para el año 1997, y se determinó si las mujeres vivían bajo condiciones de pobreza o no.

Mujeres según condición de pobreza

De acuerdo con la delimitación de pobreza hecha, para el año 1997 con base en la ENADID, 60.4% de las mujeres se encontraban en condición de pobreza (Cuadro 3). Es importante recalcar que al ser ésta una encuesta de representación nacional, puede ser comparada con otros resultados obtenidos por diversas investigaciones. Por ejemplo, Echarri (2002) mostró en base a

¹⁰ Mensualmente se necesitaría ingresos mínimos totales de \$ 949.91 a nivel urbano y \$ 657.54 a nivel rural, para no ser considerado como pobre.

¹¹ El ingreso monetario mensual con el que se ubica a cada mujer según niveles de pobreza es el resultado del cociente entre el ingreso total mensual del hogar entre el número de integrantes del hogar; este ingreso incluye ingreso por trabajo y otros ingresos tales como: remesas, programas sociales (PROGRESA) y ayudas económicas de familiares y no familiares.

esta misma encuesta que el porcentaje de pobres (estratos muy bajos y bajos) es del 57.9% de la población, mientras que el CTMP por su parte, mostró que entre 1996 y 1998 –con base en la ENIGH, el porcentaje de individuos pobres era de 69.6 y 63.9%, respectivamente (SEDESOL, 2002). Si bien, los porcentajes entre los tres valores mostrados no son iguales¹², muestran niveles y tendencias similares.

Cuadro 3
Mujeres mayores de 12 años según
condición de pobreza

	<i>Mujeres</i>	<i>Porcentaje</i>
Pobre	72,978	60.4
No pobre	47,816	39.6
Total	120,794	100.0

Fuente: Cálculos propios con datos de la ENADID-1997.

Lo primero que es importante señalar es que más de la mitad de las mujeres en edad productiva en México en 1997 vivían en condiciones de pobreza, es decir, son mujeres que carecen de los bienes necesarios para llevar una vida digna y potenciar sus capacidades. Sus ingresos monetarios y no monetarios no les alcanzan para satisfacer necesidades como la alimentación, salud, vivienda, vestido, calzado, educación básica, transporte y vivienda.

Por otra parte, como se apuntó anteriormente, en este trabajo se hará una diferenciación por parentesco de las mujeres entrevistadas, por lo que serán agrupadas en jefas de hogar, esposas, hijas y otro parentesco¹³. El motivo de esta agrupación es la consideración de que los factores asociados a la participación laboral extradoméstica varían según la etapa del ciclo familiar y la relación de parentesco que la mujer tiene con el jefe de hogar. A lo largo del ciclo de vida de la mujer, se encuentran presentes dos tipos de trabajo, el doméstico y el extradoméstico. Los estudios sobre participación femenina en la fuerza de trabajo han mostrado repetidas veces, en diversos contextos sociales, que la participación laboral femenina es diferencial de acuerdo al estado civil y al número y edad de los hijos, encontrando regularidades significativas con esas variables familiares. Estas regularidades responden por lo general a que la participación femenina en la fuerza de trabajo está subordinada a uno de los papeles principales de la mujer como el de ama de casa, a cargo de las tareas domésticas ligadas a la reproducción cotidiana y

¹² Las diferencias se deben a aspectos como los valores imputados del ingreso monetario, la corrección de ingresos y gastos por cuentas nacionales, la especificación del valor de la línea de pobreza, la integración de indicadores no monetarios como los servicios de la vivienda (agua, electricidad, tipo de piso, etc.).

¹³ La categoría otras incluye a las mujeres que son tías, primas, sobrinas y otros parentescos.

generacional de la fuerza de trabajo, donde generalmente son mujeres casadas. Por otro lado, la disponibilidad de otras personas en el hogar para realizar las tareas domésticas y del cuidado de los hijos (como las hijas, otras mujeres adultas o trabajadoras domésticas) influye en la inserción o no al trabajo extradoméstico de las esposas y de las jefas de hogar. Si las jefas de hogar son además jefas económicas, entonces estas serán las mujeres que seguramente laboraran en mayor proporción que las demás mujeres, independientemente de características como la edad, la presencia de hijos menores de 12 años, entre otras causas porque sus ingresos serán fundamentales para la manutención del hogar. Las esposas ante la presencia de hijos menores de 12 años y la necesidad de su cuidado, podrían ser renuentes a la inserción al mercado laboral; mientras que si el posición en la familia de la mujer es de hija, podría esperarse por un lado que ésta contribuya en el trabajo doméstico, o por otro lado, que sea la que se inserte al mercado laboral con mayor facilidad debido generalmente a su mejor nivel de educación y el estado civil de soltera. Cualquiera de estos papeles que desempeñe cada mujer junto con las condiciones socioeconómicas de cada familia influirán en la inserción al trabajo extradoméstico, es decir, la oferta de trabajo femenino estará también condicionada por las “necesidades” que dependen de los recursos monetarios y no monetarios de los que disponga una familia para enfrentar los requerimientos de bienes y servicios para la vida diaria. Las mujeres de este estudio mayoritariamente son esposas e hijas, representando casi el 80% del total. Las mujeres que son jefas de hogar¹⁴ relativamente son pocas (12.5% en total), lo que concuerda con la literatura acerca de la jefatura femenina, donde entre un 10 y 15% de las mujeres son quienes ocupan esta posición, aunque hay que aclarar que el censo del 2000 registró 21% de jefas de hogar en el país (INEGI, 2000).

Cuadro 4

Mujeres entrevistadas por condición de parentesco según condición de pobreza			
	<i>Pobres</i>	<i>No pobres</i>	<i>Total</i>
Jefa de Hogar	6.8	18.3	12.5
Esposa	48.4	38.7	43.5
Hija	33.3	32.4	32.8
Otro parentesco	11.5	10.6	11.2
<i>Total</i>	<u>100.0</u>	<u>100.0</u>	<u>100.0</u>
	(72,978)	(47,816)	(120,794)

Fuente: Cuadro de elaboración propia con datos de la ENADID, 1997.

¹⁴ La forma de asignación de la categoría jefa de hogar fue por declaración de algún miembro del hogar o de la propia mujer, lo que implica que no necesariamente son jefas económicas, aunque podrían estar insertas en el mercado laboral y aportar ingresos monetarios y no monetarios al hogar.

Al comparar mujeres pobres y no pobres (cuadro 4), entre las mujeres pobres la mayoría son esposas, junto con las hijas, mientras que las jefas de hogar están más presentes entre las mujeres no pobres. Es importante señalar que la proporción de jefas de hogar es de 2 a 1 entre las mujeres no pobres y pobres (18.3% y 6.8% respectivamente), lo que coincide con algunos datos como los de CONAPO (2004) “Las mujeres pobres tienen tasas de jefatura más bajas en todos los grupos de edad, respecto a los hogares no pobres”¹⁵.

Ahora es preciso realizar un análisis descriptivo de las características socioeconómicas y demográficas de éstas mujeres en edad productiva diferenciándolas según su condición de pobreza.

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LAS MUJERES SEGÚN CONDICIÓN DE POBREZA

La condición laboral de las mujeres entrevistadas

En hogares en condiciones de pobreza, por una parte, se esperaría que la participación laboral fuera mayor –debido a la necesidad de obtener mayores ingresos para la manutención del hogar-, pero por otro lado, es oportuno señalar que las restricciones impuestas por la propia estructura del mercado laboral, así como por la estructura sociodemográfica de cada familia pobre, limitarán la inserción al trabajo extradoméstico de las mujeres que viven en condición de pobreza. Visto desde la perspectiva del tipo de empleo que obtienen las mujeres de bajos recursos, ya sea que el empleo sea formal o informal, la mayor participación económica familiar, especialmente la femenina, ha llevado a modificar las condiciones de pobreza de los hogares, es decir, ha contribuido al mantenimiento o en el mejor de los casos al incremento de los ingresos familiares (García y Pacheco, 1997). En contextos de deterioro económico han sido las mujeres de mayor edad y las unidas conyugalmente las que más han incrementado su participación laboral y amortiguado la caída de los ingresos reales (Tuirán, 1993). Si las mujeres categorizadas

¹⁵ En la bibliografía sobre pobreza frecuentemente se argumenta que las jefas de hogar son principalmente mujeres pobres. Sin embargo, en el caso de México muchas veces ocurre lo contrario y esto ha llevado a algunos autores a pensar que la causalidad se presenta en sentido inverso al esperado, esto es, es más probable que sean las mujeres que tengan más medios económicos las que puedan vivir aparte y declararse como jefas (véase Gómez de León y Parker, 2000).

como pobres en este estudio, son mujeres que viven el deterioro económico diario ¿en qué medida participan las jefas de hogar, las esposas o las hijas en el mercado laboral?

La ENADID-97 muestra que las mujeres no pobres participan en el mercado laboral en mayor medida que las mujeres pobres (67 y 20%, respectivamente). Dichos porcentajes puede remitirnos a la pregunta de ¿por qué razones las mujeres pobres trabajan menos extradomésticamente?, es decir, ¿las limitaciones del mercado y las limitaciones de la estructura familiar serán tan fuertes que no permiten que las mujeres pobres se inserten en mayor medida al mercado laboral? o ¿será que ellas mismas no están interesadas –en algunos casos- en insertarse en dicho trabajo?

En este trabajo se tratará de responder a la primer pregunta, mientras que para la segunda, según los hallazgos de trabajos de tipo cualitativo acerca del significado que tiene el trabajo extradoméstico en los sectores pobres (García y Oliveira, 1992; Jelin y Feijoó, 1980), las mujeres pobres laboran principalmente por las siguientes razones: porque son las jefas económicas, es decir, las principales proveedoras de los ingresos familiares; porque la falta de alimento en el hogar y la angustia por obtenerlo obliga a las mujeres (especialmente esposas y jefas de hogar) a trabajar para conseguir dinero o alimentos; porque son hijas que viven en hogares pobres y al ser las mujeres más jóvenes y fuertes son las que se ven obligadas a participar en el mercado laboral; y finalmente, porque puede ser una decisión propia en donde el trabajo extradoméstico sea una labor por la cual se ha luchado por medio de una mayor preparación escolar y que además engrandece la condición de mujer.

Por el contrario, entre las principales razones por las cuales las mujeres pobres no laboran extradomésticamente se encuentran: las mujeres siguen considerando que el trabajo extradoméstico es un trabajo secundario, por lo que la inserción al mercado laboral debe hacerse cuando los ingresos del cónyuge no son suficientes para cubrir las necesidades del hogar, es decir, a pesar de las condiciones precarias de vida, la inserción laboral no es una actividad prioritaria ante el clásico rol femenino de ama de casa; el cuidado de los hijos menores de 12 años es más importante que la inserción al mercado laboral; existen otros miembros en el hogar que realizan trabajos extradomésticos y permiten así a la mujer estar en casa con los hijos pequeños o realizar las labores domésticas. Así podríamos aventurarnos a pensar que el trabajo extradoméstico en las mujeres pobres muchas veces todavía no es concebido como una necesidad personal, sino más bien es visto como una estrategia familiar de vida, ya que las mujeres no pobres en su mayoría

laboran extradomésticamente (67%), lo que implicaría una valoración personal del trabajo extradoméstico -serían mujeres, que en el caso del trabajo de García y Oliveira (1992) consideran que el trabajo es “útil y satisfactorio”-, además de una posible estrategia familiar de vida y de las ventajas que ofrecen mercados laborales más urbanizados.

Principales características sociodemográficas de las mujeres y el trabajo extradoméstico

Las variables individuales como la edad, la escolaridad y el estado civil han probado ser importantes para explicar la participación económica femenina. La relación entre la edad y el curso de vida de las mujeres es importante porque de ello depende su inserción al mercado laboral, por ejemplo si son mujeres en edades avanzadas (50 años y más) y viven en condiciones de pobreza sería probable que se encontraran laborando y que la edad no fuera una variable tan importante para dicha inserción; por otro lado sería más probable que si la edad de la mujer está entre los 12 y los 19 años, fueran mujeres que se encontraran estudiando, especialmente en los estratos no pobres.

La escolaridad tradicionalmente se ha considerado un requisito indispensable para participar en el mercado laboral, especialmente en el ámbito urbano, ya que tener un diploma de acreditación de cada nivel estudiado (credencialismo) es importante. Aunque no hay que olvidar que en la última década en México, se ha presentado el fenómeno de la inserción laboral sin credencialización, incrementándose los empleos informales, para los cuales el nivel de escolaridad acreditado no es un factor determinante. Finalmente, el estado civil es importante en la contextualización de las labores de la mujer, ya que en el caso de las mujeres casadas se ha notado un incremento en el trabajo extradoméstico en épocas de crisis y en contextos de bajos ingresos, según lo mostrado en diversas investigaciones.

En el cuadro 3 se presenta las distribuciones porcentuales de cada una de las variables seleccionadas como importantes en la mujer, para entender bajo que características las mujeres pobres y no pobres enfrentan el trabajo extradoméstico, así como las características de las mujeres que se encuentran en el mercado laboral.

a) Edad

La estructura por edad de las mujeres es uno de los principales indicadores y tradicional factor relacionado con el trabajo extradoméstico. La agrupación utilizada (12-19, 20-29, 30-39, 40-49, 50-59 y 60 y más) se justifica por el interés de conocer las etapas en el ciclo de vida en que la mujer se desarrolla, donde la edad productiva comienza a los 12 años y termina a edades avanzadas (60 años y más), especialmente entre los individuos que viven bajo condiciones de pobreza.

Las mujeres pobres se encuentran especialmente en el grupo de las adolescentes y jóvenes (12-19 y 20-29 años). En el caso de las mujeres no pobres, las mujeres se concentran especialmente en los grupos de edad 20-29 y 30-39 años.

Es importante recalcar que la proporción de mujeres que se encuentran en el grupo de 12-19 años de mujeres pobres es casi del doble de las no pobres. Entre los 20 y 59 años las mujeres son mayormente no pobres, especialmente en el grupo 30-39 años. Por lo que respecta al último grupo de edad (60 años y más), las mujeres pobres son ligeramente mayores en comparación con las mujeres no pobres.

Así, en general las mujeres pobres en edad productiva son mayormente mujeres muy jóvenes (12-29 años) mientras que las no pobres son mujeres de edad mediana (20-39 años). De acuerdo con lo que se sabe acerca de la edad de las mujeres que laboran extradomésticamente, donde por un lado, en épocas de crisis son las mujeres de mayor edad las que laboran (Tuirán, 1993), entonces serían las mujeres no pobres las que podrían estar insertas en el mercado laboral en mayor medida y solo en el último grupo de edad (60 y más años) las mujeres pobres; en el mismo sentido, según García y Oliveira (1998) las mujeres que más se han incorporado al trabajo extradoméstico son mujeres entre los 25 y 39 años, lo que seguiría señalando a las mujeres no pobres en comparación con las pobres con las mayores probabilidades de trabajar extradomésticamente.

Al considerar el comportamiento del trabajo extradoméstico según la edad tenemos lo siguiente: en el caso de las mujeres no pobres, la edad de las mujeres que laboran extradomésticamente coincide con los hallazgos encontrados en los diferentes estudios acerca del mercado laboral femenino, donde conforme avanza la edad la participación laboral aumenta, y cuando las mujeres tienen entre 40 y 50 años la probabilidad de que laboren extradomésticamente disminuye.

Cuadro 5

Características sociodemográficas de las mujeres de 12 años y más y porcentaje de mujeres trabajadoras según condición de pobreza

	Distribución de las mujeres encuestadas según sus características socioeconómicas (%)		Porcentaje de mujeres encuestadas que trabajan extradomésticamente	
	Pobres (72,978)	No pobres (47,816)	Pobres (14,617)	No pobres (31,943)
Condición laboral				
Si trabaja extradomésticamente	20.0	66.8	20.0	66.8
No trabaja extradomésticamente *	80.0	33.2		
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Condición de parentesco				
Jefa de Hogar	6.8	18.3	32.6	65.4
Esposa *	48.4	38.7	20.0	63.7
Hija	33.3	32.4	19.0	73.3
Otro parentesco	11.5	10.6	15.8	60.9
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Edad				
12-19 años	28.9	15.0	14.7	49.6
20-29 años *	22.9	28.9	21.1	78.1
30-39 años	16.9	22.4	24.9	81.1
40-49 años	11.8	15	25.1	74.5
50-59 años	8.4	8.9	23.3	55.5
60 y mas años	11.1	9.8	16.6	28.5
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Estado civil				
Soltera	35.1	35.8	19.1	72.4
Casada o unida *	56.2	46.9	19.5	63.8
Alguna vez unida	8.7	17.3	27.6	63.4
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Nivel de escolaridad				
Sin escolaridad o primaria incompleta *	40.1	22.4	21.1	55.5
Primaria completa	32.2	24.1	17.9	60.3
Secundaria completa	20.8	29.0	17.0	72.0
Preparatoria completa	6.3	19.8	15.0	75.2
Universidad o más	0.6	4.6	21.8	86.7
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Asistencia actual escuela de las mujeres de 12-19 años ^u				
Si asiste actualmente	35.3	37.3	9.4	37.9
No asiste actualmente	64.7	62.7	9.8	37.7
Total	100.0	100.0	9.6	37.8
Condición migratoria				
Si ha migrado	25.8	36.2	23.6	68.1
No ha migrado *	74.2	63.8	20.6	66.1
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Tipo de hogar				
Nuclear *	63.9	59.2	19.1	66.5
Ampliado	33.7	34.7	20.8	68.0
Otro tipo de hogar	2.4	6.2	33.0	62.8
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Número de residentes del hogar				
1 y 2 residentes *	6.8	12.9	26.7	58.7
3 y 4 residentes	29.7	36.3	18.6	65.6
5 y 6 residentes	33.9	31.2	18.3	67.2
7 y mas residentes	29.6	19.6	21.9	73.8
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Presencia de hijos menores de 12 años en el hogar				
No tiene *	60.1	62.6	19.1	62.2
1 o 2 hijos	27.2	31.0	20.3	75.1
3 o más	12.7	6.4	24.0	71.7
Total	100.0	100.0	20.0	66.8
Tamaño de localidad				
Rural	46.8	23.0	25.7	62.4
Urbano *	13.7	14.3	20.5	64.7
Metropolitano	39.5	62.6	13.1	68.9
Total	100.0	100.0	20.0	66.8

* Categoría de referencia en el modelo logístico.

^u Son 27,788 mujeres de 12-19 años, 20,677 pobres y 7,111 no pobres, de las que laboran extradomésticamente son 3,000 pobres y 3,518 no pobres.

Fuente: Cuadro de elaboración propia con datos de la ENADID, 1997.

Así, las mujeres no pobres que laboran son en su mayoría mujeres que se encuentran en el grupo de edad 30-39, y a partir de ese grupo de edad comienza a disminuir dicha participación; las mujeres que muestran menor participación laboran son las de los grupos extremos 12-19 y 60 y más años, donde éste último grupo son mujeres que trabajan en menor medida que las adolescentes, y además son las mujeres que menos trabajan en comparación con el resto de los grupos.

En el caso de las mujeres pobres, ocurre en general la misma tendencia que en las no pobres, aumenta la participación laboral extradoméstica conforme aumenta la edad, y comienza a disminuir después de los 50 años, un grupo de edad más que en el caso de las mujeres no pobres. El dato que más resalta entre las mujeres pobres es que en el caso de los grupos de edades extremos, 12-19 y 60 y más años, además de ser las edades en que participan menos las mujeres en el mercado laboral, son las mujeres de 60 y más años quienes trabajan más que el grupo de las adolescentes (16.6 y 14.7%, respectivamente).

En conclusión, el grupo de edad más importante de mujeres que trabaja es el de 30-39 y 40-49 años, no pobres y pobres respectivamente, característica que coincide con lo mencionado en un estudio de García y Pacheco (2000) donde a partir de los 30 años, cuando el cuidado de los hijos ya no es un factor inhibitorio importante, las mujeres incrementan su participación en el trabajo extradoméstico. La principal diferencia entre mujeres pobres y no pobres que están insertas en el mercado laboral es que en las primeras las mujeres de 60 y más años participan en mayor medida que las de 12-19 años, mientras que en el caso de las no pobres ocurre lo contrario, las adolescentes trabajan en mayor medida que las mujeres de edad más avanzada (49.6 y 28.5%, respectivamente). De hecho el trabajo de las adolescentes se diferencia de las mujeres de 50-59 años solo en 6 puntos porcentuales.

b) Estado civil

El estado civil ha sido categorizado en tres grupos: solteras, casadas o unidas y alguna vez unidas (divorciadas, viudas y separadas). Ha sido ampliamente documentado que las mujeres casadas o unidas son las que tienen mayores responsabilidades frente al trabajo doméstico y el cuidado de los hijos, lo cual tiende a alejarlas del mercado laboral, aunque en contraposición a esto hay otras

investigaciones que han mostrado que en los momentos de crisis económica familiar éstas mujeres tienden a incrementar su participación laboral. En general, las mujeres que tienen una mayor propensión a laborar extradomésticamente son las solteras y las alguna vez unidas, en el caso de las últimas, porque es común que no cuenten con un respaldo económico para su manutención y el trabajo extradoméstico resulta necesario.

Según las características de las mujeres entrevistadas, el estado civil que impera es el de casadas o unidas (56.2% pobres y 46.9% no pobres). Las mujeres pobres y no pobres cuentan con casi la misma proporción de mujeres solteras (35%). Lo que estos datos muestran es que el estado civil que preponderantemente caracteriza a las mujeres mexicanas mayores de 12 años es la unión matrimonial o consensual, independientemente de su condición de pobreza.

En el caso de la categoría alguna vez unida, entre las mujeres no pobres hay mayor presencia de dicho estado civil en comparación con las pobres (17.3 y 8.7%, respectivamente). Las mujeres divorciadas, viudas o separadas que viven en condiciones de pobreza podrían ser mujeres que viven solas y no cuentan con otros ingresos familiares, o que sus propios ingresos son muy bajos, o simplemente el ingreso familiar es muy bajo.

En conclusión, la relación pobreza y estado civil muestra, primero, que las mujeres pobres o no pobres son en su mayoría casadas, lo que concuerda con la idea de la universalidad del matrimonio entre las mujeres mexicanas (Quilodrán y Juárez, 1996); y segundo, que las mujeres pobres son aun en mayor proporción casadas o unidas que las no pobres, a lo que habría que añadir que uno de los principales indicadores de la pobreza es el alto número de hijos, lo que implicaría que si el hogar cuenta con pocos recursos para su manutención, estos tendrían que ser distribuidos entre un mayor número de miembros, y posiblemente se seguirá perpetuando las condiciones de pobreza.

García y Oliveira (1994 y 1994b) han anotado que son las mujeres solteras y las alguna vez unidas quienes tradicionalmente han laborado en mayor proporción que las esposas, debido a que éstas últimas se dedican en mayor medida al trabajo doméstico y al cuidado de los hijos, lo que llevaría a pensar que en este caso serían las mujeres no pobres las que tendrían mayor propensión a laborar porque reúnen un 53.1% de mujeres en esos dos estados civiles, a diferencia de las pobres (43.8%).

Al comparar a las mujeres pobres y no pobres que laboran extradomésticamente por estado civil, se encontró, en el caso de las mujeres no pobres, que son las mujeres solteras las que trabajan en

mayor medida que las casadas o unidas y las alguna vez unidas, es decir, esto coincide con diversos estudios donde se ha mostrado que debido a las características de las mujeres solteras – edad, estado civil, educación- son las que mayormente están insertas en el mercado laboral. En segundo lugar se encuentran las mujeres casadas o unidas y en tercer lugar las alguna vez unidas. Por su parte las mujeres pobres no siguen las tendencias generales esperadas, sino que por el contrario, en este caso son las mujeres alguna vez unidas las que mayor participación laboral presentan (27.6%), seguidas por las casadas o unidas y finalmente las solteras. Estas participaciones indican por un lado que las mujeres divorciadas, viudas y separadas requerirán en mayor medida de participar en el mercado laboral porque no cuentan con ingresos de otros miembros del hogar o porque necesitan complementar los ingresos totales del hogar, y por otro lado, que las mujeres solteras, generalmente las hijas, no laboran en tanta proporción como las alguna vez unidas porque son las que ayudan en el hogar con el trabajo doméstico, lo que coincide con los hallazgos de Jelin y Feijoó (1980). Un dato interesante es que las solteras y las casadas o unidas presentan casi la misma participación en el mercado laboral, 19.1 y 19.5% respectivamente, y donde la baja participación de las casadas o unidas podría deberse a la presencia de hijos menores de 12 años, lo que significa para las mujeres pobres dedicarse al cuidado de los hijos a pesar de la aparente necesidad económica.

La condición de parentesco y el estado civil podrían tener algún tipo de relación directa, por lo que en este escenario es preciso remitirnos a las mujeres que laboran extradomésticamente según su condición de parentesco. Lo que los datos muestran es que en el caso de las mujeres no pobres, son las hijas, que generalmente son solteras, las que se encuentran en mayor medida en el mercado laboral a diferencia de las jefas de hogar, esposas y otro parentesco. Y las jefas de hogar trabajan en mayor medida que las esposas y otro parentesco. Por lo que respecta a las no pobres, la tendencia se revierte, y son las jefas de hogar las que trabajan en mayor proporción que las esposas, hijas y otro parentesco. Las esposas son el grupo de mujeres que sigue a las jefas de hogar.

Con estos hallazgos se puede concluir que para el caso de la variable estado civil y condición de parentesco, en el caso de las no pobres, son las categorías de hijas y solteras, las que presentan más trabajo extradoméstico, mientras que en el caso de las pobres, son las mujeres jefas de hogar y alguna vez unidas quienes trabajan en mayor proporción al compararlas con las demás categorías.

Estos hallazgos son por un lado el reflejo de que las mujeres pobres hijas y esposas tienen una mayor propensión a las labores domésticas y al cuidado de los hijos, inclusive a pesar de la necesidad económica del hogar, mientras que las jefas de hogar o alguna vez unidas se ven mayormente obligadas a laborar extradomésticamente, porque pueden ser jefas económicas o porque a pesar de la presencia de hijos pequeños en el hogar la necesidad de la generación de ingresos es más apremiante. Este último hallazgo coincide con el tipo de mujer descrito en García y Oliveira (1992) en el que el trabajo es visto como una actividad indispensable para la supervivencia familiar, donde generalmente son jefas de hogar, que además son jefas económicas y que por lo tanto tienen la responsabilidad de la supervivencia del hogar.

c) Escolaridad

La educación es otro de los factores importantes asociados a la incorporación al mercado laboral. En este caso la escolaridad fue agrupada por nivel escolar terminado; en el caso de la categoría “sin escolaridad” incluye a las mujeres que nunca asistieron a la escuela y a las que no completaron la primaria. La razón principal de dicha agrupación es que se sabe que en el mercado de trabajo –especialmente el urbano- contar con credenciales escolares puede ser un factor fundamental para poder incorporarse a alguna actividad laboral. Aunque no hay que olvidar, que en condiciones de crisis económicas nacionales, familiares, o en condiciones de pobreza, la acreditación de los niveles de escolaridad podría no ser un factor tan importante al momento de la inserción al mercado laboral, donde una de las principales fuentes de empleo sería la economía informal.

Lo que las características de las mujeres de 12 años y más entrevistadas muestran es que en su mayoría las mujeres pobres no cuentan con escolaridad o apenas llegaron a completar la primaria (72.3%), porcentaje que para los mismos niveles de escolaridad en el caso de las mujeres no pobres es de 46.5% (cuadro 5). De tal forma que la principal diferencia entre mujeres pobres y no pobres radica en que las primeras un 40.1% son mujeres sin escolaridad, mientras que las segundas son solo el 22.4%; si el credencialismo es importante, se esperaría que las mujeres pobres estuvieran laborando en menor medida que las no pobres, debido a las exigencias del propio mercado laboral, lo que efectivamente ha sido mostrado con anterioridad.

Las mujeres no pobres muestran una clara mayor escolaridad a partir del nivel secundaria con respecto a las pobres, y se encuentran concentradas especialmente en el nivel secundaria. Si a mayor escolaridad mayor participación laboral extradoméstica (García y Oliveira, 1994b y ENE, 1995), se esperaría que fueran las mujeres no pobres las que mayormente laboren; pero si por el contrario, estuviera ocurriendo lo que caracterizó a los años noventa, donde la participación de las mujeres sin escolaridad se incrementó –debido a la necesidad de generación de mayores ingresos para el hogar-, se estaría hablando de que las mujeres pobres serían las que mayormente estarían insertas en el mercado laboral, ya que independientemente de su nivel escolar, la necesidad de incrementar los ingresos familiares obstruiría la influencia de esta variable para comportarse en sentido inverso a lo esperado.

Respecto a la relación entre nivel de escolaridad y trabajo extradoméstico se encontró lo siguiente: Las mujeres no pobres cuanto mayor es el nivel de escolaridad acreditado mayor es la participación laboral, que es la tendencia esperada en el mercado laboral. Mientras que en el caso de las mujeres pobres que se encuentran insertas en el mercado laboral son mayormente mujeres que no tienen escolaridad, es decir, que nunca asistieron a la escuela o que no terminaron la primaria. Lo interesante, es que después de la categoría “sin escolaridad”, a pesar del aumento de la educación la participación laboral no se incrementa, sino por el contrario, disminuye, y solo se incrementa nuevamente hasta obtener el nivel universidad y más. Esto implicaría, en todo caso, que a pesar de un incremento en la escolaridad, las mujeres pobres tienden a no insertarse en el mercado laboral.

d) Asistencia a la escuela (mujeres de 12 a 19 años)

La asistencia actual a la escuela es una variable tradicionalmente utilizada en la relación entre el trabajo doméstico y extradoméstico de las mujeres menores de edad. Una de las principales relaciones entre estos dos tipos de trabajo, en el caso de las hijas, es que a pesar de que estas mujeres están en edades donde se esperaría que se mantuvieran en el sistema educativo, las decisiones intrafamiliares acerca de las labores domésticas y no domésticas las obliga, especialmente en condiciones de pobreza, a participar activamente y de tiempo completo en las tareas domésticas (Jelin y Feijoó, 1980) o en el mercado laboral. Así cuando las condiciones de

pobreza imperan en el hogar, es posible que estas adolescentes se encuentren trabajando extradomésticamente –para ayudar a incrementar los ingresos del hogar-, se dediquen de tiempo completo al trabajo doméstico, o realicen ambas actividades.

El 35.3% de las mujeres de 12 a 19 años que viven en condiciones de pobreza asisten a la escuela a la fecha de la entrevista, y en contraparte el 37.3% de las mujeres no pobres lo hacen. Es decir, lo primero que se observa es que en general las adolescentes que no viven en condiciones de pobreza asisten en mayor proporción a la escuela que las mujeres pobres. Resulta interesante e importante resaltar que la diferencia entre estas mujeres es muy pequeña, lo que implicaría que cada vez más las adolescentes –pobres o no pobres- están asistiendo casi en la misma medida a la escuela. Es importante resaltar que según lo encontrado en diversos trabajos, las actividades de las hijas pueden estar repartidas en escolares y laborales o escolares y domésticas, por lo que el asistir a la escuela podría no ser una actividad exclusiva de estas mujeres, ya que podrían estarla combinando con algún trabajo extradoméstico o doméstico (véase Jelin y Feijoo, 1980, para el caso de Argentina y Giorguli, 2003, para el caso de México).

Finalmente, el 64.7% y el 62.7% de mujeres pobres y no pobres que no asisten a la escuela, se encuentran inmersas en el mercado laboral, lo que en todo caso coincidiría con los hallazgos de otros estudios en los que las mujeres jóvenes y solteras son uno de los principales tipos de mujer que laboran extradomésticamente.

Al analizar la relación entre asistencia a la escuela y trabajo extradoméstico se observa que hay una mayor proporción de mujeres no pobres que estudian y trabajan que mujeres pobres que realizan estas dos actividades. Esto implicaría como lo menciona Jelin y Feijoo (1980) que en el caso de las familias de bajos recursos, las hijas asisten a la escuela y además realizan algún trabajo extradoméstico para, al menos, satisfacer sus propias necesidades como el vestido y el calzado. Es importante también decir, que en algunos hogares pobres, las hijas de este grupo de edad, además de trabajar también realizan trabajo extradoméstico, y esto podría ser el 64.7% que presentan nuestros datos; es común en los hogares pobres que las hijas contribuyan en una gran parte al trabajo doméstico ya que en ellas recae dicho trabajo cuando las madres o las demás mujeres adultas trabajan fuera del hogar. Por otro lado, también se observa que tal vez la razón por la que las hijas no se encuentran en condición de pobreza es porque combinan estudio y trabajo simultáneamente, aunque esto no es una relación lineal.

e) Migración

La condición migratoria se considera una variable que permite contextualizar el ámbito en el que se ha desarrollado cada mujer y entender –de manera indirecta- la concepción y necesidades que han enfrentado respecto del trabajo extradoméstico. Se considera que una mujer que ha experimentado un evento migratorio, especialmente un rural-urbano, urbano-metropolitano, o nacional-internacional y que no es pobre, será una mujer que se enfrentará a un mercado laboral de mayores oportunidades y a una mayor socialización con mujeres que tienen un mayor compromiso con su propio plan de vida laboral, lo que pudiera provocar que dicha mujer sintiera una mayor atracción a tener ella misma un trabajo extradoméstico. Por otro lado, se esperaría que aún cuando migren para acompañar a la familia –especialmente al esposo-, las oportunidades propias de la región podrían propiciar la participación laboral de dichas mujeres. Las mujeres, al igual que los hombres, han migrado de forma interna por motivos laborales (Cornelius, 1990 y Delayney, 1995, mencionado en Szasz, 1999), mientras que la migración internacional tradicionalmente ha sido para acompañar al esposo. En la entrevista hecha por la ENADID-97 se les preguntó a las mujeres si habían residido en otro estado o en otro país, obteniendo así si una mujer había experimentado algún tipo de migración, haya sido interestatal o internacional. En este caso no importa el tipo de migración, sino el solo hecho de haber tenido un evento migratorio.

Los datos muestran que en su mayoría las mujeres entrevistadas no han experimentado algún fenómeno migratorio –74.2% de las mujeres pobres y 63.8% de las mujeres no pobres-, mientras que solo el 25.8% y el 36.2% (pobres y no pobres, respectivamente) sí lo han hecho. Esto indica que en su mayoría, el patrón de referencia territorial será la localidad en donde han residido a lo largo de su vida.

Un evento migratorio requiere de ingresos monetarios para el traslado del lugar de origen al de destino, lo que sería un factor determinante en el caso de las mujeres pobres. Así se justifica por un lado que las mujeres pobres han migrado en menor medida que las no pobres.

Por su parte, al analizar la relación entre trabajo y migración, es mayor la proporción de mujeres no pobres que ha presentado algún evento migratorio (23.6% pobres y 68.1% no pobres) y se encuentran insertas en el mercado laboral que las que se encuentran en la situación contraria (20.6 y 66.1%, pobres y no pobres respectivamente). Lo que de alguna forma muestra que la

migración pudiera ser un factor importante en la decisión de las mujeres, independientemente de su condición de pobreza, de insertarse al mercado laboral.

f) Tipo de hogar

El tipo de hogar donde viven las mujeres entrevistadas fue agrupado en hogares nucleares, ampliados y otro tipo (compuestos, no familiares unipersonales y no familiares coresidentes). Esta es una clasificación común en los estudios de hogares en México, los dos primeros tipos son los más frecuentes, mientras que los últimos son hogares con baja representación. Los hogares nucleares son comunes entre la población en general, y se ha encontrado que los hogares ampliados se encuentran con mayor frecuencia entre la población que vive en condiciones de pobreza, ya que se ha considerado como una estrategia familiar de vida en la que los ingresos y gastos se comparten (SEDESOL, 2002).

Los datos indican que el hogar nuclear sigue siendo el principal tipo de hogar en México (más del 59% en ambas condiciones de pobreza), mientras que el ampliado representa menos de la mitad del nuclear. Entre las mujeres no pobres el tipo de hogar ampliado es un poco más alto que entre las mujeres pobres, lo que por un lado puede ser para las mujeres categorizadas como no pobres una estrategia familiar del hogar en la que funcionan las economías de escala y por lo tanto no se ha caído dentro de la condición de pobreza por ingresos.

La relación entre tipo de hogar y participación laboral extradoméstica femenina no se puede siempre deducir directamente, porque por ejemplo, en hogares ampliados podría esperarse que las mujeres que viven ahí sean más propensas a trabajar porque hay más miembros en el hogar, pero pueden haber miembros varones o mujeres jóvenes o adultas que trabajen en lugar de ella, o puede ocurrir que las mujeres sean jefas de hogar y sean a la vez jefas económicas y por lo tanto sean las que mantengan económicamente al hogar. Así es necesario realizar un modelo estadístico en el que controlando la influencia de todas las demás variables, el tipo de hogar muestre su propia influencia sobre la probabilidad de que una mujer que viva en uno u otro tipo de hogar se inserte en el trabajo extradoméstico.

Al interior de cada uno de los grupos por condición de pobreza de las mujeres que se encuentran insertas en el mercado laboral, se observa que las mujeres no pobres que viven en hogares

ampliados son las que mayormente participan en el mercado laboral y en segunda instancia se encuentran las mujeres que viven en hogares nucleares. En el caso de las mujeres pobres, la tendencia es distinta, ya que son las mujeres que viven en otro tipo de hogar -hogares familiares compuestos, no familiares unipersonales y coresidentes- las que presentan la mayor participación laboral.

Es útil recordar que los hogares compuestos son aquellos hogares formados por un hogar nuclear o extenso y otras personas no emparentadas con el jefe del hogar, o por dos o más núcleos familiares no emparentados entre sí. Esta sería tal vez la principal razón por la cual este tipo de hogar es el que presenta la mayor participación laboral femenina entre las pobres, ya que son hogares en los que se requiere una mayor generación de recursos para la subsistencia diaria. Por otro lado, los hogares no familiares unipersonales y coresidentes, es donde la probabilidad de las mujeres de ser jefas de hogar es más alta. En segundo lugar éstas mujeres trabajadoras viven en hogares ampliados y finalmente en hogares nucleares. Los hogares extensos y compuestos son formas de organización familiar que responden a estrategias de apoyo socioeconómico para familiares, cumpliendo en mayor o menor medida con la idea base de la ampliación de la fuerza de trabajo.

g) Residentes en el hogar

La medida en la cual la variable número de residentes en el hogar contribuye a la explicación de la probabilidad de que una mujer se inserte en el mercado laboral no es directa, porque puede ocurrir por una parte que a mayor número de residentes en el hogar, la mujer tenderá a incrementar su participación laboral extradoméstica porque el hogar requerirá de mayores ingresos, especialmente en el caso de las mujeres que viven en condiciones de pobreza; pero por otro lado, si se sabe que los hogares pobres tienen una tendencia a altas tasas de fecundidad, se esperaría que a pesar de un alto número de residentes en el hogar, éstos sean de edades menores a 12 años en lo que requieren del cuidado de la madre, por lo que entonces un mayor número de residentes en el hogar sería un inhibidor, debido a la mayor carga de trabajo doméstico.

Los datos muestran que las mujeres entrevistadas viven en su mayoría en hogares cuyo número de residentes es de 3 a 4 y de 5 a 6. La presencia de un mayor número de miembros en los

hogares pobres ha sido una de las características principales de éste tipo de hogares, debido básicamente a la alta fecundidad o a que son hogares de tipo ampliado (SEDESOL, 2002).

Las principales diferencias entre las mujeres pobres y no pobres se presentan en los hogares con 1 y 2 y 7 y más residentes. Las mujeres pobres que viven en hogares de 7 y más residentes respecto a la proporción de las mujeres no pobres es más alta (29.6% pobres y 19.6% no pobres). Por el contrario, la proporción de mujeres no pobres que viven en hogares con 1 y 2 residentes es mayor que las pobres.

Respecto a las mujeres que se encuentran trabajando extradomésticamente, se observa que el patrón de número de residentes por hogar y condición de pobreza, en el caso de las no pobres sigue una de las tendencias esperadas, a mayor número de miembros en el hogar, mayor participación laboral. Mientras que en el caso de las mujeres pobres, en los grupos de residentes 1-2 y 7 y más, son los grupos en los que las mujeres tienen una mayor participación, mientras que en los grupos medios 3-4 y 5-6 miembros, la participación laboral se ve disminuida, una posible razón sería que son hogares en donde se encuentran la mamá, el papá y existen hijos menores a 12 años que requieren de los cuidados de la madre y por ello el trabajo extradoméstico se ve disminuido.

Lo interesante de este factor asociado al trabajo extradoméstico femenino, es que por una parte, en el caso de las mujeres no pobres, se podría confirmar de alguna manera la idea de que el trabajo es útil y satisfactorio y que es necesario para el bienestar y la educación de los hijos (según palabras de García y Oliveira, 1992), ya que el incremento del número de miembros en el hogar implica un aumento en la participación laboral, pero habría que analizar dicha variable controlando las demás variables –análisis multivariado- para ver su peso real.

h) Presencia de niños menores de 12 años en el hogar

El número de hijos de menor edad es una variable cuyo efecto sobre el trabajo extradoméstico femenino es bien conocido. Generalmente, un número elevado de hijos menores de edad (12 años en este caso) restringe la incorporación de las mujeres en el mercado laboral, aunque esta restricción puede ser menos severa en condiciones de adversidad económica (García y Oliveira, 1994b; Knaul y Parker, 1997). En el caso de este estudio, se decidió elegir a los hijos menores de 12 años porque son hijos que todavía requieren de cuidados maternos y además todavía no es

población económicamente activa. La relación entre número de hijos pequeños y trabajo en condiciones de pobreza no es fácil de determinar porque no es una relación directa, ya que podría esperarse que a mayor presencia de hijos menores de 12 años en el hogar las mujeres trabajaran en menor medida porque los hijos requieren de cuidados, pero por otro lado, cuando existe inestabilidad económica y condiciones de pobreza, la presencia de hijos pequeños podría no ser un elemento inhibitor del trabajo extradoméstico.

Esta variable se considera de gran importancia porque al unirla con el estado civil o el parentesco respecto al jefe del hogar, se considera que la presencia de los hijos inhibirá en mayor medida la inserción al mercado laboral de las mujeres casadas que no son jefas de hogar.

Los datos muestran que en ambas condiciones de pobreza, el 60.1 y el 62.1% de mujeres pobres y no pobres no tienen hijos menores de 12 años viviendo con ellas. En el caso de las mujeres pobres, el 27.2% tiene 1 ó 2 hijos pequeños viviendo con ella, mientras que el resto (12.7%) tiene 3 o más hijos pequeños. La primer diferencia que resalta es que en el caso de las no pobres, la proporción de mujeres que tienen 3 o más hijos con ella, es de la mitad con respecto a las pobres (6.4%), lo que se explica en gran medida lo sabido acerca de la alta fecundidad de las mujeres pobres, quienes pueden tener 4 ó 5 hijos pequeños de edades continuas. La presencia de un mayor número de hijos en el caso de las mujeres no pobres podría no ser un inhibitor para que éstas se inserten al mercado laboral, ya que por su condición de no pobreza podrían tener la opción de enviarlos a guarderías o de pagar a una persona ajena al hogar para que se encargue del cuidado de los hijos.

Al analizar la relación entre presencia de hijos y participación laboral, se observa que en el caso de las no pobres, las mujeres que tienen 1 ó 2 hijos son las que laboran en mayor medida que las que no tienen hijos y que las que tienen 3 ó más hijos en el hogar. De modo que a pesar de la presencia de hijos menores en el hogar, las mujeres están laborando extradomésticamente. Mientras que en el caso de las mujeres pobres, se observa una tendencia clara de las mujeres que laboran según el número de hijos menores de 12 años que viven con ella en el hogar, a mayor número de hijos, mayor participación laboral. Es decir, se comenzaría a apoyar la tesis acerca de que el mayor número de menores en el hogar podría ser un factor positivo para que las mujeres pobres se inserten en el mercado laboral, a pesar de la edad o el número de hijos pequeños en el hogar. Sin embargo, es preciso analizar esta variable en un contexto multivariado.

i) Tamaño de localidad

Las localidades donde viven las mujeres entrevistadas fueron agrupadas en rural, urbano y metropolitano¹⁶. Las mujeres no pobres viven mayormente en localidades metropolitanas (62.6%), con una menor proporción en localidades rurales (23%); mientras que las mujeres pobres se encuentran distribuidas, casi equitativamente, entre localidades rurales y metropolitanas (46.8% y 39.5%, respectivamente) (cuadro 5). Esto último representa una clara polarización de las mujeres que viven en condiciones de pobreza, señalando por una parte que la pobreza es más frecuente en zonas rurales, lo que concuerda con los diversos estudios acerca de la intensidad de la pobreza según tipo de localidad, y por otra parte, muestra la existencia de una urbanización de la pobreza, donde las localidades metropolitanas (mayores de 100,000 habitantes) presentan cinturones de miseria que se ubican especialmente en los alrededores de dichas ciudades. Esta urbanización se ha perpetuado debido a diversas causas: 1) a la migración rural-urbana, que traslada la pobreza de manera espacial, 2) a las precarias condiciones de vida que se siguen manteniendo al migrar de un lugar a otro, y 3) las pocas oportunidades que tienen los pobres en las ciudades metropolitanas (Hernández, 2003).

Al analizar la relación entre trabajo extradoméstico y tamaño de localidad cuando se observa que las mujeres pobres que trabajan a nivel rural son una mayor proporción que las que trabajan a nivel urbano o metropolitano. Mientras que por el contrario, las mujeres no pobres tienden a trabajar mayormente a nivel metropolitano, y en segundo y tercer lugar se encuentran el urbano y el rural respectivamente.

Esto es un principal indicador de que las mujeres que viven en condiciones de pobreza, y que se ha mostrado que viven mayormente en lugares rurales, donde la pobreza ha sido tradicionalmente más aguda (SEDESOL, 2002; Hernández, 2003), son las que trabajan en mayor medida en comparación con las que trabajan en áreas urbanas y metropolitanas, ya que las exigencias de los mercados laborales urbanizados –mayor escolaridad, mayor tiempo dedicado al trabajo- no son características que las mujeres pobres pueden ofrecer en la mayoría de los casos. Por otro lado, es importante señalar también que en localidades rurales el autoconsumo es una actividad laborar reconocida pero generalmente no contabilizada como trabajo extradoméstico,

¹⁶ Una localidad rural es aquella que tiene menos de 14,999 habitantes, una urbana es la que tiene entre 15,000 y 99,999 habitantes y finalmente, una localidad metropolitana es la que tiene más de 100,000 habitantes.

así que sea en las áreas rurales donde mayor participación laboral tienen las mujeres pobres significa también que son mujeres que se están empleando en actividades tradicionalmente clasificadas como del sector informal, como lo es la participación en pequeños negocios –no más de 5 empleados- donde las exigencias laborales no son fuertes y tiene ventajas como los horarios flexibles.

FACTORES ASOCIADOS A LA INSERCIÓN EN EL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO FEMENINO SEGÚN CONDICIÓN DE POBREZA

Después de haber considerado las características socioeconómicas y demográficas de las mujeres pobres y no pobres referidas exclusivamente al efecto que ejercen cada una de ellas sobre el trabajo extradoméstico, y confirmar algunas de las observaciones encontradas en estudios anteriores, ahora es preciso plantearse la necesidad de conocer la relevancia estadística que adquiere cada una de esas variables al tomar en cuenta el efecto del conjunto de las variables analizadas.

Así el objetivo que se persigue en este capítulo es aplicar modelos de regresión logística para conocer en qué medida las variables previamente analizadas, y en particular la condición de pobreza, inciden sobre la probabilidad de que las mujeres de 12 años y más se inserten en el mercado laboral. Los modelos logísticos¹⁷ son una herramienta ampliamente utilizada para especificar los factores asociados a la participación laboral, ya que la regresión logística es un método estadístico de estimación que maximiza la probabilidad de obtener una respuesta en función de un conjunto dado de variables. La estimación se logra a través de una función de verosimilitud que trata de encontrar el valor que maximice la probabilidad de las observaciones que fueron generadas por el modelo (Cortés y Rubalcava, 1993, en Ariza, 2000).

Por medio de los modelos logísticos, la probabilidad de que una mujer se inserte en un trabajo extradoméstico puede ser estimada para las diferentes modalidades de cada variable independiente categórica o no, controlando el efecto de las demás variables. Para una variable dependiente dicotómica dada, los momios se definen como la relación entre las probabilidades de éxito (positivas) respecto de las probabilidades de fracaso (negativas). Generalmente, los momios se expresan como razones, $p/(1-p)$, y los valores de parámetros son calculados utilizando el método de máxima verosimilitud. Si se quiere estimar la existencia de la inserción en el trabajo extradoméstico de una mujer en función de n variables independientes x_1, \dots, x_n , la propensión de que una mujer se inserte al mercado laboral podría ser expresada como:

$$\frac{P}{1 - P} = \frac{e^{\beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_n X_n}}{1 + e^{\beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_n X_n}}$$

¹⁷ Las características estadísticas de los modelos de regresión logística se pueden encontrar en Hosmer y Lemeshow, 1989 y Greene, 1997.

El modelo logístico es formulado como:

$$\text{Log} \frac{P}{1 - P} = \beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_k X_k$$

Donde: β_1 representa el efecto de la primera variable independiente, sobre el logito de la inserción laboral extradoméstica, controlando los efectos de las variables 2 a n_k y así respectivamente.

El modelo de regresión logística ofrece el indicador de verosimilitud (L^2) que puede ser utilizado para comparar los modelos de regresión logística -en este caso se utilizará para ir comprobando la mejora estadística del modelo base al ir incluyendo a las variables individuales, las familiares y contextuales. Dicho indicador está dado por:

$$L^2 = -2\log L,$$

Donde: L es el valor de la función de verosimilitud dado un conjunto estimado de parámetros.

Mientras que L^2 no se distribuye como una ji-cuadrada, las diferencias entre dos modelos entrelazados sí siguen una distribución de ji-cuadrada en muestras grandes, como es en este caso. La bondad de un modelo con respecto a otro se evalúa mediante la referencia del cambio que se observa en los Log Likelihood (L^2 , ji cuadradas de máxima verosimilitud), al disminuir el valor de L^2 , el ajuste de un modelo mejora estadísticamente respecto de otro¹⁸.

Se utilizó el paquete SPSS para ajustar los modelos logísticos a los datos de la ENADID-97. Los múltiples condicionantes del trabajo extradoméstico femenino pueden agruparse en factores individuales, familiares y contextuales. Para establecer el modelo de factores asociados se considero a las ocho variables independientes anteriormente estudiadas. Para este análisis las variables individuales son edad, nivel de escolaridad, estado civil, parentesco con el jefe de hogar y condición migratoria; las familiares, número de hijos menores de 12 años presentes en el hogar, condición de pobreza, tipo de hogar, número de residentes en el hogar; y la variable contextual es el tamaño de la localidad.

La estrategia de análisis elegida fue elaborar inicialmente un modelo logístico base en el que se probara que los tres grupos de variables (individuales, familiares y contextuales) eran importantes en la explicación de la inserción en el mercado laboral de las mujeres y donde la

¹⁸ El estadístico $-2\log\text{likelihood}$ es una función ji cuadrada que toma valores pequeños cuando las probabilidades estimadas por el modelo tienden a coincidir con las observadas. El estadístico ji cuadrado residual sirve para someter a prueba la hipótesis de que todas las variables excluidas tienen un coeficiente de regresión igual a cero.

condición de pobreza fuera un factor diferencial entre ellas. El procedimiento fue el siguiente: se definió un modelo base inicial para todas las mujeres de 12 años y más encuestadas en la ENADID-97, integrando primero las variables individuales, posteriormente las familiares y finalmente las contextuales, con la finalidad de comprobar que al agregar más variables el modelo mejoraba la capacidad explicativa de la inserción en el mercado laboral; se identificó y se sostuvo a las variables que satisficieran el criterio de permanencia en el modelo base en función de la mejoría de la bondad de ajuste estimada por la significancia estadística del logaritmo de verosimilitud (-2 Log Likelihood); y finalmente, se construyó un modelo logístico que explicara la diferencia estructural entre las mujeres pobres y no pobres por medio de la técnica de la variable dicotómica, para mostrar el peso de cada factor asociado al trabajo extradoméstico tanto para las mujeres pobres como para las no pobres, señalando además si dichos factores eran diferentes estadísticamente entre ambos grupos de mujeres, que es lo importante en esta investigación, ver que las diferencias entre pobres y no pobres son estadísticamente significativas.

La presentación de los resultados del modelo se apoya en el conocimiento previo de diversos estudios acerca del trabajo extradoméstico femenino y sus factores asociados, sean cualitativos o cuantitativos.

MODELO BASE: LA PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO DE LAS MUJERES MAYORES DE 12 AÑOS

El modelo base quedó compuesto de la siguiente forma: la variable dependiente es una variable dicotómica donde 0 = no trabaja y 1 = si trabaja; las variables independientes fueron condición de pobreza (0 = pobre y 1 = no pobre), edad (12-19, 20-29, 30-39, 40-49, 50-59 y 60 y más años), parentesco-estado civil¹⁹ (jefa de hogar casada, jefa de hogar no casada, no jefa casada y no jefa no casada), nivel de escolaridad (sin escolaridad o primaria incompleta, primaria, secundaria, preparatoria y universidad completa), tipo de hogar (nuclear, ampliado u otro), número de hijos menores de 12 años en el hogar (sin hijos, 1 ó 2 y 3 ó más hijos), número de residentes en el

¹⁹ En primera instancia se contemplaba utilizar las variables estado civil y condición de parentesco por separado, pero se probó la presencia de colinealidad entre dichas variables, así que se decidió que la condición de parentesco era una prioridad en este trabajo y se optó por crear una variable que englobara a ambas variables. Para la categorización de la variable parentesco-estado civil se tomó como referencia a Ariza (2000). La clasificación quedó de la siguiente manera: jefa de hogar casada, jefa de hogar no casada, no jefa de hogar casada y no jefa de hogar no casada.

hogar (1-2, 3-4, 5-6 y 7 y más), condición de migración (ha o no ha migrado alguna vez) y tamaño de localidad (rural, urbano y metropolitano). Las categorías de referencia son: pobre, 20-29 años, no jefas casadas, sin escolaridad, no hay hijos menores de 12 años en el hogar, hogar nuclear, 1 y 2 residentes en el hogar, no ha migrado y localidad urbana.

El conjunto de modelos ajustados muestra una distinta capacidad explicativa según se van incorporando las variables individuales, familiares y contextuales en cada uno de ellos, de tal manera que la capacidad explicativa del modelo va mejorando conforme se anexan cada uno de los grupos de variables. El grado de ajuste del modelo base se encuentra en el cuadro 6.

Cuadro 6

Grado de ajuste del modelo base según su capacidad para predecir la inserción en el trabajo extradoméstico, femenino según condición de pobreza

Casos observados	Casos Predichos		Porcentaje correcto
	<i>Inactivas</i>	<i>Activas</i>	
Inactivas	62699	11537	84.46%
Activas	16414	30146	64.75%
<i>Total</i>			76.86%

El cruce de las predicciones del modelo con los valores efectivamente observados da una idea de la calidad de las predicciones derivadas de la ecuación ajustada. En la diagonal principal se despliegan las observaciones correctamente predichas y en la secundaria, los errores. A partir de la ecuación ajustada que incorpora la totalidad de las variables explicativas se clasifican correctamente 62,699 mujeres como “no laboran” y 11,537 “si laboran”. Considerando que en total la muestra tiene 119,372 mujeres que “no laboran”, el porcentaje de aciertos es de 84.46%. Las 11,222 mujeres “no laboran” clasificadas erróneamente como “si laboran” representan el 16.54%. El modelo base predice correctamente la condición laboral en el 76.86% de las mujeres. Por su parte, las cuatro últimas líneas del cuadro 7 muestran los resultados del ajuste de los modelos con lo cual se puede fundamentar la selección del modelo base. El estadístico $-2 \log$ likelihood es una función ji-cuadrada que toma valores pequeños cuando las probabilidades estimadas por el modelo tienden a coincidir con las observadas. Así dicho estadístico baja de 126,214 a 125,379 entre el modelo I y III. La ji-cuadrada en un modelo logístico muestra cuál es la ganancia por el simple hecho de incorporar variables explicativas adicionales; para el modelo III la ganancia estadística es mayor respecto al modelo I (35,680 > 34,845). El renglón “mejora” muestra la ganancia marginal que se logra en la reducción del coeficiente $-2 \log$ likelihood al

incluir cada grupo de variables, mostrando la reducción en la distancia entre las probabilidades observadas y estimadas debida a la inclusión de un grupo de variables más. Del modelo I al III se tuvo una mejoría en $-2 \log \text{likelihood}$ de 621.681 con 45 grados de libertad. Todos los resultados estadísticos apuntan a que el modelo III sería el de mejor ajuste.

En el cuadro 7, además de los resultados de los estadísticos, se muestran las razones de momios de inserción en el trabajo extradoméstico femenino de las mujeres mexicanas en el año 1997. El primer resultado que es importante resaltar es que una mujer que no es pobre tiene una propensión a laborar extradomésticamente de 7.73 veces más que una mujer pobre, es decir, controlando todas las demás variables explicativas la sola condición de pobreza provoca que una mujer tenga una mucho menor propensión a insertarse al mercado laboral.

Lo que los datos muestran es que siguen siendo las mujeres jefas de hogar solteras y alguna vez unidas –no casadas, las hijas y otro parentesco que son solteras y alguna vez unidas, del grupo de edad 30-39 y 40-49, las de mayor educación (universidad o más), las que viven en otro tipo de hogar (compuesto, unipersonal), que viven en hogares de 7 residentes o más, y que viven en localidades rurales, las que tienen la mayor propensión de insertarse en el mercado laboral. En general dichas características coinciden con estudios previos de factores asociados al trabajo extradoméstico femenino, tanto cuantitativos como cualitativos. La variable que muestra un valor no esperado tradicionalmente es el incremento de la propensión a laborar en las localidades rurales, debido a que en general se espera una mayor propensión en las localidades urbanas y metropolitanas; este valor significa que en las localidades rurales las actividades agropecuarias están incrementando la participación femenina, lo que implica por un lado un deterioro de la economía campesina y por otro una mayor integración de las mujeres en los micronegocios.

En el capítulo anterior en base a la relación de variables se mostró que entre mujeres pobres y no pobres las características socioeconómicas y demográficas eran distintas. Ahora bien, uno de los primeros cuestionamientos fue la factibilidad de realizar dos modelos por separado, uno para mujeres pobres y otro para no pobres, debido que lo que nos interesa es ver las diferencias entre dichos grupos y sus factores asociados al trabajo extradoméstico. Así la primera tarea fue mostrar sobre el modelo base, que las dos subpoblaciones eran estructuralmente distintas, para hacer justificable la realización de modelos diferenciados (pobres y no pobres). Por otro lado, era importante realizar un modelo estadístico que mostrara que las diferencias de los factores

Cuadro 7
**Coefficientes de regresión logística de la inserción en el trabajo extradoméstico
femenino, México, 1997**

<i>Variables</i>	Modelo I		Modelo II		Modelo III	
	<i>Exp (B)</i>	<i>Sig</i>	<i>Exp (B)</i>	<i>Sig</i>	<i>Exp (B)</i>	<i>Sig</i>
Condición de pobreza						
<i>Pobre</i>	1.0000		1.0000		1.0000	
No pobre	7.2191	***	7.2329	***	7.7349	***
Edad						
12-19 años	0.3541	***	0.3431	***	0.3389	***
20-29 años	1.0000		1.0000		1.0000	
30-39 años	1.4496	***	1.4916	***	1.5285	***
40-49 años	1.2247	***	1.2240	***	1.2724	***
50-59 años	0.6924	***	0.6691	***	0.6941	***
60 y más	0.2203	***	0.2105	***	0.2198	***
Parentesco-estado civil						
Jefa de hogar casada	1.1299	***	1.1154	***	1.1107	*
Jefa de hogar no casada	3.6735	***	3.3517	***	3.3665	***
No jefa de hogar casada	1.0000		1.0000		1.0000	
No jefa de hogar no casada	1.9557	***	1.8510	***	1.8418	***
Nivel de escolaridad						
Sin escolaridad	1.0000		1.0000		1.0000	
Primaria	0.7342	***	0.7378	***	0.8036	***
Secundaria	0.8431	***	0.8534	***	0.9828	n.s.
Preparatoria	0.8462	***	0.8511	***	1.0056	n.s.
Universidad	1.6206	***	1.6213	***	1.9386	***
Tipo de hogar						
<i>Nuclear</i>			1.0000		1.0000	
Ampliado			0.9938	n.s.	0.9987	n.s.
Otro hogar			1.2214	***	1.2458	***
Número de hijos menores de 12 años en el hogar						
<i>No tiene hijos</i>			1.0000		1.0000	
1 o 2 hijos			0.9297	***	0.9199	***
3 o más hijos			0.9000	***	0.8513	***
Número de residentes en el hogar						
<i>1-2 residentes</i>			1.0000		1.0000	
3 y 4 residentes			0.9807	n.s.	0.9849	n.s.
5 y 6 residentes			0.9059	***	0.9143	***
7 y más residentes			1.1900	***	1.1461	***
Migración (intranacional o internacional)						
<i>No ha migrado</i>					1.0000	
Si ha migrado					1.0246	n.s.
Tamaño de localidad						
<i>Urbano</i>					1.0000	
Rural					1.3045	***
Metropolitano					0.8528	***
Constante	-1.2691	***	-1.2136	***	-1.3582	***
-2 Log Verosimilitud	126 214.828	***	126 001.127	***	125 379.446	***
X ² del modelo	34 845.149	***	35 058.850	***	35 680.532	***
Bondad de ajuste	125 820.809		125 633.561		124 420.569	
Mejora			213.701		621.681	
Número de casos	119 372		119 372		119 372	

La categoría de referencia se indica con cursivas.

Nivel de significación: * p< 0.05; ** p< 0.01; *** p< 0.001 y n.s. cuando la variable no es significativa.

Fuente: Cálculos propios con la ENADID-1997.

asociados a la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres sobre las no pobres eran estadísticamente significativas. Así, se optó por aplicar una técnica estadística que comprueba por un lado la diferencia de estructuras entre dos grupos y por otro, que los factores asociados son estadísticamente significativos, y con ello poder cubrir los objetivos deseados por las ventajas que ofrece.

Técnica de la variable dicotómica

Para verificar si entre los dos subgrupos de la población, pobre y no pobre, se tiene estructuras diferentes ante la probabilidad de incorporarse en el mercado laboral, se pueden utilizar varias técnicas. Una de las técnicas estadísticas es la prueba de Chow, cuyo resultado muestra si los parámetros de una función entre los subgrupos cambian o no, pero no puede obtenerse cuál es la influencia de cada α o β de cada variable. Como alternativa a dicha prueba se encuentra la técnica de la variable dicotómica. Este método tiene algunas ventajas, que explicaremos más adelante, respecto a la prueba de Chow por lo que se considera una mejor aproximación a los resultados. Veamos el razonamiento estadístico.

Realizar una prueba de estabilidad estructural es necesaria para mostrar que dos grupos de una población total tienen estructuras diferentes, es decir, que no partirán desde el mismo punto referencial (intercepto) para explicar la variación de los coeficientes de sus variables independientes (pendientes). Una de las preguntas básicas es ¿cómo saber si en una regresión, cambia sólo el intercepto, o la pendiente de la o las variables independientes, o ambos estadísticos?

En este trabajo los subgrupos son, las mujeres pobres y las no pobres:

$$\text{Mujeres pobres: } Y_i = \lambda_1 + \lambda_2 X_i + \dots + u_{1i} \quad (1)$$

$$i = 1, 2, \dots, n_1$$

$$\text{Mujeres no pobres: } Y_i = \gamma_1 + \gamma_2 X_i + \dots + u_{2i} \quad (2)$$

$$i = 1, 2, \dots, n_2$$

Lo primero que es importante señalar es que el número de observaciones n_1 y n_2 de los dos subgrupos no necesitan ser el mismo. Así las regresiones (1) y (2) pueden presentar las siguientes cuatro posibilidades (Gujarati, 2001):

1. $\lambda_1 = \gamma_1$ y $\lambda_2 = \gamma_2$, es decir, las dos regresiones son idénticas (Regresiones coincidentes).
2. $\lambda_1 \neq \gamma_1$ pero $\lambda_2 = \gamma_2$, es decir, las dos regresiones difieren solamente en sus interceptos (Regresiones paralelas).
3. $\lambda_1 = \gamma_1$ pero $\lambda_2 \neq \gamma_2$, es decir, las dos regresiones tienen los mismos interceptos pero pendientes diferentes (Regresiones concurrentes).
4. $\lambda_1 \neq \gamma_1$ y $\lambda_2 \neq \gamma_2$, es decir, las dos regresiones son completamente diferentes (Regresiones no similares).

La prueba de la variable dicotómica permite probar todas las posibles combinaciones entre las β 's y las α 's. Dicha prueba señala que debe hacerse una regresión general donde se incluya a toda la población, sin dividir en subgrupos, de la siguiente forma:

$$\text{Log} \frac{P}{1-P} = \alpha_1 + \alpha_2 D_i + \beta_1 X_{1i} + \beta_2 (D_i X_{1i}) + \beta_3 X_{2i} + \beta_4 (D_i X_{2i}) + \dots + v_i \quad (3)$$

Donde:

$P / 1-P$ = Condición laboral, trabaja o no trabaja extradomésticamente.

D_i = Variable diferencial entre los grupos, en este caso, la condición de pobreza, donde $D = 1$ es una mujer no pobre y $D = 0$ es una mujer pobre.

X_i = Cada una de las variables independientes (edad, parentesco-estado civil, nivel de escolaridad, presencia de hijos menores de 12 años en el hogar, etc).

De dicha fórmula se obtiene que:

$$E (P/1-P | D_i = 0, X_i) = \alpha_1 + \beta_1 X_i \quad (4)$$

$$E (P/1-P | D_i = 1, X_i) = (\alpha_1 + \alpha_2) + (\beta_1 + \beta_2) X_{1i} + (\beta_3 + \beta_4) X_{2i} + \dots + (\beta_n + \beta_n) X_{ni} \quad (5)$$

La ecuación 4 y 5 se refieren a las funciones de participación laboral para las mujeres pobres y no pobres; donde α_1 y α_2 son interceptos diferenciales entre ambos grupos y β_n son los coeficientes diferenciales de las pendientes $-\beta_1$, por ejemplo, sería el coeficiente de la razón de

momios de una mujer pobre de la variable x_1 sobre la participación laboral y β_2 es el coeficiente de la diferencia de la razón de momios de la variable x_1 de una mujer no pobre respecto a una pobre-. Así las β_n indican en cuánto difiere el coeficiente de pendiente de la razón de momios de la participación en el trabajo extradoméstico de las mujeres no pobres respecto del coeficiente de pendiente de la función de las mujeres pobres.

Así con el modelo base (modelo III) se realizó la regresión logística basada en la ecuación (3) y se obtuvo lo siguiente: se puso a prueba la estabilidad estructural entre las mujeres pobres y las no pobres (resultados en el Apéndice 2), concluyendo que se comprobó que el grupo de mujeres pobres y no pobres tenían estructuras diferentes, ya que α_1 y α_2 , es decir, los interceptos diferenciales, eran distintos para ambos casos, y que los coeficientes de las pendientes β 's ($\exp(\beta)$) también presentaban coeficientes diferenciales entre las dos condiciones de pobreza. Tanto las α 's como la mayoría de las $\exp(\beta)$'s resultaron ser estadísticamente significativas. Una vez comprobado que el grupo de las mujeres pobres es estructuralmente diferente de los no pobres, pasemos al análisis de los coeficientes de la razón de momios.

INTERPRETACIÓN DEL MODELO LOGÍSTICO ACERCA DE LOS FACTORES ASOCIADOS A LA PARTICIPACIÓN EN EL TRABAJO EXTRADOMÉSTICO DE LAS MUJERES POBRES Y NO POBRES

Al buscar precisar la influencia de distintas variables sobre la participación laboral de las mujeres pobres y no pobres, partimos de la idea de qué tanto los atributos individuales, como los factores sociodemográficos del contexto familiar pueden estar favoreciendo o restringiendo la actividad económica extradoméstica de las mujeres. Este esquema analítico refleja el interés por profundizar en los condicionantes de la participación laboral entre distintas condiciones de pobreza, tratando así de enriquecer el conocimiento existente sobre la organización para la manutención cotidiana de los hogares en contextos de pobreza y no pobreza, donde una de las estrategias familiares de vida como el trabajo extradoméstico quedan supeditadas a las propias características que envuelven a cada mujer.

Conforme a los resultados del modelo ajustado, tenemos ahora tanto los factores asociados con la inserción laboral de las mujeres pobres, como de las no pobres, y además si las diferencias que se presentan entre ambos grupos son estadísticamente significativos. Se analiza en primer lugar los

resultados referentes a las mujeres no pobres dado el conocimiento acumulado sobre los factores asociados a la participación económica femenina en general. En segundo lugar, se hizo el análisis de las mujeres pobres, una población menos conocida pero de gran interés en esta investigación, y finalmente se presenta si al haber diferencias entre la razón de momios de estos dos grupos sociales, la diferencias son estadísticamente significativas.

Lo que primero que hay que decir es que el modelo logístico aplicado (ecuación 3) presenta un muy buen ajuste (77.26%) para los datos de la ENADID-97, de acuerdo con los estadísticos presentados en el cuadro 8. En cuadro 9 y gráfica 2 se presentan los resultados de los factores asociados a la inserción laboral de las mujeres pobres y no pobres y si la comparación de propensiones entre ellas es estadísticamente significativa.

Cuadro 8

Grado de ajuste del modelo según su capacidad para predecir la inserción en el trabajo extradoméstico femenino según condición de pobreza			
Casos observados	Casos Predichos		Porcentaje correcto
	<i>Inactivas</i>	<i>Activas</i>	
Inactivas	64 487	9 748	86.87%
Activas	17 722	28 838	61.94%
<i>Total</i>			77.26%

El resultado del ajuste de la ecuación de regresión logística muestra que casi todas las variables incluidas tienen efectos significativos sobre el logit del trabajo extradoméstico. Es importante señalar que se fue muy estricto en el nivel de significancia (0.001), debido a que la población estudiada es muy grande. El modelo estadístico (cuadro 9) permite profundizar en varios aspectos de la inserción en el mercado laboral de las mujeres: los coeficientes de propensión a insertarse en el mercado laboral muestran que tanto en el caso de las mujeres pobres como en el de no pobres, las variables edad y parentesco-estado civil resultaron ser factores asociados muy importantes a la inserción al trabajo extradoméstico y además el efecto es inducir la participación laboral. Los factores que resultaron diferenciales entre ambas condiciones de pobreza, y que además resultaron con un peso importante dentro de cada subgrupo son, en el caso de las mujeres no pobres, la escolaridad y el número de residentes en el hogar, y en el caso de las pobres, el tipo de hogar y el tamaño de la localidad.

Cuadro 9

Coeficientes de regresión logística sobre los determinantes de la participación laboral extradoméstica de las mujeres, según condición de pobreza

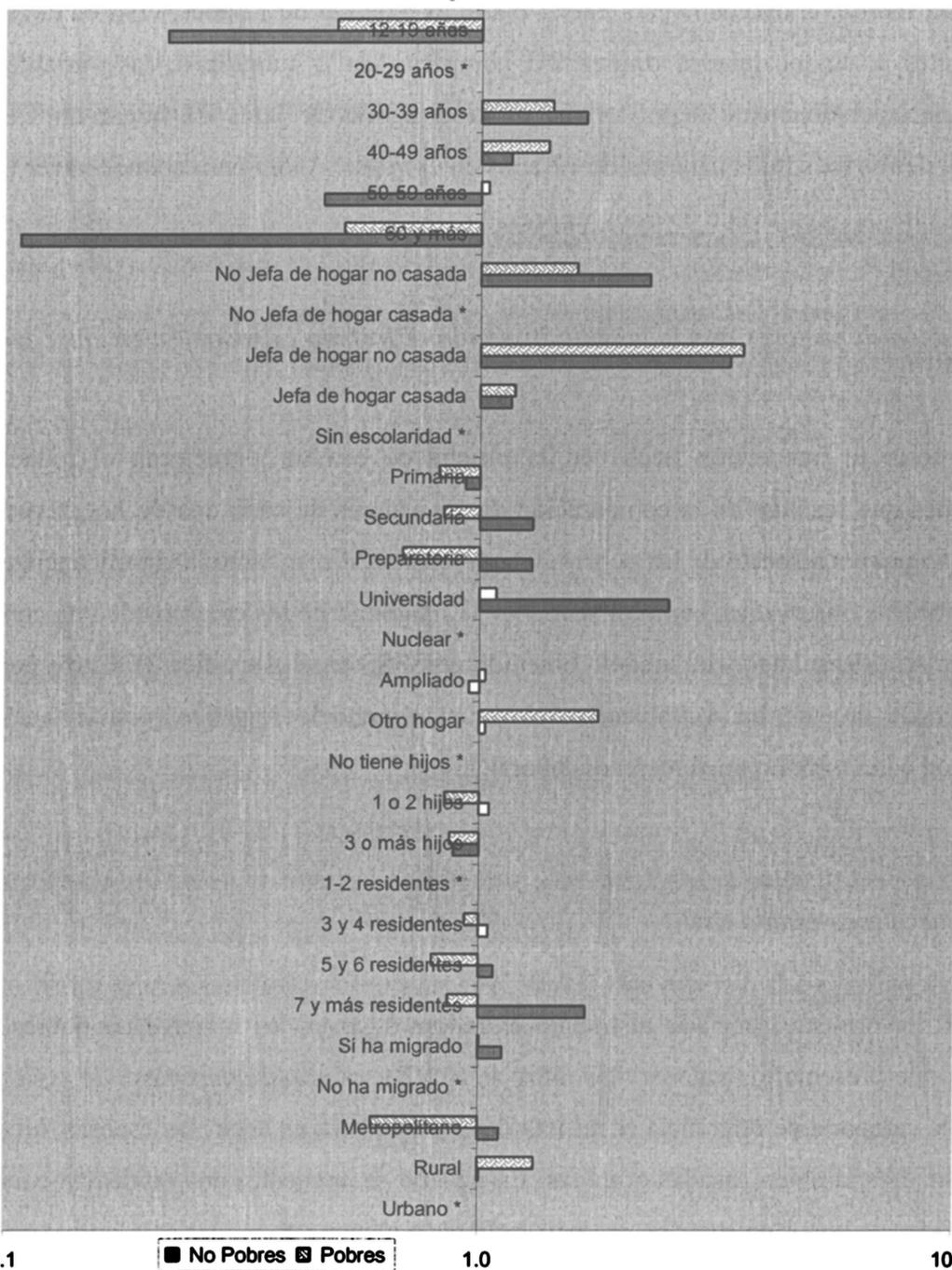
	No pobres		Pobres		Diferencias entre grupos
	Exp (B)	Sig	Exp (B)	Sig	Sig
<i>Mujeres de 12 años y más</i>					
Edad					
12-19 años	0.2178	***	0.4974	***	***
20-29 años	1.0000		1.0000		
30-39 años	1.6676	***	1.4145	***	***
40-49 años	1.1576	***	1.3856	***	***
50-59 años	0.4667	***	1.0375	n.s.	***
60 y más	0.1072	***	0.5166	***	***
Parentesco-estado civil					
Jefa de hogar casada	1.1606	**	1.1829	*	*
Jefa de hogar no casada	3.3696	***	3.5808	***	n.s.
No Jefa de hogar casada	1.0000		1.0000		
No Jefa de hogar no casada	2.2771	***	1.5975	***	***
Nivel de escolaridad					
Sin escolaridad	1.0000		1.0000		
Primaria	0.9341	*	0.8213	***	***
Secundaria	1.2932	***	0.8409	***	***
Preparatoria	1.2881	***	0.6898	***	***
Universidad	2.5094	***	1.0831	n.s.	***
Tipo de hogar					
Nuclear	1.0000		1.0000		
Ampliado	0.9514	n.s.	1.0298	n.s.	*
Otro hogar	1.0294	n.s.	1.7828	***	***
Número de hijos menores de 12 años en el hogar					
No tiene hijos	1.0000		1.0000		
1 o 2 hijos	1.0499	n.s.	0.8472	***	***
3 o más hijos	0.8848	**	0.8685	***	n.s.
Número de residentes en el hogar					
1-2 residentes	1.0000		1.0000		
3 y 4 residentes	1.0468	n.s.	0.9348	*	***
5 y 6 residentes	1.0739	*	0.7976	***	***
7 y más residentes	1.6808	***	0.8623	***	***
Migración (intranacional o internacional)					
No ha migrado	1.0000		1.0000		
Si ha migrado	1.1238	***	1.0042	n.s.	***
Tamaño de localidad					
Urbano	1.0000		1.0000		
Rural	1.0067	n.s.	1.3129	***	***
Metropolitano	1.1078	***	0.5967	***	***
Constante			-1.1931	***	
-2 Log Verosimilitud			122 001.557	***	
X2 del modelo			39 058.420	***	
Bondad de ajuste			120 224.594		
Número de casos			119 372		

La categoría de referencia se indica con cursivas.

Nivel de significación: * p < 0.05; ** p < 0.01; *** p < 0.001 y n.s. son categorías no significativas.

Fuente: Cálculos propios con la ENADID-1997.

Gráfica 2
Razón de momios de la inserción en el trabajo
extradoméstico de las mujeres, según condición de
pobreza



* Categoría de referencia. Nivel de significación: $p < 0.001$.

Variables no significativas

Las variables que no resultaron significativas como factores asociados al trabajo extradoméstico femenino, en condición de pobreza fueron: la edad de 50-59 años, haber estudiado la universidad, vivir en hogares ampliados y la migración; en el caso de las mujeres que no viven en condición de pobreza fueron: el tipo de hogar, tener 1 o 2 hijos menores de 12 años, vivir en hogares de 3 a 4 residentes y en localidades rurales. Al comparar los 2 subgrupos, las variables que no resultaron estadísticamente significativas es la categoría de jefas de hogar no casada y la presencia de 3 o más hijos menores de 12 años en el hogar. Ahora corresponde hacer un análisis más detallado del significado de estos valores.

Comparación de factores asociados a la inserción al trabajo extradoméstico entre pobres y no pobres

Al incorporar la interacción hecha en la prueba de cambio estructural, el modelo genera coeficientes que resultan de la comparación de los valores de cada una de la categorías de las mujeres no pobres respecto de las pobres, y por lo tanto estiman tanto la significancia estadística de las variables observadas, como el sentido y la magnitud de los cambios de una condición de pobreza a otra (Resultados del modelo obtenido en SPSS en el Apéndice 3). Corresponde ahora analizar cada una de las variables incluidas en el modelo logístico y su relación con la propensión a la inserción en el mercado laboral.

a) Parentesco-estado civil

El factor mayormente asociado al trabajo extradoméstico en las mujeres no pobres y pobres debido a que presenta los valores más altos de $\exp(B)$, es el *parentesco-estado civil*. En dicha variable la categoría de referencia es no jefa de hogar casada, es decir, las esposas, hijas casadas y otras mujeres también casadas o unidas. En general se encuentra una tendencia conocida, las mujeres jefas de hogar no casadas, es decir, solteras o alguna vez unidas son las que presentan el mayor peso de la propensión a insertarse en el mercado laboral; junto a éstas mujeres las no jefas de hogar no casadas son las que también presentan la mayor propensión, mujeres hijas u otras que son solteras o alguna vez unidas. En el caso de las mujeres pobres por cada 100 mujeres

pobres no jefas de hogar casadas que laboran, hay 358 mujeres jefas de hogar no casadas que trabajan extradomésticamente y 159 mujeres no jefas de hogar no casadas que lo hacen (cuadro 9). Es decir, se sigue comprobando que el estado civil de soltera y alguna vez unida y el parentesco de jefas de hogar, en las mujeres pobres y no pobres siguen siendo los principales factores asociados a la inserción en el mercado de trabajo (gráfica 2).

Al comparar a las mujeres no pobres con las pobres acerca de la variable parentesco-estado civil, las diferencias son estadísticamente significativas, excepto para el caso de la categoría jefa de hogar no casada. Una mujer no jefa de hogar no casada (hijas u otras mujeres solteras, alguna vez unidas) pobres tienen una menor propensión a laborar al compararlas con las no pobres, quienes tienen una mayor propensión a laborar. Y cuando se trata de la categoría jefa de hogar casada se observa que una mujer pobre tiene una mayor propensión a laborar que una no pobre.

b) La edad de las mujeres

A partir de la información del cuadro 9 se observa que la *edad* es otro de los factores asociados de más peso ante la participación laboral, ya que refleja un fuerte impacto sobre las propensiones de que una mujer se inserte al trabajo extradoméstico. Para ambas condiciones de pobreza, es en los grupos extremos –12-19 y 50 y más años- donde se presenta una mayor propensión a no trabajar. Pero contrariamente a dicha propensión, los grupos de edad 30-39 y 40-49 años, en relación con la categoría 20-29 años, son los grupos que presentan la mayor propensión a laborar extradomésticamente. Lo cierto es que a medida que avanza la edad, a partir de los 30-39 años, la propensión de inserción en el mercado laboral disminuye.

En el caso de los grupos de edad extremos, la probabilidad de que una mujer no pobre, de edad 12-19 trabaje es mayor que en el grupo de edad 60 y más años, y en el caso de las pobres, las propensiones son iguales para ambos grupos de edad.

Al comparar propensiones entre mujeres pobres y no pobres, se encuentra que las mujeres de 30-39 años pobres tienen una menor propensión a laborar que las no pobres, y dicho comportamiento se invierte para el siguiente grupo de edad (40-49). Estas modificaciones en las propensiones entre pobres y no pobres se pueden observar en la gráfica 2, presentando una tendencia hacia una prevalencia más tardía en el mercado laboral de las mujeres pobres en comparación con las no pobres. En el primer grupo de edad (12-19 años), las mujeres no pobres

tienen una mayor propensión a no laborar que las mujeres pobres. Lo que estos datos muestran es que las mujeres pobres comienzan a laborar a más temprana edad y además siguen laborando en mayor medida en las edades avanzadas (50 y más años).

c) Nivel de escolaridad

El nivel de instrucción escolar terminado es otro factor muy relevante, resultando ser estadísticamente significativo para ambos grupos de mujeres, pero con diferente dirección, para las mujeres no pobres es un alentador del trabajo extradoméstico, y para las pobres es un inhibidor. Así uno de los hallazgos más interesantes es que el nivel de educación entre las mujeres pobres, a pesar de ser significativo, no presenta una relación tan importante como lo fue entre las mujeres no pobres, ya que por cada 100 mujeres pobres que no tienen educación o no terminaron la primaria y se encuentran en el mercado laboral, hay 82 que tienen primaria completa, 84 con secundaria y 68 con preparatoria que trabajan extradomésticamente, es decir, el incremento en el nivel educativo no es un factor que favorece la inserción al mercado laboral para las mujeres pobres. Las mujeres que no tienen escolaridad o que tienen primaria incompleta son las que tienen la mayor propensión de insertarse en el mercado laboral. Se concluye que la relación trabajo-nivel de escolaridad a pesar de resultar significativa, no propiciaba la incorporación de éstas mujeres al trabajo extradoméstico, y son las mujeres de “sin escolaridad”, es decir, aquellas que no tienen estudios o que no terminaron la primaria, las que tienen la mayor propensión a estar en el mercado laboral (cuadro 9), lo que puede entenderse como una estrategia familiar de vida para la supervivencia diaria en la que hay que generar recursos para los gastos del hogar.

Lo que este hallazgo implica es que a pesar de que los mercados laborales requieren personal preparado y con credencialización, las mujeres pobres laboran sin este credencialismo requerido, por lo que se estaría hablando de que las mujeres pobres laboran a pesar de esta deficiencia; trabajos que realizan probablemente en los sectores informales, más deprimidos de la economía. En el caso de las mujeres no pobres, se observa en el cuadro 9, la tendencia es la esperada, a mayor educación mayor propensión a laborar extradomésticamente, y es por lo tanto las mujeres no pobres que tienen nivel universitario o más las que muestran la mayor propensión a insertarse

al mercado laboral, es decir, la educación entre las no pobres presenta una progresión lineal de menores a mayores propensiones de que una mujer este ocupada conforme se incrementan sus niveles de instrucción formal completa. Así por ejemplo, quienes no contaban con escolaridad o sólo con primaria incompleta presentaron menores propensiones de estar ocupadas que quienes contaban con primaria completa (gráfica 2), y las mujeres no pobres respecto a las pobres que tenían educación superior incrementaron significativamente su propensión a estar ocupadas (2.5094).

Al comparar las propensiones de las mujeres pobres respecto a las no pobres simplemente se muestra que dichas diferencias son estadísticamente significativas, cuando para unas la educación es un inhibidor del trabajo extradoméstico para otras es un motivador.

d) Migración

La condición de migración en las mujeres pobres mostró no ser estadísticamente significativa como un factor determinante de la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres. Pero en el caso de las mujeres no pobres, dicho factor sí fue significativo, donde por cada 100 mujeres no pobres que no han migrado y se encuentran laborando, hay 112 que sí han migrado y también se encuentran en el mercado laboral (gráfica 2). Es decir, la migración está actuando como un motivador del trabajo extradoméstico entre las mujeres no pobres (cuadro 9). Por el contrario al compararse las mujeres pobres con las no pobres, se observa que dicha diferencia no resultó estadísticamente significativa.

e) Tipo de hogar

El tipo de hogar es la primer variable familiar estudiada, mostró que por cada 100 mujeres pobres que viven hogares nucleares y que laboran extradomésticamente, hay 178 mujeres pobres que viven en otro tipo de hogares (compuestos, unitarios, etc.) que laboran; la categoría hogar ampliado no resultó estadísticamente significativa (gráfica 2). En el caso de las mujeres no pobres, la variable tipo de hogar, al igual que sólo la categoría de hogar ampliado en el caso de las mujeres pobres, no resultó estadísticamente significativa.

Al comparar las propensiones a laborar de las mujeres no pobres y pobres, se observa que las pobres que viven en otro tipo de hogares tienen una mucho más alta propensión a laborar que las no pobres que viven en el mismo tipo de hogar.

f) Presencia de hijos menores de 12 años en el hogar

Otro de los hallazgos interesantes es que la variable número de hijos menores de 12 años en el hogar fue estadísticamente significativa en ambas categorías (1 ó 2 hijos, 3 ó más) para las mujeres pobres, mientras que para las no pobres solo la categoría 3 hijos ó más resultó estadísticamente significativa. En el caso de las mujeres pobres, la presencia de hijos menores de 12 años a pesar de ser significativa, la dirección de dicho peso es hacia inhibir el trabajo extradoméstico, ya que por cada 100 mujeres pobres que no tienen hijos menores en el hogar y que trabajan, hay 79 que tienen 1 ó 2 hijos menores y laboran y 86 que tienen 3 ó más y también se encuentran insertas en el mercado laboral. Estos datos implicarían que a pesar de que esta variable inhibe el trabajo extradoméstico, al haber mayor número de hijos pequeños la propensión a laborar de una mujer pobre es mayor, lo que se podría comparar con los resultados de estudios cualitativos en donde las mujeres pobres al ver la falta de alimento en el hogar tienden a insertarse en el mercado laboral (Jelin, 1980 y García y Oliveira, 1992), y si la presión es mayor cuando hay un mayor número de hijos menores de 12 años, la propensión a laborar es mayor.

En el caso de las mujeres no pobres, el tener en el hogar 1 ó 2 hijos menores de edad no resultó estadísticamente significativo, pero el tener 3 o más hijos sí. Por cada 100 mujeres no pobres que no tienen hijos pequeños en el hogar y laboran, hay 88 que tienen 3 ó más hijos y se encuentran en el mercado laboral. Este comportamiento es similar al de las mujeres pobres (cuadro 9). Que el tener 1 ó 2 hijos no haya resultado estadísticamente significativo refleja que no hay diferencias en la propensión a trabajar extradomésticamente entre las mujeres no pobres sin hijos y las que tienen 1 ó 2 hijos, es decir, la presencia de 1 ó 2 hijos menores no inhibirá la inserción la mercado laboral. Esto podría ser un reflejo de que las mujeres no renuncian a laborar a pesar de tener 1 ó 2 hijos pequeños en el hogar, donde el cuidado de los hijos puede ser una actividad realizada ya sea por instituciones (guarderías estatales o particulares) o por otras personas ajenas al hogar.

Al comparar las mujeres pobres respecto a las no pobres, se observa que las diferencias según el número de hijos menores de 12 años en el hogar es estadísticamente significativa o no. La diferencia en la presencia de 1 ó 2 hijos si es significativa mientras que la de 3 ó más no lo es. Por lo que se concluye que cuando la responsabilidad del cuidado de los hijos es mayor debido a un mayor número de hijos en el hogar, la idea de insertarse en el mercado laboral se ve contraída (gráfica 2), respecto a las mujeres que no tienen hijos menores y esto sucede tanto para las pobres como para las no pobres.

g) Número de residentes en el hogar

Esta última variable familiar, *número de residentes en el hogar*, es un factor que puede actuar tanto como un inhibidor como un motivador del trabajo extradoméstico femenino. Para las mujeres pobres esta variable a pesar de ser estadísticamente significativa, su acción es como un inhibidor, ya que de cada 100 mujeres que viven en hogares de 1-2 residentes y laboran, hay 93 mujeres que viven en hogares de 3-4 residentes, 79 en hogares de 5-6 residentes y 86 en hogares de 7 o más residentes, que laboran extradomésticamente. Esto implica que a pesar del mayor número de personas en los hogares de las mujeres pobres la propensión a laborar no es mayor que la propensión de una mujer pobres que vive en un hogar de 1-2 residentes. Dicho resultado puede ser un reflejo de la carga de trabajo doméstico al que se enfrentan dichas mujeres, en las que son ellas las que se encargan de la reproducción de la fuerza de trabajo, como lo han señalado diversos estudios (como García, Blanco y Pacheco, 1999) o a otros preceptores de ingreso alternativos. Donde se afirma que son las mujeres las que mayoritariamente realizan el trabajo doméstico, y que además cumplen con jornadas más largas de trabajo que las que rigen en el mercado laboral. Estudios cualitativos (Jelin, 1980 y García y Oliveira, 1992) han señalado que las mujeres se consideran a sí mismas socialmente responsables de la realización o supervisión del trabajo extradoméstico.

Lo contrario sucede en el caso de las mujeres no pobres, éstas presentan un patrón que se esperaba para el caso de las pobres, ya que entre mayor es el número de residentes en el hogar mayor es la propensión a laborar extradomésticamente. Por cada 100 mujeres que viven en hogares de 1-2 residentes y laboran, hay 107 que viven en hogares de 5-6 residentes y 168 que viven en hogares de 7 o más residentes y se encuentran en el mercado laboral.

Así, lo que el cuadro 9 muestra es que las mujeres pobres que viven en hogares donde residen 1-2 miembros son las que tienen la mayor propensión de insertarse al mercado laboral, mientras que en el caso de las no pobres, la propensión es mayor cuando la mujer vive en un hogar de 7 o más residentes. Lo que estos datos muestran es que no se presenta entre las mujeres pobres el patrón que se esperaba, a mayor número de miembros en el hogar, mayor propensión de insertarse al mercado laboral (gráfica 2). Dichas diferencias entre los grupos son estadísticamente significativas (cuadro 9).

h) Tamaño de localidad

Vivir en una localidad rural, para una mujer pobre, implica tener una mayor propensión de trabajar extradomésticamente. Esto concuerda con que en áreas rurales debido a la intensidad de la pobreza, a las tareas del campo, pero ahora especialmente a las actividades no agrícolas, es decir, a las relacionadas con el sector informal –porque son los tipos de trabajos que registran las encuestas- son las que provocan este incremento en la propensión a laborar en zonas rurales. Es importante decir que este resultado no había sido encontrado en otras investigaciones, y lo que refleja es que la carencia de recursos en los hogares pobres, aunado a la caída de los mercados agrícolas, ha provocado que la participación de las mujeres en el mercado laboral rural se vea inducida en las actividades informales, como lo es emplearse en micronegocios, con los beneficios que esto trae como la flexibilidad en el horario de trabajo. Por cada 100 mujeres pobres que viven en localidades urbanas y laboran, hay 131 mujeres pobres que viven en localidades rurales y trabajan, y al mismo tiempo hay 59 mujeres pobres que viven en localidades metropolitanas y trabajan. Este segundo hallazgo implica que entre más urbanizada es la zona donde vive una mujer pobre, menor es la propensión a insertarse en el mercado laboral, resultado posiblemente de los propios requerimientos de los mercados de trabajo más urbanizados –como el credencialismo y la preparación (cuadro 9).

Mientras que en el caso de las mujeres no pobres, la localidad rural no resultó estadísticamente significativa, pero la localidad metropolitana sí. Donde por cada 100 mujeres no pobres que viven en localidades urbanas y trabajan, hay 110 mujeres no pobres que viven en localidades metropolitanas y laboran extradomésticamente. El efecto es en sentido opuesto al observado entre las mujeres pobres.

Al momento de comparar dichos grupos se observa según el cuadro 9 que, dichas diferencias en las propensiones de insertarse en el mercado laboral, son significativas. Las mujeres no pobres incrementan su participación laboral en localidades metropolitanas, mientras que las mujeres pobres en localidades rurales (gráfica 9).

DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES

La historia económica y laboral de México ha presentado vaivenes importantes que han influido en la situación económica de las familias mexicanas, especialmente en las últimas décadas. México ha presenciado diversas crisis económicas (1982-1986, 1994-1995) caracterizadas por un crecimiento negativo del PIB y una alta inflación, postergando así las posibilidades de crecimiento económico sostenido. A pesar de que el año 1997, año de estudio en esta investigación, se puede considerar como un año de aparente recuperación económica, lo cierto es que las crisis económicas siguieron trastocando los espacios de la vida cotidiana de los hogares, donde las unidades domésticas han tenido que ajustar sus estrategias familiares de vida para hacer frente a fenómenos tales como el desempleo, la caída de los salarios y del ingreso familiar. Aunado a esto, los niveles de pobreza en el país han seguido incrementándose, siendo en general más del 50% de la población la que vive en condición de pobreza, durante la segunda mitad de la década de los 90. Si la mayor parte del ingreso monetario de los hogares pobres (el 70%) se origina en el mercado de trabajo, resulta importante estudiar la interacción entre pobreza y mercado de trabajo, relación que puede ser visualizada en factores tales como el tamaño de la familia, la edad de los integrantes, su situación laboral, el nivel de escolaridad, entre otros aspectos. Entre los miembros de los hogares, han sido las mujeres las que en las últimas décadas han incrementado de manera notoria su presencia en el mercado laboral (31.5, 34.5 y 36.5%, 1991, 1995 y 1997 respectivamente, INEGI, 2001), reacción debida tanto a una estrategia familiar de vida (generación de ingresos extras o principales para el hogar), como a una respuesta a proyectos de vida personal y laboral más sólidos. Así el trabajo extradoméstico femenino cada vez se ha hecho más importante.

Algunas consideraciones llevaron en un inicio a pensar en la posible endogeneidad –o relación circular- entre estos dos temas, pobreza y mercado laboral, así que nos dimos a la tarea de presentar argumentos y resultados de investigación para descartar esta posibilidad. En un trabajo de Tuirán (1993) se señalaba que en épocas de crisis, las unidades domésticas de más bajos ingresos aumentaban de manera tangible el número de perceptores de ingresos por hogar, debido básicamente a la incorporación de mujeres adultas al mercado de trabajo, pero además mostraba que los hogares no pobres ya contaban con un número de perceptores elevado desde el inicio del período estudiado. Aunado a esto se constató que el tipo de ocupaciones que más aumento es la

ocupación “no fija”, es decir, empleos con ingresos y condiciones de trabajo inestables. Si los pobres incrementan su participación laboral cuando la época de crisis es más acentuada, sería de esperarse que la propia condición de pobreza fuera un detonador del trabajo extradoméstico debido a la necesidad de la generación de ingresos para satisfacer las necesidades básicas (alimentación, salud, vivienda, transporte, vestido), y que incrementando el número de perceptores se resolvería el problema de la pobreza, pero no es así en todos los casos, aunque algunas investigaciones han podido comprobar que efectivamente ha sido la mayor participación económica familiar la que ha llevado a modificar las condiciones de pobreza (Cortés y Cuellar, 1990; García y Oliveira, 1994a; Tuirán, 1993, entre otros). Sin embargo, dicha relación dependerá mucho del tipo de trabajo al se haya insertado el individuo (y el salario percibido en él) y si se encontraba en la línea del umbral de la pobreza, donde un incremento mínimo en los ingresos provocaría una condición de no pobreza. Cortés (2000) explica que si se deseara disminuir la probabilidad de que un hogar sea pobre no basta con incrementar el número de perceptores o entregar un subsidio menor a 13 salarios mínimos por hogar (valores para 1992), ya que dichos hogares necesitarían por lo menos 20 salarios mínimos para que abandonaran la condición de pobreza. Así, dicho argumento contribuyó a mostrar, que podría pasar que las mujeres pobres a pesar del incremento de perceptores en su hogar permanezcan en condiciones de pobreza, porque los ingresos que perciben siguen siendo bajos y a pesar de la suma de los ingresos de todos los perceptores, no lograrían rebasar la línea de pobreza. Además no hay que olvidar que la estructura sociodemográfica de los hogares pobres no siempre permite que se tengan las mismas oportunidades porque no están en las mismas condiciones ante la inserción laboral que las mujeres de hogares no pobres. Estos razonamientos nos permitieron concluir que la relación entre trabajo extradoméstico femenino y pobreza no es siempre directa ni circular, y que por lo tanto podríamos seguir con el planteamiento y análisis de las características de la población pobre y no pobre.

El principal objetivo de esta investigación era precisar la influencia de variables tradicionalmente consideradas como individuales (edad, parentesco-estado civil, escolaridad y migración), variables familiares (presencia de hijos, tipo de hogar, número de residentes) y variables contextuales (tamaño de localidad) sobre la participación laboral de las mujeres, bajo la diferenciación de condición de pobreza. El estudio se lleva a cabo a nivel del país, México, y la información analizada corresponde al año de 1997, año de aparente estabilidad económica. Se

consideró importante diferenciar los factores asociados a la inserción en el trabajo extradoméstico según condición de pobreza, debido a que son dos grupos heterogéneos en características sociodemográficas y económicas, por lo cual los factores asociados al trabajo extradoméstico también serían diferenciales. Otro elemento importante que llevó a hacer un estudio especializado en el cuál se estudiara a las mujeres pobres es que “los hogares pobres gestan condiciones de riesgo para una posible transmisión de desventajas entre generaciones”, inclinándolos nuevamente hacia la pobreza (Rubalcava y Muñiz, 1996), creando círculos viciosos. Si una gran parte de los ingresos de los hogares pobres son obtenidos por medio de la participación en el mercado laboral, resulta importante saber cuáles factores y en qué magnitud estaban afectando la inserción en el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres y no pobres.

Se intentó entonces hacer un estudio más especializado acerca del trabajo femenino dentro de dos distintos contextos socioeconómicos, pobreza y no pobreza, para lo cual, primero se definió a la población pobre y no pobre. Ha sido tradicional que se estudie a los grupos sociales, pobres y no pobres, desde diferentes proxys de nivel socioeconómico, por ejemplo se ha diferenciado el tipo de inserción laboral del esposo o del padre, que por lo general es el jefe del hogar. Pero en esta investigación se optó por aplicar una medición formal de la pobreza, el método de línea de pobreza, así tuvo que delimitarse el valor de una línea de pobreza y se determinó con ella a las mujeres que son y no son capaces de satisfacer sus necesidades de alimentación, salud, vivienda, calzado, transporte y vestido, intentando hacer más clara la pertenencia de cada mujer a una condición o no de pobreza. El primer resultado derivado del análisis de ésta variable económica, la condición de pobreza basada en el ingreso del hogar, demostró en primera instancia que el 60.4% de las mujeres encuestadas por la ENADID-97 son pobres y 39.6% no lo son, lo que coincide con diversos estudios acerca de los niveles de pobreza en dicho año, donde más de la mitad de la población se encuentra en condiciones precarias de vida, con necesidades básicas no abastecidas, y el impedimento de poder desarrollar ampliamente sus potencialidades de educación y empleo.

En segundo lugar se encontró que de acuerdo a lo definido por trabajo extradoméstico, actividades remuneradas o no remuneradas que contribuyen a producir bienes y servicios para intercambiarse en el mercado, en el año 1997 el 38.5% de las mujeres de 12 años y más se encontraban en el mercado laboral, lo que implica que la participación laboral femenina sigue jugando un papel central en la complementación o abastecimiento del ingreso familiar. Al

considerar la condición de pobreza, se encontró que cuando una mujer vive en pobreza la participación en el mercado laboral se ve disminuida, ya que el 20% de las mujeres pobres labora extradomésticamente mientras que entre las mujeres no pobres laboran el 66.8%, llegando a la segunda conclusión: las mujeres pobres se encuentran laborando en menor proporción que las no pobres. Generalmente se espera que a mayor pobreza, mayor participación laboral de los integrantes del hogar, pero vimos que las limitaciones impuestas, tanto por la estructura del mercado de trabajo como por la estructura sociodemográfica de las mujeres, no siempre permiten que los hogares más pobres sean los que tengan más perceptores de ingreso. Por ello la segunda parte de esta investigación fue analizar la asociación de las diferentes variables sociodemográficas (individuales, familiares y contextuales) una por una, sin controlar el peso de las demás, en ambas condiciones de pobreza. La diferenciación de las estructuras sociodemográficas de las mujeres pobres y no pobres resultó real y fue comprobada estadísticamente aplicando un modelo logístico basado en la técnica de la variable dicotómica.

La especificación del modelo logístico aplicado para esta investigación fue utilizada debido a los beneficios que traía consigo. El modelo requiere de la totalidad de las mujeres, pobres y no pobres, y la variable condición de pobreza aparece como una variable dicotómica (0 = pobre, 1 = no pobre), además de requerir interacciones entre ella y cada una de las variables (individuales, familiares y contextuales) incluidas en el modelo. La primer ventaja de éste modelo es que podía determinar si los dos grupos de mujeres, pobres y no pobres, eran estadísticamente diferentes (diferentes estructuras sociodemográficas); en segunda instancia, se evitaba el problema de selectividad en que se pudo haber incurrido al realizar modelos diferenciados para cada grupo de mujeres, sin contemplar la totalidad de la población femenina; y finalmente se estimó si las diferencias entre la razón de momios de cada factor asociado al trabajo extradoméstico entre las mujeres pobres y no pobres eran estadísticamente significativas. Así por medio del modelo establecido se obtuvieron los coeficientes de cada factor asociado a la inserción en el mercado laboral de las mujeres pobres, y las diferencias de dichos coeficientes (razón de momios) con respecto a las no pobres, pudiéndose finalmente obtener los coeficientes para las mujeres no pobres.

Se analizaron los resultados del modelo logístico en base a los antecedentes existentes y a las hipótesis planteadas, interesándonos primordialmente establecer las diferencias entre los condicionantes de la participación laboral para las mujeres pobres y no pobres. Dicho modelo

ratificó la relevancia de los siguientes aspectos para entender la inserción en el mercado laboral de los dos tipos de mujeres: la edad, la conclusión de ciclos básicos de enseñanza, el parentesco-estado civil, la presencia de hijos menores en el hogar y el tamaño de la localidad, entre las más importantes.

Una observación relevante que hay que hacer es que en general los factores que se han estudiado en este trabajo son variables de la oferta del mercado laboral, pero no de la demanda. Aunque las variables que pueden ser estudiadas desde éstas dos ópticas son la edad y la escolaridad, donde desde la perspectiva de la demanda del mercado laboral, a mayor edad menor será la población demandada, y a mayor escolaridad mayor demanda de población para el trabajo especializado. No obstante, es importante observar que los resultados del análisis de las características sociodemográficas en el modelo logístico se observan básicamente desde una óptica de la oferta del trabajo.

El primer resultado que merece ser destacado de los resultados del modelo aplicado es que las mujeres no pobres tienen una proporción 7 veces mayor de trabajar extradomésticamente que las mujeres pobres. Así este hecho permite subrayar, primero la importancia de seguir tomando al ingreso como uno de los indicadores del contexto socioeconómico prevaleciente en las unidades domésticas, donde el solo hecho de ser pobre es un inhibidor de la propensión a laborar extradomésticamente. Desde la óptica de la oferta del mercado laboral, este hallazgo nos está diciendo que las mujeres no pobres tienen mejores características que ofrecer a los mercados de trabajo, por lo que su propensión a laborar es más alta.

Que las mujeres no pobres trabajen en mayor proporción es un reflejo de una mayor escolaridad (resultado del análisis de variables), elemento requerido especialmente en los mercados de trabajo urbanos y metropolitanos, aunado al apoyo que pueden tener de empleadas domésticas para el cuidado de los hijos y las tareas domésticas, dejando espacio para que a pesar de dichas tareas, puedan tener lugar sus proyectos de vida laboral. La menor participación de las mujeres pobres va de acuerdo a lo encontrado por García, Muñoz y Oliveira (1982) y García y Oliveira (1994), donde las mujeres que provienen de hogares con jefes manuales (obreros y trabajadores de los servicios) tienen un bajo grado de participación laboral, ya que éste tipo de trabajo puede vincularse inversamente con la carga de trabajo doméstico que la mujer-ama de casa desempeña y que es fundamental para la supervivencia de la unidad doméstica. Dicha argumentación podría ser válida también para los resultados encontrados en esta investigación.

De acuerdo con estudios cualitativos (Jelin, 1980; García y Oliveira, 1994) el trabajo extradoméstico de las mujeres pobres tiende a ser más inestable ya que la prioridad sigue siendo el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. En otros estudios se ha mostrado que la estrategia de intensificar y diversificar el trabajo extradoméstico ha logrado un objetivo inmediato de mejorar el nivel de vida en términos relativos o que se obtuvieron mejoras dentro de márgenes modestos, pero otros trabajos profundizan en los efectos negativos del abandono de la escuela en el caso de los jóvenes y la sobrecarga laboral en el caso de las mujeres adultas (Cortés, 1997). Los estudios cualitativos afirman además que hay mujeres que se hacen cargo del trabajo doméstico y extradoméstico, teniendo jornadas de trabajo que van desde las 5 de la mañana hasta las 12 de la noche, en cambio las no pobres pueden tener la opción de pagar por el trabajo en casa (doméstico) o el cuidado de los hijos.

Si atendemos a las *variables individuales*, se puede concluir que la *edad* es uno de los efectos más importantes para explicar la participación laboral tanto de las mujeres pobres como de las no pobres. La edad es un indicador de las transformaciones del ciclo vital de las mujeres, el cual se encuentra ampliamente relacionado con las responsabilidades familiares y por tanto con su participación en el mercado de trabajo. La edad es una variable de control tanto desde la oferta como de la demanda de trabajo, ya que la economía condiciona los rasgos de la mano de obra contratada.

Lo primero que se observó fue una relación curvilínea entre la edad y la participación en el mercado laboral, cuando las mujeres son muy jóvenes o rebasan los 40 años la propensión a laborar se ve reducida, y la edad 30-39 es el pico más alto de propensión laborar, pero aún dentro de esta tendencia generalizada se encuentran diferencias entre las mujeres pobres y no pobres. Que la mayor propensión a laborar se encuentre en la edad 30-39 significa que a pesar de que era tradicional que las mujeres se casaran y abandonaran la actividad económica²⁰, en el año 1997 se corrobora que una buena cantidad se encuentra laborando, lo que no es más que un reflejo tanto de necesidad económica (estrategia familiar de vida de generación de ingresos) como de proyectos personales laborales que no se cancelan a pesar de las posibles dificultades familiares. En los años ochenta, ya se había observado que en un contexto de deterioro económico, se registró en el país un aumento del número de mujeres adultas que participaban en el actividad

²⁰ Especialmente si sabemos que la edad promedio al matrimonio no ha variado con el paso de los años, entre 21 y 23.4 años (Quilodrán y Juárez, 1996).

económica (Tuirán, 1993); el grupo de 30-39 años que muestra la propensión más alta apoya el hallazgo creciente de la participación económica de las mujeres adultas, señalando una cúspide tardía en la oferta del mercado de trabajo. En el caso de nuestras mujeres, desde los 40 años y más la propensión laboral es mayor entre las pobres que en las no pobres, y es mucho más importante la propensión a laborar de las mujeres pobres de 60 años y más, lo que sin duda puede ser un reflejo de las precarias condiciones de vida y la necesidad de la generación de ingresos para el hogar. En conjunto, una edad más avanzada, independientemente del grupo social, es un atributo que se sabe restringirá la incorporación laboral porque hay menor probabilidad de que el mercado demande población en edades avanzadas, pero aún con esta restricción las mujeres pobres tienen una mayor propensión a trabajar tal vez porque lo hacen en actividades precarias e informales.

Los procesos de división sexual del trabajo prevaletentes en la sociedad mexicana se fundan en normas, valores y tradiciones que asignan a las mujeres los trabajos reproductivos: procreación, cuidado y socialización de los hijos, además de las tareas domésticas de manutención cotidiana. Lo doméstico y lo familiar son tradicionalmente considerados como espacios femeninos. En diversos estudios se ha mostrado que la composición de *parentesco-estado civil* de la mujer, su ciclo de vida y el sector social al que pertenecen pueden impulsar o inhibir la participación femenina en el mercado de trabajo, aspectos que se traducirán en la carga de trabajo doméstico y en la definición de las necesidades básicas del hogar. La relación de parentesco y el estado civil son variables que tradicionalmente se han estudiado de manera separada, pero para este estudio, se considero importante agruparlas debido a dos razones, primero, a la posible colinealidad entre ellas desde la perspectiva estadística, donde las casadas generalmente son esposas y las solteras hijas (agrupación utilizada por Ariza, 2000), y segundo, porque se pretendía rescatar la posición que tenía cada mujer dentro de su hogar. Así la categorización para el modelo logístico quedó como: jefas de hogar casadas, jefas de hogar no casadas (es decir, jefas solteras, viudas, divorciadas o separadas), no jefas de hogar casadas (esposas, hijas y otro parentesco casadas) y finalmente no jefas de hogar no casadas (hijas y otro parentesco solteras, viudas, separadas o divorciadas). Dicha categorización ayudó a rescatar la discusión acerca de las responsabilidades económicas de la jefatura de hogar, especialmente de las que no son casadas, por tener como principal responsabilidad la generación de ingresos, y por otro lado, el papel de las esposas, hijas

y otro parentesco que son casadas y tradicionalmente se dedican al cuidado de los hijos y las tareas domésticas.

Lo tradicionalmente conocido es que las mujeres solteras están en un extremo y su participación en el mercado laboral casi siempre es alta; lo mismo sucede con las mujeres alguna vez unidas (divorciadas, separadas y viudas) las cuales muchas veces no cuentan con un respaldo económico asegurado.

El primer dato que es importante resaltar es que tuvimos un mayor número de jefas de hogar no pobres que pobres, lo que contradice en alguna medida lo mostrado en algunos estudios acerca de la feminización de la pobreza, donde los hogares encabezados por mujeres son más vulnerables a la pobreza (Salles y Tuirán, 1996; Acosta, 1997); pero coincide con otros como el trabajo de Cortés (1997). Una postura que parece pertinente señalar es que es muy posible que los hogares con jefatura femenina se hayan creado porque precisamente la mujer tenía la capacidad económica para sobrellevar su hogar sin la ayuda de su compañero o esposo, y esto sería una justificación de haber encontrado un mayor número de jefas de hogar no pobres.

A las jefas se les considera como las principales responsables de la manutención y se espera que sean económicamente activas, en cambio, a las esposas, hijas y otras parientes tradicionalmente se les denomina como mano de obra “secundaria” y se supone que su actividad principal no está en el mercado laboral sino más bien en el ámbito doméstico o en la escuela. Los resultados del modelo logístico muestran que efectivamente son las jefas de hogar no casadas, independientemente de la condición de pobreza, las que tienen la mayor propensión a laborar extradomésticamente y en segundo lugar las hijas y otro parentesco (no jefas de hogar no casadas), todas respecto a las esposas/hijas/otro parentesco casadas.

Ser jefa de hogar significa en la mayoría de los casos que son mujeres que tienen que combinar la responsabilidad de procurar los recursos económicos y no económicos para la manutención de la familia con el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. Así, la categoría jefa de hogar no casada es la que mostró ser en general el factor motivador de la propensión a laborar más importante de todo el modelo logístico (3.58 para las pobres y 3.36 para las no pobres).

Estos datos también sugieren que es posible que las jefas de hogar pobres que tienen esta alta propensión a laborar extradomésticamente estén a cargo del trabajo doméstico y del cuidado de los hijos, ya que las limitaciones económicas no permitirían en ningún caso el pago a personas ajenas al hogar o a alguna institución para que se hicieran cargo de dichas tareas. En estudios

cualitativos (Jelin, 1980 y García y Oliveira, 1994) se muestra que las mujeres jefas de hogar pobres tienen una importante sobrecarga de trabajo, donde la rutina es: levantarse muy temprano para preparar la comida, arreglar a los hijos para ir a la escuela, realizar las labores domésticas del hogar, salir a trabajar, regresar a realizar las tareas escolares con los hijos, hacer las labores domésticas pendientes, dar de cenar a los hijos, dormir un par de horas, para volver a la rutina diaria al siguiente día. Este patrón de comportamiento coincide con la clasificación cualitativa acerca de la percepción del trabajo extradoméstico de las mujeres pobres denominada “el trabajo como una actividad indispensable para la supervivencia familiar”.

Era hipótesis de este trabajo que las hijas solteras y las alguna vez unidas (separadas, divorciadas y viudas) serían las de segunda importancia en la participación laboral, lo que se muestra con una propensión de 1.59 para las mujeres pobres y 2.37 para las no pobres.

Los pobres basan su manutención en el trabajo del jefe del hogar, pero si la jefa de hogar es casada se han observado bajas propensiones de participación laboral (García, Muñoz y Oliveira, 1982). Las mujeres casadas no jefas de hogar no recurren en gran medida al trabajo extradoméstico, tal vez porque las condiciones económicas no son muy apremiantes –a pesar de vivir en condiciones de pobreza-, o tal vez porque las necesidades impuestas por el trabajo doméstico y la presencia de hijos pequeños se los impide. Así se puede pensar que la carga de apoyo familiar recaerá en estos casos principalmente en las hijas (no jefas de hogar no casadas). En el caso de los diversos estudios realizados que consideran por separado el estado civil y el parentesco, serían las hijas, y las solteras y alguna vez unidas las que presentarían las mayores propensiones a laborar, categorías que aquí fueron incluidas en un mismo grupo. Dicha categoría (no jefas de hogar no casadas) presenta diferencias estadísticas para pobres y no pobres, pero sigue siendo la segunda categoría de mayor propensión a laborar. Una de las principales razones de dicho comportamiento es que desde la óptica de la demanda de personal en el mercado laboral, las mujeres jóvenes y las solteras se ubican más fácilmente en actividades asalariadas en la industria y los servicios, donde los horarios tienden a ser más rígidos, mientras que en el caso de las mujeres de mayor edad y casadas requieren de actividades menos rígidas en horarios y lugar de trabajo, como los trabajos por cuenta propia.

Como otro rasgo de la oferta de mano de obra se encuentra la *escolaridad*, factor que depende de los orígenes socioeconómicos de los individuos y de las oportunidades de instrucción disponibles en los lugares de residencia. Su importancia como condicionante de la participación económica

de la mujer nos remite, por una parte, a aspectos vinculados con las decisiones, incentivos y aspiraciones de las mujeres que buscan en el trabajo una forma de superación, independencia económica y realización personal, y por otro lado, la relevancia de la escolaridad se asocia a factores relacionados con la operación de los mercados de trabajo, esto es el “credencialismo”.

En diversas investigaciones se ha encontrado con frecuencia, que aumenta la propensión a la participación laboral extradoméstica conforme se incrementan los niveles de escolaridad, porque existen mayores oportunidades de empleo y mejores retribuciones para la población más calificada; no obstante, en situaciones particulares, dependiendo del tamaño y la naturaleza del mercado de trabajo, la relación entre nivel educativo y participación económica de la mujer puede ser negativa o curvilínea como lo señalan Wainerman y Recchini (1981). En esta investigación uno de los resultados encontrados más importantes fue que para el caso de las mujeres pobres la escolaridad se comportó en sentido negativo.

En efecto, uno de los hallazgos de mayor interés es que una mujer pobre al tener un nivel de “sin escolaridad o primaria incompleta” implica una mayor propensión a laborar, respecto a las de otros niveles de escolaridad terminados. Lo que muestra que el comportamiento del factor escolaridad entre las mujeres pobres tiene menor importancia que aquellas variables vinculadas con el contexto socioeconómico de las unidades domésticas, lo que nos indica la dependencia tan estrecha que establecen las cónyuges con lo que sucede en el entorno inmediato de su hogar. Aunado a esto, lo que es importante destacar es que las mujeres laboran en mayor propensión cuando viven en localidades rurales, donde efectivamente la condición de pobreza debido a su intensidad, provoca una mayor necesidad de emplearse, no solo en las actividades de autoconsumo sino en otras actividades que pueden estar categorizadas como informales, donde los requerimientos de tiempo y disponibilidad son menos rígidos.

En lo que respecta a las *variables familiares* la primera analizada fue la *presencia de hijos menores* de 12 años en el hogar. En lo que se refiere a la relación entre el número de hijos y la inserción en el mercado laboral, las evidencias de otros estudios apuntan en diferentes direcciones: la mayor parte de los autores señala una relación negativa, pero algunos no encuentran ninguna relación e incluso informan de relaciones positivas en algunos sectores sociales (Standing, 1978). En general, un número elevado de niños pequeños restringe la incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, pero en esta investigación esto resultó cierto solo para la categoría de 3 o más hijos pequeños presentes en el hogar y no hay diferencias

estadísticamente significativas entre las mujeres pobres y no pobres. Lo que también se encontró es que en el caso de las mujeres no pobres, la presencia de 1 o 2 hijos pequeños perdió su importancia como inhibidor de la inserción laboral de estas mujeres, trabajando en igual proporción que las que no tienen hijos pequeños; así en este grupo de mujeres está pasando lo que en los años ochenta, que la presencia de hijos no era importante para la inserción al mercado laboral. En cambio, para las mujeres pobres, tener 1 o 2 hijos pequeños sí es un inhibidor del trabajo extradoméstico. Knaul y Parker (1997) han demostrado que el papel inhibidor de los niños es menos pronunciado en etapas de crisis que en periodos de relativa recuperación económica, lo que concuerda con el resultado de las mujeres no pobres, ya que la presencia de 1 o 2 hijos no fue un inhibidor para la inserción en el mercado laboral en 1997. Por un lado se podría interpretar que las mujeres no pobres están viviendo condiciones de precarización del nivel de vida y que requieren laborar a pesar de la presencia de hijos pequeños, evento que pueden estar controlado con el acceso a guarderías u otras formas de cuidado para los hijos menores, o bien que los proyectos de vida laboral cada vez están siendo más solidamente establecidos.

Respecto al *número de residentes* en el hogar, se buscaba captar de manera indirecta la consecuencia de tener en el hogar mujeres posiblemente sustitutas para el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos y que esto fuera un motivador del trabajo extradoméstico. Esta variable a lo largo de diversas investigaciones también no siempre han mostrado resultados consistentes, la hipótesis de la mujer sustituta que facilita la participación laboral de las madres en el mercado de trabajo ha sido comprobada en algunos trabajos (Knaul y Parker, 1997), pero en otros no (Rubin-Kurtzman, 1991); lo que se piensa es que dicha inserción dependerá de la necesidad económica que viva cada unidad doméstica. Los resultados de esta investigación mostraron que para el caso de las mujeres pobres el incremento del número de residentes en el hogar no fue un motivador del trabajo extradoméstico, por el contrario mostró ser un inhibidor, mientras que en el caso de las mujeres no pobres los hogares con más de 4 residentes incrementaron la propensión a laborar, respecto a las de 1-2 residentes.

En el mismo sentido, de acuerdo al *tipo de hogar* en el que viven las mujeres, se esperaba encontrar en general que las mujeres de hogares ampliados estuvieran laborando en mayor proporción, pero el resultado es que tanto para las mujeres pobres como para las no pobres el vivir en este tipo de hogar no tuvo diferencias significativas con respecto a las mujeres que

vivían en hogares nucleares. Entre las no pobres, no hay diferencias estadísticamente significativas entre el tipo de hogar al que pertenezcan las mujeres, pero en el caso de las pobres, vivir en otro tipo de hogar -compuestos, no familiares unipersonales y no familiares coresidentes- si presenta diferencias estadísticas respecto al nuclear, en sentido positivo, como factor asociado a la participación laboral (1.7828). Las diferencias entre grupos de pobreza muestran que sus valores son estadísticamente diferentes, especialmente en la categoría de otro tipo de hogar, ya que son las mujeres pobres las que presentan una propensión a laborar mucho mayor que las mujeres no pobres.

Este conjunto de resultados correspondiente a las variables familiares, en el caso de las mujeres no pobres está indicando que las estrategias familiares de vida a veces sobrepasan el ámbito familiar, esto es, que los sustitutos para el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos puede estar siendo proporcionado por personas fuera de los hogares; mientras que para las mujeres pobres las variables familiares siguen restringiendo la entrada al mercado laboral.

Finalmente, se tienen las variables *contextuales* que se analizaron en términos de *localidades* rural, urbanas y metropolitanas, y mostraron ser estadísticamente significativas. Uno de los principales sesgos en la medición del trabajo femenino, informados en la literatura, es esperar una subenumeración de la actividad económica de las mujeres de familias de sectores campesinos –debido al autoconsumo–, donde tradicionalmente se presentan los mayores niveles de pobreza, por lo que es importante tener éste dato presente.

Es sabido que México se ha caracterizado tradicionalmente por presentar mayores niveles de actividad laboral en las áreas urbanas que las rurales, y esto puede deberse en cierto grado a que las fuentes tradicionales de recolección de información no conceptualizan como actividad económica un sinnúmero de tareas vinculadas con el autoconsumo que realizan las mujeres que residen en áreas rurales. Se sabe además, que la participación femenina en las tareas agrícolas y no agrícolas en áreas rurales se ha hecho cada vez más importante ante la caída del mercado agropecuario a nivel nacional y a la precarización del mercado laboral formal. Estos cambios pueden relacionarse con uno de los resultados más importantes encontrados en esta investigación, donde a pesar de no ser una fuente muy fidedigna la ENADID-97 para el registro del trabajo extradoméstico en áreas rurales, las mujeres pobres tienen una mayor propensión a laborar en estas zonas en comparación con las urbanas y metropolitanas (1.3129 rural, 1.000 urbano y 0.5967 metropolitano), mostrando implícitamente que las actividades categorizadas como del

sector informal se están incrementando en áreas rurales, como es el caso de los pequeños negocios (menos de 5 empleados). Dicho hallazgo es también reportado en un trabajo de tesis de Espinosa (2004) donde la propensión a laborar en el sector informal que vive una mujer en áreas menos urbanizadas, en este caso del Estado de México, se ve incrementada (1.62) respecto a los hombres, hacia finales de los noventa teniendo en cuenta variables como la escolaridad, la edad y la rama de actividad. Es preciso recordar que las actividades del sector informal se han incrementado en todos los tamaños de localidad, y ofrecen la ventaja de horarios flexibles de trabajo y de lugar de realización de dichas tareas.

Finalmente la variable *migración* mostró que en el caso de las mujeres no pobres la condición migratoria si fue una variable estadísticamente significativa, ya que haber migrado implicó un incremento en la propensión a laborar extradomésticamente de 1.1238 respecto a las que no han migrado. En contraposición, para las mujeres pobres la condición migratoria no fue un factor que afectara la propensión a laborar ya que no resultó estadísticamente significativo, es decir, la propensión a laborar de un mujer pobre que haya o no migrado es la misma. Para un estudio más claro de la migración y mercado laboral se podrían hacer diversas combinaciones entre la migración y los diversos factores asociados al trabajo extradoméstico para el caso de las mujeres pobres, para ver si se pueden encontrar algunos cambios significativos, como lo ha mostrado Ariza (2000).

Podemos concluir que a partir de este estudio se mostró por medio de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID-1997) cuáles y en que magnitud actúan los factores asociados al trabajo extradoméstico femenino según condición de pobreza, por medio de dos elementos no planteados en investigaciones anteriores, primero, una delimitación de la pobreza por medio de una medición formal de pobreza, y segundo, la utilización de un modelo logístico basado en la técnica de la variable dicotómica en la que se utiliza a toda la población y se obtienen las razones de momios de la participación laboral tanto de las mujeres pobres y no pobres y si las diferencias entre ellas son estadísticamente significativas. Así consideramos que hemos contribuido al entendimiento de las razones y motivos por las cuales las mujeres pobres y no pobres se insertan en el mercado laboral. Si bien las necesidades económicas son importantes, también el papel que desempeñan los proyectos de vida familiares e individuales son básicos. Sin lugar a duda, son éstos últimos los que, como han señalado García y Oliveira (1994), contribuirán con una

temporalidad de más largo plazo a la presencia constante de las mujeres en el trabajo extradoméstico.

La inserción en el mercado laboral de las mujeres, entendida como una estrategia familiar de vida, es decir, una práctica social que realizan los miembros de un hogar -a pesar de los condicionantes macrosociales- para la generación de ingresos, se identifica ampliamente en el análisis de los factores referentes a las mujeres pobres, ya que son estas mujeres las que a pesar de sus características sociodemográficas –baja escolaridad y edades avanzadas, por ejemplo- se encuentran insertas en el mercado laboral, especialmente en el caso de las jefas de hogar. Si se había planteado que la inserción en el mercado laboral por parte de las mujeres estaba en función de las necesidades que tuviera la unidad doméstica, puede concluirse que efectivamente así es, si el hogar es pobre y la mujer es jefa de hogar, su inserción laboral será un hecho (32.6%, cuadro 5).

Como líneas futuras de investigación se propone que es relevante analizar las variaciones en el tiempo de los factores asociados al trabajo extradoméstico femenino, especialmente por medio de encuestas retrospectivas, en las que se podría obtener datos y visiones subjetivas acerca del trabajo extradoméstico, sin descuidar la prioridad de las diferencias según condición de pobreza. El resultado de que son las mujeres pobres sin escolaridad o con primaria incompleta las que laboran en mayor proporción que las de otros niveles de escolaridad corrobora que son los trabajos informales los que están creciendo, y esto traería como otra línea de investigación: el incremento de las microempresas (con menos de 5 trabajadores) en las áreas rurales y urbanas como el principal punto de atracción de fuerza laboral femenina no calificada.

APÉNDICE

APÉNDICE 1

PROCESO PARA DEFLACTAR LA LÍNEA DE POBREZA

Deflactar es la transformación de montos monetarios nominales en unidades homogéneas, con el propósito de eliminar el efecto de las alteraciones en los precios derivados de procesos como la inflación.

El procedimiento para deflactar requiere de un índice a través del cual se llegue a cifras reales. Con base en el Índice Nacional de Precios al Consumidor (INPC) se realizaron las deflactaciones del ingreso para la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID).

El sistema nacional del Índice de Precios al Consumidor recopila durante cada mes 140,000 cotizaciones directas en 35 ciudades, sobre los precios de aproximadamente 1,200 artículos y servicios específicos. Los promedios de dichas cotizaciones dan lugar a los índices de los 302 conceptos genéricos sobre bienes y servicios que forman la canasta del índice general en cada una de las ciudades y a nivel nacional. La formulación utilizada para la elaboración de estos índices es la de ponderaciones fijas de Laspeyres (Banco de México, 1989).

Se debe tomar en consideración que la ENADID levantó la encuesta en octubre de 1997 y los datos del valor de la línea de pobreza reportada por el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza está en precios de agosto del año 2000.

El proceso para deflactar requiere de un índice deflactor que se obtiene a partir del INPC de un mes y año base entre un INPC para el año y mes deseado. La fórmula es la siguiente:

$$\text{Índice deflactor} = \frac{\text{INPC de "x" mes y año deseado}}{\text{INPC para el mes y año deseado}}$$

Finalmente, para llevar a cabo dicho proceso, se realiza el ingreso nominal del año base entre el índice deflactor obtenido del año base al año deseado obteniendo de esta manera el ingreso real.

La fórmula es la siguiente:

$$\text{Deflactar (ingreso real)} = \frac{\text{Ingreso nominal}}{\text{Índice deflactor}}$$

Procedimiento para deflactar del valor de la línea de pobreza 3 rural del CTMP del mes de agosto del año 2000, al mes de octubre de 1997:

INPC de agosto de 2000: 90.183

INPC de octubre de 1997: 62.651

$$\begin{aligned}\text{Índice deflactor} &= 90.183 / 62.651 \\ &= 1.439\end{aligned}$$

Deflactar = \$ 946.49 / 1.439

= \$ 657.74 Valor de la LP3 rural para el año 1997.

Procedimiento para deflactar del valor de la línea de pobreza 3 urbana del CTMP del mes de agosto del año 2000, al mes de octubre de 1997:

INPC de agosto de 2000: 90.183

INPC de octubre de 1997: 62.651

$$\begin{aligned}\text{Índice deflactor} &= 90.183 / 62.651 \\ &= 1.439\end{aligned}$$

Deflactar = \$ 1,367.35 / 1.439

= \$ 949.91 Valor de la LP3 urbana para el año 1997.

APÉNDICE 2

DATOS Y PRUEBA DE LA TÉCNICA DE LA VARIABLE DICOTÓMICA

La ventaja de la técnica de la variable dicotómica sobre la prueba de Chow es que muestra explícitamente cuál coeficiente, el del intercepto o el de la pendiente, es diferente o si ambos son diferentes entre los subgrupos de la población. Así la técnica de la variable dicotómica no sólo dice si el punto de partida de las dos condiciones a estudiar (pobres y no pobres) son diferentes sino que señala la o las fuentes de dichas diferencias –si ésta se debe al intercepto o a la pendiente o a ambos- y si son estadísticamente significativas. En este caso, los resultados mostraron que tanto los interceptos como las pendientes eran distintas (cuadro A1), lo que se muestra gráficamente en el cuadro A2.

Cuadro A1
Cálculos de α 's + β 's, para prueba de estabilidad estructural por medio de la técnica de la variable dicotómica^{1/}

α	Línea de pobreza	β	
		NO POBRES	POBRES
		0.341	-1.1931
	12-19 años	-1.5241	-0.6983
	30-39	0.5114	0.3468
	40-49	0.1464	0.3262
	50-59	-0.7621	0.0368
	60 y más	-2.2331	-0.6604
	Jefa de hogar casada	0.149	0.168
	Jefa de hogar no casada	1.2148	1.2756
	No jefa de hogar no casada	0.823	0.4685
	Primaria	-0.0681	-0.1969
	Secundaria	0.2571	-0.1733
	Preparatoria	0.2532	-0.3713
	Universidad o más	0.92	0.0798
	Hogar ampliado	-0.0498	0.0294
	Otro tipo de hogar	0.029	0.5782
	1o 2 hijos <12 años	0.0487	-0.1658
	3 o más hijos < 12 años	-0.1224	-0.141
	3-4 residentes	0.0457	-0.0674
	5-6 residentes	0.0713	-0.2261
	7 o más residentes	0.5192	-0.1482
	Ha migrado	0.1167	0.0042
	Rural	0.0067	0.2723
	Metropolitano	0.1024	-0.5164

Fuente: Cálculos propios con datos de la ENADID-1997.

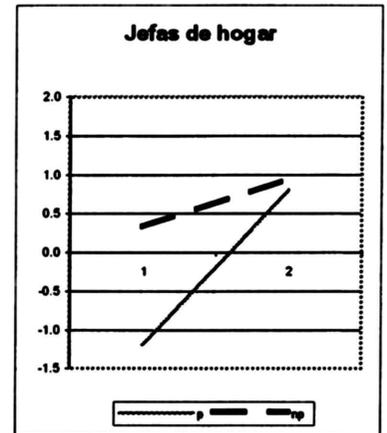
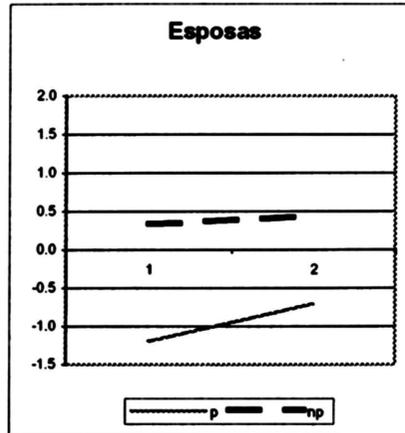
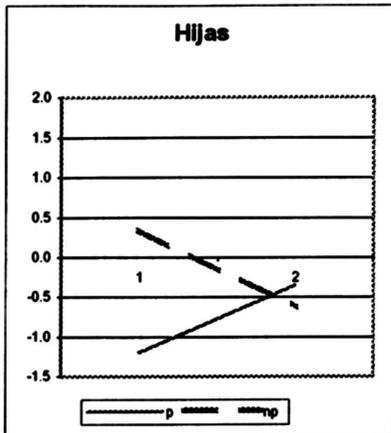
^{1/} La fórmula aplicada es $\text{Log } P/1-P = \alpha_1 + \alpha_2 D_1 + \beta_1 X_{11} + \beta_2 (D_1 X_{11}) + \beta_3 X_{21} + \beta_4 X_{21} + \dots + u_i$.

Cuadro A2
Combinaciones de interceptos y coeficientes para las mujeres pobres y no pobres, según parentesco

		α	β
Hijas ^{1/}	Pobres	-1.1931	-0.3469
	no pobres	0.341	-0.6243
Esposas ^{2/}	Pobres	-1.1931	-0.7042
	no pobres	0.341	0.4448
Jefas de hogar ^{3/}	Pobres	-1.1931	0.809
	no pobres	0.341	0.9612

Fuente: Cálculos propios con datos de la ENADID-1997.

^{1/} Las hijas tienen las siguientes características: 15-19 años, no jefa de hogar no casada, secundaria, hogar ampliado, sin hijos <12 años, 7 residentes, ha migrado, rural. ^{2/} Las esposas: 30-39, primaria, 1-2 hijos, 3-4 residentes, ampliado, metropolitano. ^{3/} Las jefas de hogar: 50-59 años o más, jefa de hogar no casada, primaria, otro tipo de hogar, 3 o más hijos en el hogar, 7 o más residentes, metropolitano.



APÉNDICE 3

MODELO BASE PARA PROBAR ESTABILIDAD ESTRUCTURAL POR MEDIO DE LA TÉCNICA DE LA VARIABLE DICOTÓMICA

Total number of cases: 119372 (Unweighted)
 Number of selected cases: 119372
 Number of unselected cases: 0
 Number of selected cases: 119372
 Number rejected because of missing data: 0
 Number of cases included in the analysis: 119372

Dependent Variable Encoding:

Original Value	Internal Value
0	0
1	1

Interactions:

INT_1	M_ED1 by LP3_MUJ	INT_12	M_ESCOL4 by LP3_MUJ
INT_2	M_ED2 by LP3_MUJ	INT_13	LP3_MUJ by M_THOG1
INT_3	M_ED3 by LP3_MUJ	INT_14	LP3_MUJ by M_THOG2
INT_4	M_ED4 by LP3_MUJ	INT_15	M_HIJ1 by LP3_MUJ
INT_5	M_ED5 by LP3_MUJ	INT_16	M_HIJ2 by LP3_MUJ
INT_6	LP3_MUJ by M_PARE1	INT_17	LP3_MUJ by M_RHOG1
INT_7	LP3_MUJ by M_PARE2	INT_18	LP3_MUJ by M_RHOG2
INT_8	LP3_MUJ by M_PARE3	INT_19	LP3_MUJ by M_RHOG3
INT_9	M_ESCOL1 by LP3_MUJ	INT_20	LP3_MUJ by M_MIGR
INT_10	M_ESCOL2 by LP3_MUJ	INT_21	LP3_MUJ by M_TLOC1
INT_11	M_ESCOL3 by LP3_MUJ	INT_22	LP3_MUJ by M_TLOC2

Dependent Variable.. M_CONLAB condicion laboral
 Beginning Block Number 0. Initial Log Likelihood Function
 -2 Log Likelihood 161059.98

* Constant is included in the model.

Beginning Block Number 1. Method: Enter

Variable(s) Entered on Step Number

1..	LP3_MUJ	lp3 mujeres	
	M_ED1	12-19	M_ED1 * LP3_MUJ
	M_ED2	30-39	M_ED2 * LP3_MUJ

M_ED3	40-49	M_ED3 * LP3_MUJ
M_ED4	50-59	M_ED4 * LP3_MUJ
M_ED5	60 y mas	M_ED5 * LP3_MUJ
M_PARE1	jefa de hogar casada	LP3_MUJ * M_PARE1
M_PARE2	jefa de hogar no casada	LP3_MUJ * M_PARE2
M_PARE3	no jefa de hogar no casada	LP3_MUJ * M_PARE3
M_ESCOL1	primaria	M_ESCOL1 * LP3_MUJ
M_ESCOL2	secundaria	M_ESCOL2 * LP3_MUJ
M_ESCOL3	preparatoria	M_ESCOL3 * LP3_MUJ
M_ESCOL4	universidad	M_ESCOL4 * LP3_MUJ
M_THOG1	ampliado	LP3_MUJ * M_THOG1
M_THOG2	compuesto u otro	LP3_MUJ * M_THOG2
M_HIJ1	1 o 2 hijos	M_HIJ1 * LP3_MUJ
M_HIJ2	3 o mas hijos	M_HIJ2 * LP3_MUJ
M_RHOG1		LP3_MUJ * M_RHOG1
M_RHOG2	5-6 residentes	LP3_MUJ * M_RHOG2
M_RHOG3	7+ residentes	LP3_MUJ * M_RHOG3
M_MIGR	migracion	LP3_MUJ * M_MIGR
M_TLOC1	rural	LP3_MUJ * M_TLOC1
M_TLOC2	metropolitano	LP3_MUJ * M_TLOC2

Estimation terminated at iteration number 4 because
Log Likelihood decreased by less than .01 percent.

-2 Log Likelihood	122001.557		
Goodness of Fit	120224.594		
Cox & Snell - R ²	1.000		
Nagelkerke - R ²	1.000		
	Chi-Square	df	Significance
Model	39058.420	45	.0000
Block	39058.420	45	.0000
Step	39058.420	45	.0000

Classification Table for M_CONLAB
The Cut Value is .50

		Predicted			
		no trabaja	si trabaja	Percent Correct	
		n	I s		
Observed		+-----+-----+			
no trabaja	n	I 64487	I 9748	I 86.87%	
		+-----+-----+			
si trabaja	s	I 17722	I 28838	I 61.94%	
		+-----+-----+			

Overall 77.26%

----- Variables in the Equation -----							
Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
LP3_MUJ	1.5341	.0702	477.3514	1	.0000	.0543	4.6371
M_ED1	-.6983	.0334	437.9773	1	.0000	-.0520	.4974
INT_1	-.8258	.0495	277.7873	1	.0000	-.0414	.4379
M_ED2	.3468	.0313	123.0276	1	.0000	.0274	1.4145
INT_2	.1646	.0470	12.2846	1	.0005	.0080	1.1790
M_ED3	.3262	.0368	78.7604	1	.0000	.0218	1.3856
INT_3	-.1798	.0530	11.4975	1	.0007	-.0077	.8354
M_ED4	.0368	.0436	.7126	1	.3986	.0000	1.0375
INT_4	-.7989	.0613	169.6331	1	.0000	-.0323	.4498
M_ED5	-.6604	.0441	224.3734	1	.0000	-.0372	.5166
INT_5	-1.5727	.0643	598.5010	1	.0000	-.0609	.2075
M_PARE1	.1680	.0775	4.6971	1	.0302	.0041	1.1829
INT_6	-.0190	.0978	.0376	1	.8462	.0000	.9812
M_PARE2	1.2756	.1055	146.0745	1	.0000	.0299	3.5808
INT_7	-.0608	.1320	.2119	1	.6453	.0000	.9410
M_PARE3	.4685	.0295	251.9176	1	.0000	.0394	1.5975
INT_8	.3545	.0423	70.3808	1	.0000	.0206	1.4254
M_ESCOL1	-.1969	.0245	64.5627	1	.0000	-.0197	.8213

INT_9	.1288	.0401	10.3108	1	.0013	.0072	1.1374
M_ESCOL2	-.1733	.0298	33.7857	1	.0000	-.0140	.8409
INT_10	.4304	.0449	91.9771	1	.0000	.0236	1.5379
M_ESCOL3	-.3713	.0479	60.0931	1	.0000	-.0190	.6898
INT_11	.6245	.0604	106.8286	1	.0000	.0255	1.8672
M_ESCOL4	.0798	.1230	.4207	1	.5166	.0000	1.0831
INT_12	.8402	.1421	34.9726	1	.0000	.0143	2.3169
M_THOG1	.0294	.0248	1.3960	1	.2374	.0000	1.0298
INT_13	-.0792	.0373	4.5006	1	.0339	-.0039	.9239
M_THOG2	.5782	.0575	101.2570	1	.0000	.0248	1.7828
INT_14	-.5492	.0761	52.0819	1	.0000	-.0176	.5774
M_HIJ1	-.1658	.0293	31.9793	1	.0000	-.0136	.8472
INT_15	.2145	.0425	25.5185	1	.0000	.0121	1.2392
M_HIJ2	-.1410	.0375	14.1593	1	.0002	-.0087	.8685
INT_16	.0186	.0627	.0877	1	.7671	.0000	1.0188
M_RHOG1	-.0674	.0292	5.3182	1	.0211	-.0045	.9348
INT_17	.1131	.0420	7.2443	1	.0071	.0057	1.1198
M_RHOG2	-.2261	.0333	46.0299	1	.0000	-.0165	.7976
INT_18	.2974	.0484	37.7949	1	.0000	.0149	1.3464
M_RHOG3	-.1482	.0364	16.5874	1	.0000	-.0095	.8623
INT_19	.6674	.0561	141.6396	1	.0000	.0294	1.9492
M_MIGR	.0042	.0231	.0328	1	.8564	.0000	1.0042
INT_20	.1125	.0326	11.8895	1	.0006	.0078	1.1191
M_TLOC1	.2723	.0285	91.4666	1	.0000	.0236	1.3129
INT_21	-.2656	.0456	33.9435	1	.0000	-.0141	.7667
M_TLOC2	-.5164	.0310	277.2205	1	.0000	-.0413	.5967
INT_22	.6188	.0441	197.2911	1	.0000	.0348	1.8566
Constant	-1.1931	.0469	648.2346	1	.0000		

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Díaz, Félix (1997), "Estructura familiar, hogares con jefatura femenina y bienes en México", borrador de tesis de doctorado en población, CEDDU, El Colegio de México.
- Ariza, Marina (2000), *Ya no soy la que dejé atrás...., Mujeres migrantes en la República Dominicana*, Instituto de Investigaciones Sociales y Plaza y Valdés, México.
- Banco de México (1989), *Cuaderno Mensual 68*, Dirección de Investigaciones Económicas, octubre, pág. 1.
- Boltvinik, Julio (1996), "La importancia de la política social" en Demos, Carta demográfica de México, Núm. 9, pág. 17-19.
- _____ (2003), "Evolución y características de la pobreza en México", en Comercio Exterior, junio, Vol. 53, núm. 6, pág. 519-531, México.
- Christenson, Bruce, Brígida García y Orlandina de Oliveira (1989), "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México" en Estudios Sociológicos, Vol. VII, Núm. 20, mayo-agosto, pp. 251-280.
- CEPAL (1994), *Panorama social de América Latina*, División de Estadísticas y Proyecciones económicas y División de desarrollo social, CEPAL, Santiago de Chile.
- CONAPO (2002), *Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos*, México, D.F.
- CONAPO (2004), Boletín 09, México, D.F.
- Cortés, Fernando (1988), "El mercado de trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la mitad de la década de los ochenta: algunas consideraciones metodológicas", en Memorias de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México, SOMEDE, México.
- _____ y Oscar Cuellar (1990), *Crisis y reproducción social de los comerciantes del sector informal*, México, Miguel Ángel Porrúa/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- _____ (1995), "Procesos sociales y demográficos en auxilio de la economía neoliberal. Un análisis de la distribución del ingreso en México durante los ochenta", en Revista Mexicana de Sociología, Núm. 2, pp. 73-90.
- _____ (1997), "Determinantes de la pobreza de los hogares. México, 1992" en Revista Mexicana de Sociología, Año LIX, Núm. 2, Abril-Junio de 1997, pp. 131-160.
- _____ (1997a), *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad de Guadalajara.
- _____, Daniel Hernández, Enrique Hernández, Miguel Székely y Hadid Vera (2002), *Evolución y características de la pobreza en México en al última década del siglo XX*, en Serie Documentos de investigación 2 de la Secretaría de Desarrollo Social.
- De Barbieri, Teresita y Orlandina De Oliveira (1989), "Reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina: algunas hipótesis", *Las ciudades latinoamericanas en la crisis*, M. Scheingart, México, D.F., Trillas.
- Duque, Joaquín y Ernesto Pastrana (1973), *Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria*, PROELCE, Santiago de Chile.

- Echarri, Carlos (2004), Cálculos de la estratificación social de la población con datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 1997, no publicados.
- Espinosa García, Nohemí, (2004), *El sector informal en el estado de México: Tendencias y factores asociados (1996-2002)*, tesis de Maestría, no publicada, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1991), *Motherhood, Work and Women's Condition in Mexico*, Informe final presentado a la Fundación Rockefeller, CEDDU y CES, El Colegio de México, Marzo.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1992), "El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos" en *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, El Colegio de México, Fundación Friedrich Ebert y El Colegio de la Frontera Norte, pp. 209-227.
- _____ (1994), "La medición de la población económicamente activa en México: 1970-1991", en Brígida García (coord.), *Determinantes de la oferta de mano de obra en México*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social (Cuadernos de Trabajo, 6), pp. 7-32.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1994a), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, Centro de Estudios Sociológicos y Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.
- _____ (1994b), "Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México" en Francisco Alba y Gustavo Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp. 251-279.
- _____ y Edith Pacheco (1997), "Trabajo y familia en México", *IV Conferencia Iberoamericana sobre la familia, Desempleo, subempleo, condiciones de trabajo y condiciones de vida*, Universidad Externado de Colombia, Cartagena de Indias, Colombia, Núm.3, Septiembre, pp. 7-24.
- _____ y Edith Pacheco (1998), "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México".
- _____ y Orlandina de Oliveira (1998), "La participación femenina en los mercados de trabajo" en Trabajo, CAT, Año 1, Núm. 1, enero-junio, Segunda Época, pág. 139-162.
- _____ (1999) "La necesaria generación de empleos" en Demos, Carta demográfica sobre México, pp. 30-31.
- _____, Mercedes Blanco Sánchez y Edith Pacheco Gómez Muñoz (1999), "Género y trabajo extradoméstico" en Brígida García (coord.), *Mujer, Género y población en México*, El Colegio de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 273-316.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1999), "Reestructuración económica, trabajo y familia en México", trabajo presentado en COMECESO, México, D.F., abril 19-23.
- _____ y Edith Pacheco (2000), "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995", en Estudios Demográficos y Urbanos, Vol. 15, Núm. 1, enero-abril, pp. 35-63.
- Gerson, Kathleen (1985), *Hard Choices, How Women decide about Work, career and Motherhood*, University of California Press.
- Giorguli, Silvia (2003), *Transitions from school to work: educational outcomes, adolescent labor and families in Mexico*, Tesis doctoral, Brown University.

- Gómez de León, José y Susan Parker (2000), "Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos" en *Familia, género y pobreza*, María de la Paz López y Vania Salles (comps.), Grupo interdisciplinario sobre mujer, trabajo y pobreza, México, pág. 11-45.
- Greene, William (1997), *Econometric Analysis*, Nueva Jersey, Prentice Hill.
- Gujarati, Damodar N. (2001), *Econometría*, Tercera edición, Mc Graw Hill, págs. 499-505.
- Hernández Laos, Enrique (2003), "Distribución del ingreso y pobreza" en *La situación del trabajo en México*, Enrique de la Garza y Carlos Salas (coord.), Universidad Autónoma Metropolitana, Instituto de Estudios del Trabajo y Plaza y Valdés, pp. 97-127.
- Hosmer, David W. Jr. y Stanley Lemeshow (1989), *Applied logistic regression*, Wiley, United States.
- Jelin, Elizabeth y María del Carmen Feijoó (1980), *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*, Estudios CEDES, Vol. 3, Núm. 8/9, Buenos Aires, Argentina, pp. 81.
- Knaut, Felicia y Susan Parker (1997), "Estrategias de empleo y cuidado de los niños entre mujeres mexicanas con hijos pequeños", en *Memoria del II Seminario de Investigación Laboral: Participación de la mujer en el Mercado Laboral*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Programa de Impulso a la Investigación Laboral 1996-2000, pp. 59-108.
- Lagos, Ricardo A. y Camilo Arraigada (1997), *Población, Pobreza y Mercado de trabajo en América Latina, Antecedentes y Líneas de Investigación*, Oficina Internacional del Trabajo, Santiago de Chile.
- López Barajas, María de la Paz y Haydea Izazola (1994), *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)/Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Oliveira, Orlandina de (1989), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Cooper, Jennifer, Teresita de Barbieri, Teresa Rendón, Estela Suárez y Esperanza Tuñón (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, UNAM y Porrúa, México.
- _____ y Brígida García (1990), "Trabajo, fecundidad y condición femenina en México" en *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 5, Núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 693-710.
- _____ (1999), "Políticas económicas, arreglos familiares y preceptores de ingresos", en *Demos*, Carta demográfica sobre México, pp. 32-33.
- _____, Marcela Eternod y María de la Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico" en Brígida García (coord.), *Mujer, Género y población en México*, El Colegio de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 211-271.
- Pacheco Gómez Muñoz, Edith (1994), *Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU), El Colegio de México, tesis de doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Estudios de Población, México.
- _____ (1988), *Población económicamente activa femenina en algunas áreas urbanas de México en 1986*, tesis de maestría en demografía, CEDDU, El Colegio de México, México.
- Pedrero Nieto, Mercedes (1990), "Evolución de la participación femenina en los ochenta", CRIM, UNAM, mimeo.

- _____ (1995), *México: dinámica demográfica de la población económicamente activa, 1970-1990. Evaluación y ajuste de la información censal por entidad federativa*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/Universidad Nacional Autónoma de México.
- PISPAL (1978), *Líneas prioritarias de investigación para la III fase del programa*, El Colegio de México, México.
- Quilodrán, Julieta y Fátima Juárez (1996), *Nuevas pautas reproductivas en México*, CEDDU, México.
- Rubalcava, Rosa María (1995), “Estimaciones basadas en la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 1992” (inédito).
- _____ y Patricia Muñiz (1996) “La reproducción de la pobreza” en Demos Núm. 9, Carta demográfica sobre México 1996, pág. 20-22.
- _____ (1998), “Necesidades, recursos y posibilidades: el ingreso de los hogares mexicanos en el período 1984-1994”, tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- SEDESOL (2002), *Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX*, Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, Agosto, Serie: documentos de investigación.
- Selby, Henry, Arthur D. Murphy, Eart Morris y Mary Winter (1990), “La familia urbana mexicana frente a la crisis”, en De la Peña, Guillermo et al (comps.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia*, Universidad de Guadalajara/CIESAS, México, pp. 369-388.
- Torrado, Susana (1981), “Sobre los conceptos de estrategias familiares de vida y proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: Notas teórico-metodológicas”, en *Demografía y Economía*, Vol. XV, Núm.2 (46), pp. 204-233.
- Salles, Vania (1992), *Erase una vez un gran lago. Informe del proyecto mujer, ambiente y población en Xochimilco*, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México/Institute for Social Development, United Nations Organization.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (1999), “¿Cargan las mujeres con el peso de la pobreza? Puntos de vista de un debate”, en Brígida García (coord.), *Mujer, Género y población en México*, El Colegio de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 431-481.
- SEDESOL (2002), *Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX*, Fernando Cortés, Daniel Hernández, Enrique Hernández Laos, Miguel Székely, Hadid Vera, Comité de Medición de la Pobreza, México, D.F.
- _____ (2003), *Lo que dicen los pobres, México*, Secretaría de Desarrollo Social.
- Standing, Guy (1978), *Labor Force and Development*, Oficina Internacionald el Trabajo, Ginebra, 1978.
- Szasz, Ivonne (1999), “La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México” en *Mujer, género y población en México*, de Brígida García (coord.), El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 167-210.
- Tuirán, Rodolfo (1993), “Estrategias familiares de vida en épocas de crisis”, en CEPAL, *Cambios en el perfil de las familias. La experiencia regional*, Santiago de Chile, pp. 319-354.
- Rubin-Kurtzman, Jane (1991), “Los determinantes de la oferta de trabajo femenino en la Ciudad e de México, 1970”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 6, núm. 3 (18), pp. 545-582.
- Wainerman Catalina y Zulma Recchini de Lattes (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, Terranova y Population Council, México, 1981.